
Pecado in
BATA BLANCA
UNA ROMANCE MÉDICA CON UN HÉROE SILVER FOX
AVA GRAY

# PECADO EN BATA BLANCA

AVA GRAY

Derechos de autor © 2025 por Ava Gray

Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de este libro puede reproducirse, por ningún medio electrónico ni mecánico, incluidos los sistemas de almacenamiento y recuperación de información, sin el permiso escrito de la autora, salvo el uso de breves citas en una reseña literaria.

Creado con Vellum

Formateado con Vellum

# ÍNDICE

Sinopsis

1. Emma
2. Marcus
3. Emma
4. Marcus
5. Emma
6. Marcus
7. Emma
8. Marcus
9. Emma
10. Marcus
11. Emma
12. Marcus
13. Emma
14. Marcus
15. Emma
16. Marcus
17. Emma
18. Marcus
19. Emma
20. Marcus
21. Emma
22. Marcus
23. Emma
24. Marcus
25. Emma
26. Marcus
27. Emma
28. Marcus
29. Emma
30. Marcus

31. Emma
32. Marcus
33. Emma
34. Marcus
35. Emma
36. Marcus
37. Epílogo: Emma

También por Ava Gray

# SINOPSIS

Juré que nunca volvería a enamorarme de un médico.

Una sola regla me mantenía a salvo, me mantenía centrada.

Hasta que *él* entró en mi sala de urgencias.

Pelo entrecano, ojos como el acero.

***Sus manos salvan a niños, pero a mí me encienden.***

Trece años mayor. Padre soltero con dos adolescentes.

El tatuaje militar de su brazo guarda secretos que sus labios no revelarán.

Colisionamos en la sala de guardia: ***una pasión cruda, que te deja sin aliento, adictiva.***

Nuestra química en Urgencias no es nada comparada con nuestras noches.

*Pero el pasado tiene garras.*

El recuerdo de su exmujer todavía lo atormenta...

Mi ex tóxico es una amenaza oculta a plena vista.

Las paredes del hospital susurran escándalos, nuestras carreras penden de un hilo.

**Y una oferta al otro lado del país podría ser mi vía de escape.**

*Pero mi cuerpo guarda un secreto para el que ninguno de los dos está preparado.*

*¿Cómo puedo* alejarme *del único hombre que me hace sentir viva?*

***Cuando el médico se convierte en la fiebre…* ¿cuál es la cura?**

*Pecado en Bata Blanca* da comienzo a la serie *Escandalosamente Tuyo* con una pasión prohibida en el trabajo. Este romance médico cargado de erotismo está protagonizado por un atractivo padre soltero de pelo canoso y tiene el calor suficiente para acelerarte el pulso.

# 1

# EMMA

Me concentraba tanto que el alboroto al otro lado de la sala no lograba molestarme. Todos se movían de manera metódica, centrados en sus tareas. Sabía que, para un ojo inexperto, aquello parecía un caos. A mí me lo pareció la primera vez que estuve en urgencias como estudiante de medicina.

Yo tenía mi propia paciente en la que centrarme y confiaba en el equipo para que se ocupase de lo que iba ordenando. Sin apartar la vista, alguien me puso un hemostato nuevo en la mano. Entrecerrando los ojos, moví el tejido hasta que vi lo que necesitaba.

—Te tengo —murmuré mientras las pinzas hacían clic al cerrarse y quedarse bloqueadas.

Extendí la mano y se depositó un segundo par en mi palma.

Se oyó una voz grave, desconocida para mí, lanzando instrucciones en voz alta. El tono y las palabras activaron un mal recuerdo, y un sudor frío me cubrió la frente. No iba a permitir que los malos recuerdos de Kevin interfirieran con mi concentración. No podía evitar que mi cuerpo reaccionase con una subida de pulso y un sudor de ansiedad. Al menos, mi mente seguía siendo mía y estaba centrada en la paciente frente a mí.

—Maldita sea, ¿de dónde sale esa sangre? —solté de golpe, dejando que la emoción de la inoportuna evocación de Kevin se filtrara en mi profesionalidad.

Tenía dos pinzas en la arteria femoral y la paciente seguía sangrando.

—Pon un concentrado preparado por si acaso —ordené a las enfermeras a mi lado—. No me gusta la cantidad de sangre que está perdiendo.

—Necesitas aplicar presión —ladró esa voz profunda que había hecho saltar todas mis alarmas.

Un escalofrío me recorrió la columna. Crasqué el cuello a un lado y a otro, rodé los hombros y enderecé la espalda. La voz no era la de Kevin, pero ese aire de "soy un hombre, así que sé más que tú" era el mismo.

—¿Pero tú quién te crees que eres para hablarme así? —alcé la mirada con ojos de pocos amigos.

—¿Disculpe, doctora? —preguntó la enfermera.

Me tragué mis palabras al darme cuenta de que el hombre no me estaba hablando a mí, sino dando instrucciones a otro de los pacientes. No dejé que mi mirada se entretuviera. Tenía otras prioridades en ese momento. Pero la fugaz imagen del hombre se me quedó grabada en la retina.

Ante mí solo veía la situación que tenía entre manos, pero en mi mente seguía "viendo" los rasgos angulosos y la elegancia plateada de una abundante cabellera salpimentada del hombre al que casi le había saltado. No era Kevin. Kevin tenía el pelo rubio oscuro y siempre insistía en llevar la bata blanca sobre el pijama verde, incluso cuando no era nada práctico. Aquella noche el trabajo era sucio. La bata blanca habría acabado arruinada.

—Perdón, perdón, estoy reaccionando a otras conversaciones. Debería centrarme aquí.

Presión. Ha dicho presión. Tenía que haber microfisuras que provocaban el sangrado. Rodeando la herida con la mano, apoyé mi peso sobre ella.

—¿Doctora? —preguntó la enfermera.

—Solo estoy probando algo.

—¿Tenemos tiempo?

—Tengo la corazonada de que eso nos va a dar el margen que necesitamos. —Necesitaba empezar a suturar a este chico cuanto antes, pero con tanta sangre no veía por dónde empezar. Si estuviésemos en un quirófano adecuado, con el instrumental correcto, esto no sería ningún problema. Pero no teníamos tiempo ni un quirófano disponible.

Me tumbé sobre el chico y conté mentalmente, esperando que mi peso corporal y mi agarre ofreciesen suficiente presión para cerrar los desgarros invisibles que me estaban complicando el procedimiento.

Fui aflojando poco a poco y levanté el torso. —Échale un vistazo —indiqué a la enfermera.

—Parece que el sangrado ha parado —dijo ella.

Me puse en pie y, enseguida, comenzamos a coser.

Mi abuela me enseñó a coser a mano cuando era niña. Me enseñó paciencia y a dar puntadas precisas, regulares. Esa habilidad artesanal me acompañó durante mi carrera. Otros podían permitirse puntadas chapuceras—técnicamente, las suturas no tienen que ser bonitas—, pero yo me aseguraba de que, si mi abuela veía mi trabajo, no tendría nada que reprocharme.

La cirugía improvisada fue un éxito y mi paciente se estabilizó. La trasladaron a observación y yo pasé al siguiente caso.

—¡Doctora Chen!

Me detuve cuando la voz seria de Rosa Hernandez llamó mi atención. Me giré para ver la mirada alerta de nuestra enfermera jefa. —¿Sí?

—Doctora Chen, por favor. —Me hizo un gesto.

Miré hacia abajo. Estaba cubierta de sangre. Parecía como si me hubieran apuñalado. Presionando mi mano contra el abdomen, hice una mueca.—No es mía.

—Dra. Chen, por favor, póngase una camiseta limpia. Está usted traumatizando aún más a nuestros pequeños pacientes —dijo Rosa.

Tenía razón. La emergencia inmediata ya había terminado. Si iba a atender a otro paciente, debía asearme. Normalmente no estaría empapada con los restos de una cirugía de urgencias. Hay batas quirúrgicas y otras prendas de protección para evitarlo, pero esta noche la situación no había permitido el lujo de usar EPI, Equipos de Protección Individual.

—Gracias, buena idea —solté una risita cansada. Me había concentrado tanto en lo que había que hacer, y luego en lo siguiente, que ni siquiera me había fijado en la sangre que se me había pegado cuando me incliné sobre mi paciente.

Entré en una sala de preparación y me quité la camiseta.—Puaj —dije, dejándola caer en el contenedor de residuos biológicos.

Necesitaba una ducha, pero no había tiempo. Cogí un puñado de toallas de papel y empecé a frotarme el torso. No me había salpicado demasiado en la piel, pero aun así…

Mi piel se volvió rosada por el agua caliente y el intenso restregado al que la había sometido. Satisfecha de que el torso estaba limpio, me concentré en frotarme los brazos hasta por encima de los codos.

Tenía la cara enterrada entre las manos, dándole a eso y al cuello una limpieza a fondo en el lavabo, cuando volví a oír esa voz grave.

—Oh, perdón, no me había dado cuenta —balbuceó y tosió entre algunos titubeos, y luego se marchó.

Le ignoré y seguí lavándome tranquila. Unos segundos después, volvió.

—Esta es una sala de preparación, ¿verdad? —preguntó.

—Sí, ¿por? —Me sequé el cuello y el pecho mientras le miraba. Él evitaba mirarme. ¿Cuál era su problema?

—Pensé que habría entrado en el baño de mujeres.

—¿Eh? —Fue entonces cuando me miré mejor.—Ah, perdona. Me estaba cambiando rápido. La parte delantera de mi camiseta estaba llena de sangre. He tenido que lavarme un poco.

Estaba ahí de pie con mis pantalones azules de pijama y un sujetador. Si llevara ropa interior más funcional, probablemente no habría reaccionado igual. Pero no me gusta llevar ropa interior aburrida. Es sosa. Y tengo que llevar uniforme el ochenta por ciento del tiempo en el trabajo, así que me gusta ponerme lencería bonita. El sujetador de hoy era de tul color nude con detalles de encaje negro. Mis pezones oscuros se transparentaban por completo.

Tragué saliva y rápidamente cogí una camiseta limpia del montón de ropa disponible. Normal que estuviese tan cortado. Prácticamente estaba desnuda delante de él. Vaya forma de causar una primera impresión.

—Perdona —murmuré mientras me ponía la camiseta por la cabeza. Me di la vuelta para que al vestirme no se vieran aún más mis pezones.

—Eres la doctora Emma Chen, ¿verdad?

Ya vestida, me volví con una risita avergonzada.—Sí, eh, ¿y tú quién eres?

—Marcus, Marcus Walker. Encantado de conocerte.

—¿Y eres médico? —pregunté.

—Soy el nuevo del equipo —admitió.

—Ah, es verdad. Habían contratado a un médico nuevo. Menuda manera de estrenarte en el Manhattan Memorial, con ese caos de coche atropellando a peatones.

—¿Caos? Más bien criminal. Esos críos van a necesitar más que tiempo para recuperarse. ¿La niña pequeña en la que estabas trabajando ha salido adelante?

El doctor Marcus Walker se apoyó en los lavabos como si charláramos sobre el tiempo o sobre algo que habíamos visto en la tele la noche anterior. No parecía turbado por lo que le había caído encima en su primera noche en el nuevo trabajo. Ahora que estaba vestida, parecía perfectamente relajado. Era alto, de extremidades largas. Los bíceps abultaban y tensaban las mangas cortas de su pijama azul. Un tatuaje desvaído, con los pinchos y remolinos del típico estilo tribal, parecía atravesarle la piel con su garra. El tatuaje terminaba justo por debajo del codo, y asomaba otro poco de tinta bajo el borde del escote del pijama.

Una sonrisa irónica le marcaba los pómulos, y sus ojos eran de un azul gélido y penetrante.

—Está en recuperación —dije.

Marcus Walker era un hombre atractivo, y se le había notado totalmente incómodo al verme medio desnuda. Aquello fue un pequeño soplo para mi autoestima.

—¿Dónde has aprendido ese truco?

—¿Truco? —pregunté.

—Usaste tu cuerpo para comprimirla. ¿Eso te lo enseñaron en combate?

—¿¿Entrenamiento de combate? —pregunté, incrédula—. No. Nunca he estado en el ejército. ¿Tú sí?

Asintió despacio.—Ejército retirado. Cirujano de campaña. Ese tipo de respuestas rápidas y fuera de lo convencional es lo que salva vidas.

—Hay que saber encontrar soluciones poco tradicionales en traumatología, ¿verdad?

Él rió.—Somos más creativos de lo que la gente piensa.

—¿Eso es lo que lo llamas? ¿Creatividad? La mayoría lo llamaría desapego. Estaba paseando por ahí cubierta con la sangre de esa niña y la enfermera jefe ha tenido que gritarme para que me cambiase. No creo que ella me llame creativa.

—No, te llama doctora. Si alguna vez necesitas hablar sobre nuestras vías creativas, sé que acabamos de conocernos, pero tengo años de trucos interesantes para lidiar con lo que hacemos. Si alguna vez te apetece charlar.

Se me encogió el estómago porque sus palabras sonaron demasiado a que estaba empezando a invitarme a salir. No estaba en una fase de mi vida para citas. Y no creía que hablar sobre respuestas ante el trauma con un tipo que acababa de ver mis pezones fuera la mejor de las ideas ahora mismo.

—Tendré en cuenta tu oferta —dije, en el tono más amable que se me ocurrió para rechazarle.

## 2

# MARCUS

Pezones.

Me lancé de cabeza en un caso traumático en mi primer turno en el Manhattan Memorial, y lo único en lo que podía pensar mientras me alejaba del hospital eran pezones. Más concretamente, los pezones oscuros y firmes de la doctora Emma Chen.

Había asuntos mucho más urgentes que deberían haber ocupado mi mente, como por qué no hubo una mejor clasificación en la llegada de pacientes, o si me encontraría con una pelea entre los niños nada más llegar a casa. Sin embargo, lo único en lo que era capaz de centrarme era en ese sujetador delicado y en cómo el encaje negro enmarcaba y resaltaba los pezones de Emma. Eran pequeños, tersos y oscuros. Puede que fuera cosa del tejido de su ropa interior, pero no había ni rastro de color rosa. Rosa. Los pezones de Blair sí eran rosados.

No me podía creer que realmente estuviera pensando en los pezones de otra mujer. Pero, por más que intentaba recordar los preciosos pechos de Blair, solo me venían a la mente sus cicatrices. Y los únicos pezones que era capaz de visualizar eran los de Emma Chen.

Un pinchazo de culpa me atravesó mientras subía las escaleras del adosado. Hacía años que no pensaba en otra mujer que no fuera Blair. Era extraño e invasivo. ¿Cómo se atrevían mis recuerdos de mi difunta esposa a ceder el lugar a pensamientos sobre otra mujer? No estaba preparado para eso.

—¡Papá! —gritó Jason mientras salía disparado del salón, casi chocando conmigo al deslizarse sobre el suelo de madera con los calcetines puestos—. Dile a Lily que es mi turno.

—¡Eres un pelota! —La voz de mi hija retumbó por toda nuestra nueva casa, siguiendo a su hermano—. Quejándote ante papá nada más poner un pie en casa. No le hagas caso, lleva con la PS5 desde que salió del colegio. Me toca a mí y el mocoso lo sabe perfectamente.

—Lily, agradecería que dejaras de llamar a tu hermano por apodos —dije mientras colgaba la chaqueta en el perchero junto a la puerta.

—Ha estado todo el día insoportable. Seguro que le ha bajado la regla —espetó Jacob.

—¡Basta ya! —espeté.

—No se habla así de tu hermana. Es más, nunca se habla así de una mujer.

Jacob se marchitó, encogiendo los hombros y moviendo la boca como un pez. —Es que es una zo...—

—¿Qué acabo de decir? —interrumpí en seco.

Jacob agitó los brazos mientras zarandeaba el torso. Dejó escapar un suspiro derrotado. —Es que es muy mala y siempre me está diciendo lo que tengo que hacer.

Las peleas entre los niños iban y venían como las fases de la luna. No tardaríamos en tener alguna pelea física. La mudanza no había sido nada fácil para ellos. Qué demonios, en realidad toda la situación no había sido fácil para ellos.

Primero perdieron a su madre, y después se quedaron conmigo. Era consciente de que mi vida en el ejército me mantenía alejado de la familia, pero no me había dado cuenta del daño causado. Blair siempre estaba ahí, manteniéndonos unidos, controlando a los niños, asegurándose de que me escribieran cuando estaba destinado fuera.

De alguna manera, pensé que cuando volviera para quedarme, tendríamos una vida de postal. Blair nos encontró una casa bonita. A los niños les gustaban los colegios y había varios hospitales a menos de una hora en coche donde debería haber podido trabajar.

Bueno, esa vida perfecta duró tres meses, hasta que llegó su diagnóstico y todo se fue al garete. Quedó claro enseguida que no se me daba bien manejar a los niños. Lo entendía, de verdad. El padre volvía a casa y ellos iban a perder a su madre. Tal vez, si me hubiera quedado lejos, ella no se habría puesto enferma.

No era lógico, pero era lo que pensaban los niños. Hicieron falta un año de terapia familiar para darme cuenta de que me culpaban. Necesité otro año para ganarme de nuevo su confianza, y entonces lo eché todo por tierra aceptando un trabajo que nos arrancó de la tranquilidad del pueblo y nos plantó en pleno corazón de Nueva York.

Pensé que sería un cambio emocionante.

Estaba aprendiendo lo equivocado que estaba en todo.

Alargué la mano para acariciar la cabeza de mi hijo. Él giró y mi mano cayó pesadamente sobre su hombro. Le di un apretón. —¿Cuánto tiempo llevas jugando a videojuegos?

Se le quedó la boca abierta como ese mismo pez medio muerto al que se parecía hace unos momentos. Era la pista definitiva de que estaba mintiendo e intentando inventarse una excusa.

—Dale el mando a tu hermana y sube a tu cuarto a hacer los deberes.

—Pero, paaaapá. —Alargó la vocal, convirtiendo "papá" de una sílaba en muchas.

—Arriba, ¿o tengo que hablar de ponerte en castigo?

Se escurrió de debajo de mi mano y salió corriendo de nuevo hacia el salón.

—¡Ay, pequeño cabrón! —gritó Lily.

—¡Lily, el lenguaje!

Jason pasó corriendo a mi lado.

—Me ha tirado el mando —contestó ella.

—¡Jason! —ladré. La única respuesta fue el portazo de su habitación.

Un gruñido bajo se me escapó de la garganta al entrar en el salón y encarar a Lily.—Te has vuelto a teñir el pelo. Pensé que ya habíamos hablado de esto.

Ella se enrolló un mechón en el dedo y lo miró de reojo. Las ojeras oscuras y profundas hacían que el blanco de sus ojos resaltara, dándole un aire de personaje de dibujos animados.—¿Qué pasa? Es negro. Eso es un color natural. El cole dijo nada de colores no naturales. No es morado.

Me encogí de hombros, nada contento con hacia dónde iba el aspecto de mi hija. Tenía razón, su pelo era de un color natural. La norma era nada exagerado que pudiera hacer que el colegio le mandara a casa. Debería haber sido más específico, supongo.

Agitó el mando en la mano mientras se inclinaba hacia delante y empezaba a cambiar ajustes en la PlayStation. Me sorprendí un poco cuando apagó la tele.

—¿No querías jugar? —pregunté.

Negó con la cabeza.—Quería que Jason parara. Juega con el volumen demasiado alto. Los vecinos estaban aporreando las paredes.

Vivíamos en una hilera de adosados. Las paredes no eran tan finas como las de un piso, pero los ruidos fuertes se oían igual.

—Haré que vaya a disculparse después de cenar. ¿Qué tal el cole?

—Una mierda —dijo.

—Lily…

—Siempre es una mierda. Odio este sitio.

—Lo siento, cariño. Sé que no ha sido fácil. ¿Qué hay para cenar? —pregunté mientras volvía a la cocina.

—No lo sé —dijo Lily tirándose al sofá.—No has dicho nada de hacer la cena.

—Ha sido mi primer día de trabajo y ¿ni se te ha pasado por la cabeza pensar en la cena sin que te lo diga? —Desde donde estaba, en el comedor todavía lleno de cajas sin abrir, lo único que veía de Lily era la mano que levantaba por encima del respaldo del sofá. Dejó caer la mano, agitándola como si le diera demasiada pereza moverla de verdad, pero aun así intentando ser dramática.

—Solo soy una niña. No es mi trabajo pensar en esas cosas. —Lo dijo con tal actitud que supe que, en realidad, había decidido conscientemente no dar el paso y preparar la cena.

No estaba de humor para discutir con ella. Estaba cansado y había tenido un día duro en el trabajo. Trabajar con niños requiere un nivel distinto de desapego que con adultos o soldados. Y la verdad, estaba más agotado de lo que esperaba.

Atravesé el comedor hasta la cocina. Las habitaciones estaban dispuestas en fila: sala, comedor, cocina. Un largo pasillo desde la puerta principal pasaba junto a todas las habitaciones por un lado y

llevaba directamente a la cocina, y las escaleras a los pisos superiores estaban en el lado opuesto del pasillo. La casa adosada era estrecha y alta. Y a mí me parecía perfecta.

A los niños les parecía perfectamente horrible.

Entré en la cocina y el olor a ajo y orégano captó mi atención. No había ninguna olla en el fuego. En comparación con el caos del comedor, la cocina estaba completamente lista y reluciente. Los platos que había en el fregadero por la mañana ya no estaban.

Solté un largo y cansado suspiro y negué con la cabeza. Lily era hija de su madre. Podía ser exagerada, pero siempre cumplía. Incluso aunque no quisiera que pensara que lo había hecho.

Abrí el horno. Estaba encendido. Tres cajas de pizza de cartón estaban dentro, manteniéndose calientes. Lily se había encargado de la cena. Simplemente no la había cocinado. Y una pizza para celebrar mi primer día de trabajo era perfecto.

Cogí una cerveza y un refresco de la nevera. De vuelta en el salón, obligué a Lily a sentarse y me acomodé para que, al dejarse caer, quedara recostada contra mí. Le tendí la lata de refresco.

—¿Pizza, eh? Y yo que pensaba que no era tu responsabilidad preocuparte de cosas como la cena.

Dio un sorbo.—Es lo que haría mamá.

—Es exactamente lo que haría mamá. Incluido fingir que no había nada para cenar.

Lily se acurrucó contra mi hombro. No tenía suficientes momentos así con ella. Llevaba años encerrándose cada vez más en sí misma. Tener ese instante de tranquilidad juntos me hacía realmente feliz. Quiero a mis hijos más de lo que podrán imaginar nunca. De verdad espero que sepa lo importantes que son estos momentos.

## 3

# EMMA

Vi a Sarah sentada en el atrio, en una mesa enfrente de su ordenador portátil, mientras me dirigía a la cafetería para tomarme un descanso. A mí también me gustaba pasar mis horas de despacho en el atrio. Era un espacio diáfano, con techos altísimos y algunos árboles de tamaño real—lo más parecido a estar al aire libre que podía experimentar durante la semana laboral.

Creo que el atrio estaba diseñado para ayudar a calmar y tranquilizar a los pacientes y a sus familias. Esas cajas frías, duras y brutalistas de la medicina moderna estaban quedando atrás. Los ambientes hospitalarios acogedores, cálidos y agradables seguían siendo una tendencia. Personalmente, prefería mucho más ese ambiente casi de parque que las duras salas de espera de plástico y metal de cuando era estudiante y residente.

Los hospitales eran lugares grandes e imponentes. La tensión arterial de cualquier persona subía simplemente al cruzar la puerta de entrada. Daba igual si eras paciente o visitante. Me gustaban los árboles. No salía al aire fresco tan a menudo como debería, aunque tampoco es que en la ciudad el aire fuese precisamente fresco. Pero el atrio me hacía sentir como si estuviera fuera, en un día perfecto.

Entré en la cafetería y, tras divisar a Sarah, decidí coger un tentempié en vez del café que había planeado originalmente. El hospital había terminado hace poco la reforma de la cafetería central, ofreciendo comidas más frescas y puestos de comida internacional. Uno todavía podía conseguirse un emparedado de pan de molde blanco con ensalada de huevo envuelto en plástico de la enorme sección de frigoríficos, pero ahora también había sushi recién hecho.

Me detuve a mirar cómo los chefs de sushi preparaban sus bandejas y elegí una pequeña bandeja de plástico con un maki picante de atún con cobertura crujiente. Cogí dos pares de palillos y dos grandes botellas de Coca-Cola Light de los frigoríficos acristalados y pagué antes de volver hacia el atrio.

—Me estás interrumpiendo —dijo Sarah en cuanto me acerqué a la mesa donde trabajaba.

Deslicé el sushi por la mesa. Se detuvo justo antes de su ordenador portátil. —Pero vengo con ofrendas.

Dejé una botella de Coca-Cola Light junto a ella. Ella miró la botella fría, empezando a cubrirse de gotas de condensación, antes de alzar la vista hacia mí.

—¿Has traído algo para picar?

—He traído, sí —dije con una sonrisa traviesa mientras me sentaba.

Desenvolví los palillos de bambú baratos mientras Sarah abría el envase del sushi. Hizo ruiditos contentos mientras sacaba una pieza de maki picante de atún con los dedos y se la llevaba a la boca. Cerró los ojos, y supe que, al menos por un momento, era su heroína.

Le entregué uno de los pares de palillos mientras agarraba un trozo de sushi con los míos. No me entusiasmaba tanto como a ella, pero me supo fenomenal. Parecía un capricho decadente en mitad de la tarde, en vez de ese bocado sano y saludable que realmente era.

—¿Informes? —pregunté, asintiendo hacia su portátil.

—Demasiados para contarlos —respondió—. Nunca hay suficientes horas en el día para hacer todo lo que necesitamos. Dirección quiere los informes dos veces al día, pero no nos ponen suficiente personal para que podamos dedicar tiempo a redactar nuestras notas. Olvídate ya de tener tiempo para pasar visita y ver a todos tus pacientes.

La doctora Sarah Martinez era una de las hospitalistas residentes. Después de que yo curaba a mis pacientes, los dejaba en manos de su maravilloso equipo de médicos y enfermeras. Aunque siempre revisaba al menos una vez a un paciente tras la operación—dos si tenía tiempo—Sarah y su equipo eran los médicos disponibles siempre que un paciente necesitaba hablar con un doctor. Se pasaba la mayor parte del día de planta en planta, comprobando cómo iban todos sus pacientes al menos una vez al día.

—Dímelo a mí —me quejé.

—He oído que hay un médico nuevo en tu departamento —dijo con un tono cantarín.

Entrecerré los ojos en su dirección. Conocía esa voz. Esa voz venía a decir: *Tienes que salir, divertirte y echar un polvo.*

—Ajá —dije con escepticismo.

Confiaba en Sarah ciegamente, salvo cuando usaba ese tono de voz. Ese tono significaba que quería montar un lío—de los buenos, normalmente, pero para mí, no para ella.

—Ese es el tono que usaste cuando Kevin empezó a trabajar en el hospital —se lo señalé. No me fiaba ni un pelo de nada que tuviera que ver con Kevin. Era mi ex por una razón.

—Hay un médico nuevo y mono —había dicho ella entonces. Tenía razón. Kevin era objetivamente atractivo. También era,

objetivamente, un imbécil.

—Sí, tenemos a un chico nuevo. Empezó ayer —dije mientras me metía otro trozo de sushi en la boca.

—¿Le has conocido?

Asentí con la cabeza.

—¿Y bien? —insistió, esperando algo más que un simple gesto.

Me señalé la boca, sobreactuando deliberadamente para dejar claro que la tenía llena y que no iba a hablar. Las dos sabíamos que era solo una excusa. A menudo hablaba con la boca llena. Era asqueroso y de mala educación, pero aún así lo hacía si tenía algo que decir. Ahora mismo, no me apetecía decir nada sobre el Dr. Marcus Walker.

Sarah no se dio por vencida.—¿Y bien? —insistió.

Me tragué el trozo de sushi y me encogí de hombros.—Sí, le he conocido.

—¿Y?

—¿Y qué? —pregunté, fingiendo no entender.

—Ya sabes de qué hablo. ¿Cómo es?

Suspiré.—Parece majo. Profesional. Listo.

Sarah no se lo tragaba.—¿Eso es todo? Estás siendo evasiva.

Negué con la cabeza, intentando aparentar indiferencia, pero la imagen del tatuaje de Marcus Walker me vino a la mente. Ese tatuaje tribal, asomando por debajo de la manga remangada de su camisa, no tenía derecho a colarse en mis pensamientos. Pero ahí estaba.

Sarah me apuntó con los palillos, con una expresión triunfal.—Esa cara.

—¿Qué cara? No sé de qué hablas —repliqué rápidamente, esperando no estar sonrojándome. Era una profesional en un entorno médico de alto estrés. Era demasiado mayor y estaba demasiado curtida como ser humano para sonrojarme. Pero mi fisiología se reía de la lógica. Me llevé la palma a la mejilla para ver si estaba caliente.

—Sabes perfectamente de qué cara hablo. La que dice que ya te has fijado en que está bueno. No te preocupes, no estás colorada.

Gemí, cogiendo mi Coca-Cola Light.—Vale. Sí, es objetivamente atractivo. Y sí, es mayor, con casi todo el pelo canoso en las sienes. Pero ya está.

Sarah ladeó la cabeza.—No es canoso. Es plateado. Que no es lo mismo.

—Lo que tú digas.

Sonrió con complicidad.—¿Cuántos años le echas?

Me encogí de hombros.—¿Cuarenta y tantos, quizá finales de los cuarenta?

—Pues no es tan mayor, entonces.

—¿Para qué? —pregunté, entornando los ojos hacia ella.

—Para ti.

Me atraganté con el sorbo de Coca-Cola Light y tosí, fulminándola con la mirada mientras ella se reía.

—Ni lo sueñes —advertí.—Somos compañeros. Nada más.

Sarah arqueó las cejas pero no insistió. No le hacía falta. La conocía lo suficiente para saber que no iba a dejar el tema tan fácilmente.

La verdad es que ya había dedicado más tiempo del que debía a pensar en el Dr. Marcus Walker. Entre el tatuaje y la forma en que

sus sienes salpimentadas resaltaban su mandíbula angulosa, era… una distracción.

Pero no pensaba admitirle eso a Sarah. Al menos, no todavía.

Dispongo de muy poco tiempo libre entre semana. Elegí mi piso precisamente por su cercanía al Manhattan Memorial: un paseo rápido de varias manzanas.

Cada día, iba andando al trabajo, y cada noche me lamentaba de la caminata de vuelta con los pies doloridos.

Normalmente, me detenía en una bodega o en una ventanilla de porciones de pizza para llevarme una cena poco saludable, que devoraba en estado semi-vegetativo frente a un programa de televisión insustancial. Me daba una ducha y me iba a la cama para repetir el proceso al día siguiente.

Pero anoche, ese estado vegetativo se vio interrumpido. Imágenes del tatuaje tribal de Marcus se colaban en mis pensamientos justo cuando menos lo deseaba.

Desconectar con actividades sin sentido era esencial para mi descanso y recuperación. Necesitaba poder desconectar del trabajo, aunque solo fueran unas pocas horas miserables, o este estilo de vida acabaría desbordándome y engulléndome entera.

Cuando terminamos nuestro tentempié improvisado, mi móvil vibró sobre la mesa. Eché un vistazo a la pantalla y vi un mensaje de la enfermera jefe.

*Nuevo paciente en trauma, ETA diez minutos.*

—Deber llama —dije, levantándome y recogiendo mi basura.

Sarah asintió.—Igual. El viernes salimos a por margaritas. Así hablamos más sobre el Dr. Silver Fox.

Puse los ojos en blanco pero no pude evitar que una sonrisa asomara en las comisuras de mis labios.—Ya veremos.

Mientras regresaba hacia el área de trauma, intenté apartar de mi mente los pensamientos sobre Marcus. Tenía un trabajo que hacer, unos pacientes en los que concentrarme y nada de tiempo para distracciones.

## 4

# MARCUS

La supervisora de enfermería —eché un vistazo rápido a su identificación, *Hernandez*— se quedó cerca mientras hojeaba la historia clínica que tenía en la mano.

—Ya le he dicho que aquí seguimos los protocolos de documentación estándar —dijo.

—Si hay algo que he aprendido en mis años trabajando en diferentes hospitales, es que no existe tal cosa como un protocolo estandarizado. Vamos, ni siquiera en los hospitales de campaña bajo distintos mandos coinciden los procedimientos.

—¡Tenemos una urgencia! —anunció una de las enfermeras de la estación al colgar el teléfono.

Le devolví la historia a la enfermera Hernandez.—¿Qué tenemos? —pregunté.

—El triaje se actualizará cuando lleguen los del SAMUR.

—¿Qué quiere decir exactamente?

—El triaje nos informa, normalmente, sobre un caso entrante —empezó a explicar Hernandez, no la enfermera que me había

interrumpido—. Si se acerca una emergencia, los equipos nos transmiten lo que pueden contarnos. Y la enfermera de admisión espera hasta que todo el equipo está reunido para tener que explicarlo solo una vez.

—Ah —me encogí de hombros—. Tiene sentido. Si no, estaría repitiéndose todo el tiempo, y eso no ayuda en una situación de emergencia.

—Hace que parezca que no siempre sabemos lo que va a llegar —dije.

La enfermera Hernandez se encogió de hombros.—A veces, es cierto. A veces solo nos dicen quién viene y en qué estado. A veces, nos dan toda clase de detalles. Depende mucho tanto del paciente como del equipo de la ambulancia. Si están ocupados trabajando en el paciente, apenas pueden informarnos sobre la edad aproximada, si es que la saben, y el tipo de traumatismo que nos espera. Si el caso es sencillo, nos dan toda la información.

Asentí con la cabeza. No era muy distinto a trabajar en un hospital de campaña, donde la comunicación solía ser escasa y el equipo de emergencia estaba demasiado ocupado asegurando al paciente para el traslado.

La seguía como un perrillo esperando una caricia o una golosina, como el nuevo del barrio, como si nunca hubiera trabajado antes. Pero supongo que era así, teniendo en cuenta que técnicamente este era mi tercer día en este destino. En vez de estar aprendiendo políticas y procedimientos y lo que la dirección esperaba de mí el primer día, me habían lanzado directamente a lo más hondo de la piscina de trauma, algo con lo que estaba algo más familiarizado.

En todas partes quieren que el personal haga informes, rellene formularios y documente todo. Nadie quiere los documentos cumplimentados del mismo modo, que es lo que la enfermera Hernandez repasaba conmigo de manera tan condescendiente cuando recibió la llamada.

—Vale, ya estoy aquí. ¿Qué pasa? —entró corriendo la Dra. Emma Chen y se detuvo de golpe.

La enfermera de la estación que había recibido la llamada miró a su alrededor. Supongo que estaba comprobando si todos los que esperaba estaban presentes.

—Tenemos aviso sobre un par de chavales que bien han saltado o bien se han caído de su balcón. Ambos chicos. El primero está estable. El segundo, no. Se le considera inestable durante el traslado: múltiples abrasiones y fracturas, posible traumatismo craneal —concluyó su valoración con un breve asentimiento.

—Perfecto. Los boxes de trauma están preparados y listos. No tenemos desbordamiento en Urgencias, así que todo bien —intervino la Dra. Chen, tomando el control y distribuyendo al personal.

—Tengo experiencia con traumatismos craneales y medulares. ¿Quieres que me encargue de ese? —pregunté.

Sus ojos oscuros destellaron hacia mí como si hubiera osado dirigirme a ella.

—Bien —soltó, seca. Señaló el segundo box de trauma—. Te toca ahí. Prepárate.

Asentí y me aparté para prepararme. Cuando entrasen esos chicos, no iba a tener tiempo de comprobar si me faltaba algo. No necesitaba que me lo dijeran dos veces. Aun así, no podía quitarme de encima la sensación de ser apartado —de la enfermera de admisión hasta la Dra. Chen—. No era una situación para dejarme llevar por el orgullo. Pero sí que hacía falta una mejor comunicación.

Llegó la primera ambulancia y el equipo de traumatología se puso manos a la obra. Eran como un engranaje perfectamente engrasado, transfiriendo al paciente del equipo de la ambulancia al personal del hospital con total destreza. Todos hablaban en palabras rápidas y concisas. No había gritos, ni gesticulaciones innecesarias.

Llegó la segunda ambulancia y el técnico de emergencias prácticamente saltó del vehículo con la camilla amarilla brillante. En unos pasos ya estaba a su lado, recabando toda la información detallada que tenía para mí. Pronto me di cuenta de que el paciente con traumatismo craneal y de columna venía en la primera ambulancia y, por tanto, ya era paciente de Emma Chen. Ese tipo de información habría sido muy útil saberla antes.

En lugar de prepararme para neurología, me encontré frente a fracturas múltiples y compuestas. Las enfermeras de traumatología en Manhattan Memorial eran excepcionales y pronto cogimos un ritmo fluido, pese a que nuestro trabajo estaba cargado de tensión. Mi paciente llegó estable y conseguimos mantener esa estabilidad durante todo el tratamiento. Dejé al niño a cargo del cuidado general del hospital.

Me quité los guantes y salí de la sala de traumatología en busca de la enfermera Hernandez. Quería hablar con el adulto responsable del niño, pero no quería acercarme al azar a alguna de las parejas estresadas de la sala de espera. Ella me indicó a una mujer hispana, pequeña, acurrucada en una esquina, llorando en silencio.

—Es la tía de los niños —me dijo.

—¿Dónde está la madre? —pregunté.

Ella negó con la cabeza—. No tengo esa información. Solo sé que es la adulta que está aquí con ellos.

La mujer alzó unos ojos grandes y oscuros, llenos de lágrimas, hacia mi cara. El labio inferior le temblaba.

—Soy el doctor Walker. He atendido a uno de tus sobrinos.

Asintió apenas, con un leve movimiento de cabeza.

—Le hemos tratado lesiones múltiples. Hemos inmovilizado las extremidades fracturadas. Le espera una recuperación larga. Sentirá dolor, pero por lo que he podido ver, no ha sufrido lesiones internas.

—¿Y el otro? —preguntó.

—A él le sigue atendiendo otro equipo. Solo quería que supieras que dentro de unos minutos podrás entrar a ver a tu otro sobrino. Creo que están intentando acomodarle en una habitación. Estará asustado.

—Quiero que sepa que estoy aquí —dijo ella.

—Ahora mismo está sedado, dormido. Cuando despierte, una enfermera se asegurará de que estés presente.

—¿Y me avisarás sobre el otro? —preguntó de nuevo.

—Lo haré, o el médico que le atienda vendrá a informarte —le aseguré.

La vi menos angustiada al marcharme. Volví a la primera sala de traumatología para observar a la doctora Chen y a su equipo. Allí había una máquina de rayos X portátil. Me encantaban esas máquinas porque no necesitaba esperar para trasladar a un paciente crítico a otro departamento. Sin embargo, la doctora Chen gruñía por ello.

—Es que no consigo una imagen lo suficientemente nítida. Odio este aparato —dijo mientras el técnico cambiaba la placa—. Tardará unos minutos en procesarse.

—Reconozco que no son lo mejor para el torso, pero para tobillos y muñecas van de maravilla —aportó una de las enfermeras.

Emma asintió con sequedad—. Desde luego, se ve perfectamente la fractura. Quiero hacerle un escáner completo a este niño. Neurología lo pedirá de todas formas. Vamos a estabilizar el tobillo y la pierna. La inflamación tendrá que bajar antes de plantearnos una intervención quirúrgica.

El equipo trabajó con eficacia para estabilizar al paciente antes de trasladarle a otro departamento para más pruebas de imagen.

Observé cómo la doctora Chen informaba a la tía. Mantuvo la calma y la distancia, incluso cuando la mujer se derrumbó llorando.

Aunque quería seguir observando los métodos de la doctora Chen, tenía a otros pacientes que atender. Al poco, terminó mi turno y era momento de volver a casa. Sentí que el día había pasado volando, pero en cuanto crucé la puerta del brownstone que ahora era mi hogar, me di cuenta de lo largo y agotador que había sido.

Encontré a Jason en el salón, jugando al videojuego sobre el que su hermana insistía siempre en limitarle el tiempo. Solo que esta vez, ella no le regañaba y, en vez de poner el volumen a tope, llevaba unos auriculares con reducción de ruido. Le dejé inmerso en su partida y fui a la cocina.

Cogí una cerveza de la nevera y miré por la tapa de la olla de cocción lenta para ver qué había preparado Lily para la cena antes de subir a buscarla. Desde que nos mudamos a la ciudad, ella había asumido muchas responsabilidades y sabía que no le estaba resultando fácil.

Llamé suavemente a la puerta de su cuarto. Como no obtuve respuesta, la empujé con cuidado. Lily estaba sentada en su escritorio, con los mismos auriculares puestos. En vez de jugar, hacía playback con la música, moviendo la cabeza al ritmo, mientras parecía hacer los deberes. Sonreí para mis adentros y cerré la puerta despacio para no molestarla.

A la mañana siguiente, en el hospital, busqué a la doctora Chen. Cuando por fin la encontré, levantó una ceja al mirarme.

—¿Cómo que has estado buscándome? —preguntó.

# 5

# EMMA

—Dra. Chen. ¿Podemos hablar de los protocolos de admisión? —. El tono del Dr. Walker destilaba condescendencia.

—¿Qué pasa con ellos?— Puede que respondiera de forma cortante.

—Te observé ayer. Madre mía, eres increíblemente hábil—. La voz de Marcus Walker tenía un deje ronco que resultaba totalmente injusto. Me negué a permitir que nada de ese hombre me afectara, especialmente ese timbre grave.

—Suave como la seda—le solté.

—¿Eres así de entregada en todos los aspectos de tu vida? He comprobado que el empuje y la pasión van de la mano—.

Maldita sea, ¿su voz se había vuelto aún más profunda? Necesitaba que ese hombre diera un paso atrás. Su cercanía me resultaba asfixiante. Y parecía incluso que yo quería acercarme más. No, de ninguna manera. Nada de líos, nada de dejarme arrastrar por voces profundas y sugerentes. Enderecé la espalda.

—Mi vida privada es eso, privada. Que tenga un buen día, Dr. Walker —. Di media vuelta con decisión y eché a andar, la cabeza alta y los

hombros rectos.

Sus pisadas sonaban tras de mí como redobles de tambor. Y de repente volvió a situarse a mi lado, invadiendo mi espacio personal.

—Déjame invitarte a cenar—dijo.

Seguí caminando, apenas lanzándole una mirada. Tuve que inclinar la cabeza para verle el rostro. Voz grave, hombros envidiables y muy alto. No estaba jugando limpio.

—No salgo con médicos—contesté con la mayor indiferencia de la que fui capaz.

—Para empezar, no he dicho que sea una cita. Solo quería hablar contigo sobre establecer unos protocolos de admisión—.

Me detuve y le lancé una mirada fulminante.

Alzó las manos en señal de defensa.—Vale, vale, sí, te he propuesto invitarte a cenar. Pero es gracioso, teniendo en cuenta que tú también eres médica—.

—No salgo conmigo misma, así que la norma sigue vigente—. Eché a andar de nuevo.

Marcus igualó mi ritmo.—Me gustan los buenos desafíos—.

—No era un desafío, Dr. Walker—. Me detuve y me giré hacia él, alzando apenas el rostro para mirarle a los ojos y luego entornando los míos.—Eso es un límite—.

No esperé su respuesta. El corazón me palpitaba con fuerza, tan alto que temía que pudiera oírlo, y mi respiración retumbaba en mis oídos. No quería que se diera cuenta de lo mucho que mi cuerpo estaba fingiendo indiferencia. ¿Quién demonios se creía ese hombre, diciéndome que necesitábamos protocolos en la unidad de trauma?

No pensaba permitir que este nuevo médico se metiera bajo mi piel, por mucho que la piel pareciera estar deseándolo.

Podía escuchar perfectamente la risa de Sarah resonando en mi mente. Quiere trabajar contigo. Quiere colaborar.

—¿Eso es como lo llamas ahora, colaboración?—murmuré.—Antes simplemente lo llamábamos enrollarse—.

Fruncí el ceño intentando callar esa voz interior que sonaba demasiado parecida a la de mi mejor amiga. No quería colaborar ni tener nada con el Dr. Marcus Walker. Bueno, quizá sí, y ahí estaba el verdadero problema.

No, no quería colaborar ni involucrarme con ese hombre. Ya había terminado con eso de colaborar con otros médicos. Al fin y al cabo, así fue cómo me metí en líos con Kevin.

Todo comenzó como una inocente colaboración entre colegas. Al menos, eso era lo que me repetía. Él decía que le interesaba mi técnica. Pero las técnicas que realmente interesaban a Kevin no tenían nada que ver con la cirugía de urgencias, y sí con posturas en la cama, en la consulta, y detrás de ese árbol de ahí, en un parque abarrotado de gente.

—Venga ya, Emma. ¿Quién lo va a notar de verdad?

Dios, Kevin era tremendamente persuasivo, y yo caí de lleno. Me atrapó como un pez—con anzuelo, sedal y plomada—. Caí rendida en sus manos. Apenas necesitaba cebo, por eso le resultó tan fácil manipularme. Me tenía en la palma de su mano. Me tenía completamente dominada. Era todo un repertorio de metáforas y tópicos, porque yo pensaba que estaba enamorada de él.

No, porque creía que él estaba enamorado de mí. Yo sí que lo estaba de él.

No tenía que pensarlo. Lo sabía. Lo sabía en lo más profundo de mi ser, desde las puntas abiertas de mi pelo hasta las uñas de mis pies. Había estado tan enamorada de ese hombre, y él me manejaba como un maestro con un violín de doscientos años—con destreza, precisión y el vibrato justo para hacerme vibrar a mí también.

Hasta le creí cuando me dijo que era tan lista que menos mal que no habíamos ido a la misma facultad de medicina.

—Con tu inteligencia me habrías acojonado —había dicho él.

Por supuesto, lo dijo mientras estábamos desnudos, y nadie estaba usando la cabeza en ese momento. Así que le creí. Le creí tan a fondo que casi me cuesta perder a aquel crío.

Estaba hasta el codo dentro de una cirugía, necesitando clampar una arteria sangrante. Kevin estaba allí para "observar", o al menos esa fue su excusa ante la administración. Me había confesado que le encantaba verme trabajar. Sólo una de sus observaciones más casuales bastó para que empezara a dudar de mí misma. Ahí estaba yo, a punto de realizar una maniobra quirúrgica crucial que salvaría la vida del chaval. Había que hacerlo, y deprisa, pero dudé porque sus palabras me hicieron pensar que estaba equivocada.

Recuerdo perfectamente cómo le miré, cómo nuestros ojos se cruzaron. Aunque sólo podía verle los ojos, la forma en que arqueó las cejas con esa expresión tan, tan engreída me decía exactamente lo que pasaba por su cabeza bajo la mascarilla. Él pensaba que había ganado una ronda más.

Pero esto no era un juego. Aquello era la vida de un niño, y el único que tenía que ganar ese día era el paciente.

—A la mierda —dije en voz alta y cambié de dirección.

—Emma, ¿estás segura de que eso es lo que—

—Cállate, Dr. Thompson.

Me ocupé de salvar la vida de aquel niño. Si hubiera seguido la indicación de Kevin, ¿habría sobrevivido el crío? No lo sé. Pero no creía que lo hubiese hecho. Si hubiera sobrevivido a aquella operación, seguro que habrían tenido que volver a abrirle para arreglar lo que no se hizo bien la primera vez. En cambio, se ocupó y se solucionó como debía.

Así que cuando el Dr. Marcus Walker se acercó pavoneándose para decirme que necesitábamos protocolos para traumas entrantes, ni siquiera lo vi al principio. No vi sus ojos azules brillantes, ni la mata de pelo plateado sobre la piel bronceada, ni su mandíbula afilada. No, sólo vi aquella misma expresión arrogante y aquel pelo castaño claro que pertenecían a otro hombre por completo.

Parecía como si Kevin hubiese vuelto a la ciudad para hacerme dudar de mí otra vez.

Y no me gustó. Ni un poco. Y, casi en seguida, me vi sobrepasada por todo lo que no era Kevin. Pasé de estar a la defensiva por culpa de un recuerdo viejo a estar a la defensiva porque quería sentirme indefensa con Marcus Walker cerca. Enderecé la espalda todo lo que pude y caminé directamente desde esa interacción tan incómoda con el Dr. Walker hasta la estación de enfermería.

—¿Qué pasó ayer con el Dr. Walker? —pregunté a Rosa Hernandez.

—No me pareció que pasara nada —respondió ella, ladeando la cabeza—. ¿Por qué?

—Mencionó algo sobre la necesidad de procedimientos de entrada para los pacientes. Solo estoy intentando averiguar qué es lo que no cumplió las expectativas de ayer.

Rosa frunció el ceño.—No lo sé. Estábamos repasando los procedimientos de registro cuando llegó la llamada. Él parecía entender perfectamente que el triaje transmite toda la información a todas las partes implicadas a la vez. A mí no me pareció nada fuera de lo normal.

Me mordí el labio y lo pensé un momento.—¿Qué sabemos de él?

Rosa se encogió de hombros.—Nada. Tendrías que hablar con administración.

—¿Sabes de dónde vino?

—¿Te refieres a su pasado militar? —preguntó ella—. Se nota que le gusta que todo el mundo lo sepa.

—No, no —negué con la cabeza—. Vino de otro hospital, ¿no?

—Ah, eso. —Se encogió de hombros otra vez—. No es que haya tenido ocasión de charlar con él junto a la fuente de agua, si me entiendes.

Sabía perfectamente a qué se refería. En realidad no le importaba de dónde viniera ni su historial laboral. Mientras cumpliera con su trabajo y no le dijera cómo hacer el suyo, le daba igual. Se marchó, y yo me giré para hablar con otra de las enfermeras.

—¿Puedo ayudarle, doctora? —preguntó una de las enfermeras.

—Una pregunta rápida —dije.

Dos enfermeras me miraron, alzando las cejas.

—Cuando recibimos pacientes nuevos, ¿qué tipo de información tenéis?

Una enfermera negó con la cabeza. La otra se encogió de hombros y se adelantó.—Supongo que depende de quién conduce la ambulancia. Depende de la gravedad.

—Quiero decir, si llega una ancianita con la tensión alta, sabemos toda su vida porque es capaz de contarle de todo al técnico de emergencias —explicó la segunda enfermera—. Pero si hablas de, como, lo de ayer…

Asentí.

—O como esta mañana, cuando tuvimos al herido de bala; no teníamos mucha información porque los técnicos estaban ocupados en la furgoneta intentando mantenerle con vida. Bastante suerte tuvimos de enterarnos siquiera de que venía alguien con una herida de bala.

—Entiendo —dije—. Así que en realidad no podéis compartir información que no tenéis.

—Exacto —respondió la primera enfermera—. Este trabajo no viene con bola de cristal, aunque a veces juraría que mi vida sería mucho más fácil si la tuviera. Especialmente cuando los pacientes aprietan ese botón de llamada como si pudiera saber mágicamente qué les pasa sin que digan ni pío.

Asentí para mostrar que lo comprendía. No es que la mayoría de mis pacientes pudieran ayudarme a averiguar lo que les pasaba. Normalmente estaban inconscientes, gritando, o limitándose a decirme: —Me duele.—

Quizá tenía razón. Quizá sí necesitábamos idear algo para que todo fuera más fluido; así, no haríamos preguntas molestas cuando no hubiera respuestas disponibles.

Quizá me sentaría con el Dr. Walker para hablar de cómo piensa él que deberían ser los protocolos. Por lo menos, podría averiguar qué necesidades suyas no están cubiertas con el sistema actual.

# 6

# MARCUS

El trabajo tenía algo de rutinario y repetitivo, aunque ningún hospital era exactamente igual a otro, ninguna población ni los casos de los pacientes que llegaban eran iguales. Pero la labor en sí misma—evaluar pacientes, colocar huesos, dar puntos de sutura—parecía no cambiar nunca.

Había algo... ¿cómo era la palabra que buscaba? No hogareño ni reconfortante, pero sí, casi existía una sensación de consuelo en la familiaridad de la rutina.

Casi encontraba tranquilidad y familiaridad en las lesiones, en las heridas similares. Los mismos tobillos rotos, los mismos dolores de apendicitis, lo cual puede sonar brusco y horrible de decir, porque no encontraba consuelo en el dolor ajeno. El consuelo venía de mi capacidad para aliviar su sufrimiento. La familiaridad llegaba porque tenía la absoluta certeza de que sabía lo que hacía.

El consuelo venía de no tener que soportar la incertidumbre constante y preguntarme si lo que estaba haciendo tendría algún efecto. Pero allí estaba... Y sabía que marcaba la diferencia cada día en la vida de las personas. Tenía que enfrentar un grado de incertidumbre y malestar porque, tras dejar el ejército, me centré en

la población general. Ya no se trataba de soldados. No eran personas duras y endurecidas por el entrenamiento que salían por la mañana sabiendo que se enfrentaban a una situación peligrosa.

Los pacientes a los que atendía eran los hijos de alguien. Y como había decidido especializarme en casos pediátricos, siempre estaba trabajando sobre el hijo de alguien. Ahí es donde la incertidumbre volvía a aparecer en mi vida.

Nunca quise sostener la vida de un tipo entre mis manos, diciéndole que todo iría bien cuando yo estaba cubierto de más sangre de la que él tenía circulando por su cuerpo. Esa ya no era la clase de trauma a la que quería exponerme.

No tenía sentido, y de algún modo, en el camino, me convencí a mí mismo de que este trabajo era más sencillo. Pero ese maldito pitido monótono y plano, unido al zumbido de alarma reiterativo y urgente de un sistema colapsando, no le importaba si yo intentaba autoconvencerme de que mi decisión de estar aquí, atendiendo a este niño, era un trabajo fácil.

—Joder —gruñí cuando la enfermera comenzó las compresiones cardíacas.

—Tengo que atar esto, sigue—

—Pero, doctor, no—

—Me niego —dije. Seguí cosiendo en el espacio reducido porque la enfermera tenía que inclinarse medio cuerpo sobre mí—. ¡Recupérame ese maldito pulso ya! —ladré.

El sonido monótono y tonal dio un traspiés.

Me detuve, con las suturas y las pinzas hemostáticas en la mano, mirando fijamente la espalda de la enfermera que me tapaba la vista de la telemetría del paciente. Otro traspiés, otro pitido.

Ella se apartó suavemente a medida que el corazón del crío tomaba el relevo, y yo solté un largo y pesado suspiro. Desde luego, este

trabajo era tan fácil.

Terminé la operación, mi paciente estaba por fin estable, y conseguí que llevaran al crío a recuperación. Fui de regreso al vestuario para asearme.

Necesitaba borrar los recordatorios—no de la preciosa vida de ese niño, sino de todas las vidas que casi se me habían escapado de entre los dedos y de las que lo habían conseguido a pesar de todo mi empeño.

Me quité el pijama quirúrgico y lo tiré al contenedor de residuos peligrosos antes de limpiar la cofia de mi cabeza y descalzar las cubrezapatos de las botas. Solté otro largo y cansado suspiro y me agarré la nuca, rotando los hombros. Necesitaba quitarme esa tensión de encima.

Había sido un caso duro, pero me recordé lo mucho más sencillo que era mi trabajo ahora. Supuse que, si me mentía lo suficiente, acabaría creyéndolo.

La puerta se abrió y la doctora Chen—Emma—entró soltando un quejido.

—Tú también, ¿eh? —pregunté.

Ella se quitó el pijama quirúrgico, y aparté la mirada. Tenía la mala costumbre de quitarse de golpe la camiseta ensangrentada. También solía no llevar protecciones adicionales cuando estaba metida hasta el fondo en una urgencia.

No la miré hasta que se dejó caer de golpe en el banco junto a mí. Llevaba puesta una camiseta limpia de pijama azul.

—Esos niños eran demasiado pequeños —dijo.

—Sé que las bandas los reclutan cada vez más jóvenes.

—¿Cómo está tu víctima—tu paciente, el apuñalado?

—Ah, sí, claro —dije—. Entonces, ¿tú cogiste al agresor? —aventuré.

Ella asintió.—Por lo visto, sí.

—Mi crío va a estar bien. Ha estado en una situación delicada, pero ha salido adelante. El chaval ha salido adelante. ¿Y el tuyo?

Ella se encogió de hombros.—Le he cosido. Estará como una rosa para cuando le manden al reformatorio. ¿Cómo lo haces? —preguntó.

—¿El qué?

—Mantenerte objetiva. Tener la mente fría, distanciarte de lo que hacemos.

Me reí por lo bajo.—Estaba convenciéndome de lo mucho más sencillo que es esto comparado con mi vida anterior.

—¿Militar? —preguntó ella.

Asentí.

—Pero los niños... son inocentes.

—Bueno, al menos, ya sabes, se supone que deberían serlo. A no ser que alguien les convenza para coger el cuchillo de cocina de su abuela y clavárselo al vecino, ¿verdad?

—Desde luego, así no parecen tan inocentes.

Le acaricié la rodilla.—No pienses así. Ese niño sigue siendo, en cierto modo, víctima de manipulación, de que le hayan estado preparando y de sus circunstancias. Sus heridas son distintas. Serán psicológicas.

Ella se agitó.—Sus heridas, un día, le convertirán en asesino. No será un vecino el que le encuentre apuñalando a otro crío solo para entrar en su pandilla. Ese chaval va a salir de esta, y algún día alguien morirá. Es difícil verle como una víctima cuando esto es lo que nos toca, ¿sabes?

Asentí.—Lo sé. La vida en los barrios marginales no es fácil. Supongo que solo es otro tipo de campo de batalla —admití.

—Y cuando están sedados y dormidos —empezó ella—. Parecen tan dulces, y es tan difícil mirar esa carita angelical salpicada de sangre.

Le apreté la rodilla.—No dejes que esto te rompa. No permitas que un solo chaval te impida hacer lo que haces. Estás aquí salvando vidas, marcando la diferencia.

—¿Eso es lo que te dices? —la vi secarse las lágrimas de los ojos por el rabillo del ojo.

—Eso es lo que te digo a ti. Mi voz interior a veces está bastante desquiciada. No sé si puedo fiarme mucho de mis propios consejos, pero mi voz exterior—esta, las palabras que te estoy dando—, estas las he meditado. Son lógicas. Son sensatas. Provienen de años de experiencia. Cuando estés metida de lleno, recuerda que lo estás dando todo. Y cuando lleven a tu paciente a recuperación, es recuperación, y sabes que has hecho un buen trabajo.

—Supongo... Supongo que nunca pensé que acabaría trabajando con futuros asesinos y recomponiéndolos.

—¿Por eso te especializaste en niños? ¿Para no tener que ocuparte de los malos? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.—No lo sé. Puede. Hice la residencia en un hospital de un barrio conflictivo de Baltimore. Aquello fue duro. Fue intenso. Quizá pensaba... quizá pensaba que el trauma infantil no pesaría tanto—cuerpos pequeños, huesos pequeños que sanan fácil.

—El hecho de que el niño sea pequeño no significa que su dolor no sea grande —dije.

Se volvió a secar las mejillas y se apoyó en mi hombro. Se me encogió el pecho, y el calor se extendió por mi cuerpo con ese

contacto. Ella se sentía lo bastante cómoda para relajarse un instante contra mí, para bajar la guardia.

—Bueno —dijo—, debería volver ahí fuera. ¿Y tú?

—Estoy a punto de acabar mi turno —dije—. Probablemente debería ir a asegurarme de que anoto todas mis notas para poder hacer mis informes por la mañana.

—¿Te dejan hacer tus informes por la mañana? —preguntó, con una ligera risa en la voz.

—No es que me dejen —admití—. Pero no tienen alternativa. Tengo que irme a casa.

—¿Ah, tienes familia? —Se incorporó nerviosa y se apartó un poco de mí.

—Tengo hijos. Solo yo y los niños. —Recalqué el "solo yo". No quería que pensara que era un raro.—Sin esposa, solo niños.

La punzada de culpa y dolor por Blair me pilló desprevenido, y esperaba no haberme estremecido demasiado al mencionarla frente a Emma.

—Te veo mañana —dije mientras se levantaba y se acercaba a los lavabos. Se echó agua en la cara y se frotó los brazos hasta más allá de los codos.

—Te veo mañana —dijo al pasarse una toalla por la cara antes de tirarla al cubo de la ropa sucia.

—Espero que tengas una noche más tranquila —dije—. Sin aventuras. Espero que sea algo menos movida.

—Eh, no me gafes —dijo Emma con una risita en el rostro.

—Tienes razón, tienes razón —dije, levantando las manos, sin saber muy bien qué añadir.

—Gracias —dijo—. Eso espero. Que no haya más casos emocionantes por hoy.

Me quedé en el banco, apretando con fuerza el borde con las manos.

Este trabajo no era fácil. Quizá por eso me decía a mí mismo que sí lo era. Y, desde luego, no era el único con problemas para sobrellevar lo de los niños que apuñalan a otros niños.

Con suerte, mañana sería menos intenso.

# 7

# EMMA

Otra de las cosas, una de tantas, tantas cosas que sencillamente me encantaban de poner un pie en la manzana donde vivía mi abuela, era que sentía como si volviera a casa. Llevaba toda mi vida en el mismo y diminuto piso sin ascensor, en la cuarta planta, sobre una pintoresca calle de barrio llena de pequeños comercios de sus propios vecinos.

Era ese tipo de epicentro multicultural que surgía de manera natural, solo en sitios como Nueva York.

De pequeña, me dejaban corretear casi libremente con mis amigos del barrio, siempre que no saliéramos de la manzana. No existía eso de: —Estamos solo a la vuelta de la esquina.— Ni el típico: —Estamos en el callejón de atrás.— La calle, por alguna razón, se consideraba segura para nosotros.

Tal vez era porque los padres y abuelos de todos trabajaban en las tiendecitas que daban a la acera, vigilándonos desde lejos. O quizá era simplemente la magia de la perfección que parece tener todo en los recuerdos de la infancia, porque cuando estaba con mis padres, esa libertad nunca existía.

Pero con mi abuela, sí la tenía.

Llamé a la puerta tres veces, como solía hacer, solo para avisarla de que era yo antes de abrir y anunciar mi llegada.

Grité: —*Ni hao*, ya estoy aquí, *Zumu*.— Apenas sabía unas pocas palabras en mandarín, y me avergonzaba admitir que, aparte de "hola" y "abuela", la mayoría las había aprendido viendo películas de Kung Fu.

No era bilingüe ni remotamente, y sospechaba mucho que mis padres sabían aún menos palabras chinas que yo.

—Emma, has venido a verme —dijo mi abuela cuando vino a recibirme a la cocina.

Me tendió las dos manos y las alzó para darme unas palmaditas en la mejilla. Era una mujer diminuta, lo que siempre me sorprendía porque mi padre era un poco más alto que la media. No era un rascacielos andante como Marcus Walker, pero para un hombre chino-americano, era alto.

El pelo de la abuela seguía siendo negro azabache y lo llevaba recogido en un moño tirante. Los pocos mechones plateados que tenía brillaban en su cabello como si fuesen purpurina. Vestía pantalones anchos de pijama y una túnica amplia y superpuesta de cuello mandarín.

—Si estuve aquí la semana pasada —respondí.

Siempre se quejaba de que no me veía lo suficiente, aunque hubiera estado con ella el día anterior.

—Sí, bueno, tu padre ya nunca viene a verme.

—Sabes que podrías ir tú a visitarle —dije mientras llevaba las bolsas de la compra que había subido para ella a su pequeña cocina. Dejé las bolsas sobre la impecable mesa de la cocina. Todo en su piso era impecable y lleno de color.

—¿Y para qué tengo que ir yo? Él debería venir a verme a mí.

—Abuela, deja de hacerte la mayor. No eres tan mayor. Puedes ir tú a visitarle.

—No, él es quien tiene que venir a verme.

Cuando era pequeña, mamá siempre hablaba de irse de la ciudad, y papá consiguió hacerlo realidad cuando empecé el instituto, y nos mudamos a Connecticut, lo bastante cerca para venir a menudo pero lo bastante lejos para disfrutar de la típica vida suburbana de clase media. Creo que mi madre lo hizo solo para alejarse de mi abuela.

Una vez en Connecticut, mamá empezó a dejarle claro a papá que, cuando decida jubilarse, quería que se mudaran a Florida. Y, como buen marido, mi padre también hizo que eso ocurriera.

Pero lo que no pudo conseguir fue sacar a mi abuela de este piso. Llegará un momento en que no podrá subir hasta la cuarta planta, por supuesto. Y llegará un día en que este barrio deje de ser adecuado o seguro para ella. Pero, de momento, es feliz.

Solté un suspiro, mientras sacaba la compra y reponía los armarios. —La próxima vez que hable con él se lo diré. Sabes que puedes decírselo tú perfectamente. En Florida también hay teléfonos, ¿sabes? —le dije, señalando el viejo teléfono negro de disco que tenía en la pared de la cocina—. ¿Ese aparato todavía funciona, verdad? —bromeé.

—Bueno, él también puede llamarme —dijo ella.

—Me aseguraré de recordárselo.

—A ver qué has comprado —dijo, colándose en el pequeño espacio, apenas lo suficientemente grande para las dos, y empezó a rebuscar entre las bolsas mientras yo intentaba ir guardando las cosas.

—¿Has traído arroz? Necesitaba más arroz —dijo, buscando entre las bolsas.

Una de las bolsas no llevaba nada más que arroz. Voy a acabar teniendo unos antebrazos de boxeadora de tanto subirle esos sacos

de nueve kilos por las escaleras. Cuando era niña, los sacos de arroz eran más grandes. O, al menos, seguro que pesaban más.

Cuando guardé la compra, doblé las bolsas y las coloqué bajo el armario debajo del fregadero de la cocina. Ni siquiera llegué al salón antes de dejarme caer en una de las sillas de la cocina.

—Pareces agotada, Emma. Trabajas demasiado. ¿Has comido?

Negué con la cabeza.

—No desde el desayuno —comenté.

—Te voy a preparar la cena.

Ella llamaba a todas las comidas "cena". No creía que fuera por la memoria o por una cuestión de idioma. Simplemente, para ella todo lo que venía después del desayuno era "cena". Siempre lo había hecho así.

—Me vendría muy bien una comida casera recién hecha.

Mi abuela era la mejor cocinera. Incluso cuando hacía arroz frito con huevo, siempre era el mejor que había probado jamás.

—Venga, ayúdame. Ya que estás sentada, no estarás tan cansada como para no poder picar una cebolla.

Me entregó un cuchillo y la tabla de cortar. Cogí la cebolla de la cesta colgante y empecé a cortarla en trozos muy pequeños.

—¿Quieres también un poco de ese brócoli? —pregunté.

Ella asintió mientras removía una mezcla aromática de especias. Pude identificar el jengibre, el ajo y la pimienta, y después añadió más ingredientes que ya no sabía ni me importaban. Todo olía de maravilla.

—Hace mucho que no traes a ese chico tan majo por aquí.

—¿Chico majo? —pregunté.

—Sí, el doctor Kevin —dijo.

Para cuando Kevin y yo lo dejamos, ya no pensaba en él como en un chico majo. No podía dejar de ver sus formas manipuladoras.

—Hace mucho que dejé de verle —comenté.

Eché la cebolla picada en un bol y la aparté antes de ponerme con el brócoli. Me levanté, lo lavé bajo el grifo, le quité unas hojas y empecé a cortar el tallo en cuadrados precisos y pequeños. Mucha gente no utilizaba los tallos de brócoli al cocinar, sin darse cuenta de que pueden ser tan tiernos y sabrosos como las flores.

—Quizá por eso estás tan cansada. Tienes que ver a gente joven y salir. Todo lo que haces es trabajar.

—¿Y cómo sabes que no veo a gente joven ni salgo? —pregunté, con un deje de indignación en la voz.

Se giró y me señaló con la espátula.

—Porque me hablas así. Esa es la voz de alguien que intenta ocultar algo.

Tenía razón. —No soy culpable de nada, abuela.

—Pero sí eres culpable de trabajar demasiado —dijo, cogiendo la cebolla antes de volver a los fogones.

—No tengo tiempo para salir con nadie —dije.

—Yo no he dicho eso. Conoces al chico y después pasas tiempo con tu chico.

—No funciona exactamente así.

—Claro que funciona así. Por eso tus padres nunca deberían haberse mudado. Es cosa de tus padres.

No pasé por alto el tono de tensión en su voz cuando dijo: —Tu madre se habría dado cuenta de que te cuesta encontrar pareja, y

sería su deber ponerse en contacto con una casamentera por ti.

—Ay, por favor, abuela. Déjalo ya. Esto no es la China feudal. No necesito una casamentera.

—Si no eres capaz de encontrar a alguien por ti misma, para eso está la familia: para encontrar a alguien que cuide de ti.

Dejé el cuchillo antes de acabar haciéndome daño. Puede que sea cirujana profesional, pero eso era un cuchillo de cocina, no un bisturí.

—Ya me cuido yo sola, abuela. No necesito que nadie me cuide.

—Todos necesitamos que alguien nos cuide —proclamó, alzando la espátula en el aire.

No iba a señalar que mi abuela había sido una mujer increíblemente fuerte e independiente toda su vida. No sabía la historia, algún gran secreto familiar que incluso mi padre no me contaba, pero cuando mi abuela se vino a vivir a este piso con mi padre, su marido ya no estaba en escena.

Siempre pensaba: 'Si Zumu puede, yo también'. Pero no era algo que me atreviera a decir en voz alta, porque no quería disgustarla y tenía la sensación de que debía de ser algún tipo de vergüenza secreta. Si no, ¿por qué nadie me hablaba de ello?

—¿Una casamentera, dices? ¿Y qué opinaría tu casamentera de mí? ¿De mi trabajo? Trabajo con hombres inteligentes e importantes— doctores.

—La casamentera te podría juntar con otro médico. Así no habría celos, ¿verdad? Ella diría que es un matrimonio hecho en el cielo.

—Los médicos no acuden a casamenteras, abuela —dije—. Y lo digo en serio. No quiero que contrates a una casamentera para mí. Ya me parecen bastante penosas las aplicaciones para ligar. ¿Cómo de humillante sería que mi propia abuela contratase una casamentera?

—¿Entonces cómo vamos a encontrar a alguien que cuide de ti?

—No quiero que nadie cuide de mí. Yo sola me las apaño perfectamente.

—A lo mejor conoces a alguien nuevo en el trabajo, y así no tendré que buscarte una casamentera.

—¿Y cómo sabes que hay alguien nuevo en el trabajo? —solté antes de poder contenerme.

—¿Ah, sí? —Se giró hacia mí con los ojos muy abiertos—. ¿Es de esos hombres que cuidarían bien de ti?

No sabía mucho sobre Marcus Walker. Lo que sí sabía era que solo con estar en la misma habitación, hacía que se me erizara la piel. El consuelo que me ofreció el otro día fue cálido y tranquilizador.

—Quizás —respondí, sin querer admitir que no quería que mi abuela contratara a una casamentera para que me emparejara con alguien que no fuera él.

# 8

# MARCUS

—Papá —protestó Jason con fastidio—. No me puedo creer que me hagas hacer esto.

Dejó caer su mochila, que pesaba una barbaridad, en la silla de mi pequeño despacho.

—¿Qué se supone que tengo que hacer contigo? Jason, has estado fastidiando a tu hermana. Rompiste la PlayStation en un arrebato para vengarte de ella, y ahora recibo un correo de tu profesor diciéndome que no entregas los deberes. No es propio de ti. No es propio de ti, hijo.

Se encogió de hombros y se dio unos golpecitos en los codos antes de dejarse caer pesadamente en la silla vacía frente a mi escritorio.

—¿Por qué me haces venir aquí después de clase?

—Porque aquí, después de clase, puedo vigilar que hagas los deberes. No sé cómo hacer que te lleves bien con tu hermana.

—Mamá nunca me castigaba así.

Solté un suspiro cansado. —Ella sabía lo que hacía. Mi mujer era especial. Sus hijos la adoraban. Yo la adoraba. —Ahora soy mamá

hasta que se me ocurra otra cosa. Quiero que vengas al hospital después de clase y hagas los deberes.

—¿Tengo que quedarme todo el día? ¿Esto lo tengo que hacer también mañana?

—Quizá cuando demuestres a tu profe y a mí que puedes hacer los deberes y subir las notas, puedas irte a casa después de clase. Pero hasta entonces, vienes aquí, te sientas en este despacho y terminas los deberes.

—Estás siendo injusto.

—La vida no es justa, Jason. Y estoy intentando que aprendas a responsabilizarte de las tareas que te tocan.

Metí la mano en el cajón de la mesa, saqué la cartera y puse un par de billetes golpeando la mesa delante de él.

—Hay máquinas expendedoras al final del pasillo. Puedes coger algo para picar. Volveré a verte en un rato.

—¿Vas a dejarme aquí solo? ¿Te vas de ronda? ¿Cuánto tiempo tengo?

—No van a ser horas. Solo voy a pasarme por urgencias, a ver si necesitan que eche una mano. Si necesitan algo de mí, volveré en una hora, o quizá hora y media. Espero que cuando vuelva me enseñes los deberes hechos.

Le dejé lamentándose de su desgracia, diciendo lo injusto que era que yo esperara que hiciera sus tareas. Me pasé la mano por el pelo mientras me dirigía al departamento de urgencias y traumatología.

No entendía a ese niño. En realidad, no entendía a ninguno de mis hijos. Pero Jason siempre había sido tan dulce. Era un chico amable, deseando sacar buenas notas y lucir las felicitaciones de sus profesores. Incluso después de que Blair falleciera, cuando Lily se volvió más retraída, Jason parecía... tranquilizador. Buscaba elogios y aprobación aún más que antes. Este Jason arisco, malhumorado,

lleno de actitud... era nuevo, y no me gustaba hacia dónde iba. No quería llamar imbécil a mi hijo, pero si seguía así, acabaría siéndolo.

Me detuve en control de enfermería para hablar con la supervisora.

—Acaba de llegar una paciente con dolor abdominal —dijo la enfermera, entregándome un informe cuando le pregunté qué tal iba todo.

Lo abrí y repasé las anotaciones.

La paciente era una mujer de mediana edad, con sobrepeso, que presentaba un dolor agudo en la zona media derecha, y le dolía el hombro.

—¿Le habéis hecho ya una ecografía de la vesícula? —pregunté.

—Nadie ha podido. Solo triaje la ha visto aún.

Fui a ver a la paciente, y después de presionar con suavidad el abdomen, me convencí de que era un problema de vesícula.

—Pediré las pruebas para usted —le comenté antes de marcharme.

Solicité las pruebas que quería antes de ir a ver a los otros médicos del departamento. Técnicamente, estas eran mis horas de despacho, las que debería emplear en acabar todo el papeleo que había ido dejando de lado en mi turno anterior. Pero si podía echar una mano aquí abajo, prefería quedarme donde hacía falta.

También necesitaba darle a Jason un poco de tiempo para que se pusiera las pilas. Estaba convencido de que, cuando se le pasara el enfado, el chico se concentraría y se ocuparía de sus deberes. Y, si era sincero conmigo mismo, tenía algo de esperanza de cruzarme con Emma. Todavía no habíamos conseguido encontrar un momento para sentarnos y concretar los detalles de un protocolo de admisión.

Sentía que deberíamos estar trabajando en algo para agilizar el proceso. Pero no era ninguna urgencia. El hospital, evidentemente,

funcionaba bien sin ello. Era mi excusa para que Emma se sentara y pasara un rato conmigo.

Me quedé el tiempo suficiente para confirmar que la paciente de la vesícula, de hecho, iba a necesitar cirugía. Le pasé su caso al médico hospitalista, que se encargaría de admitirla e ingresarla en el hospital y programar la operación en condiciones.

—Enseguida te notarás mejor —le dije a la paciente mientras le ponía al día sobre su situación.

Dejé su historia clínica en el hueco correspondiente de la estación de enfermería para que recogieran sus registros cuando la trasladaran y, después, volví a ver cuánto trabajo había conseguido mi hijo evitar.

—Doctor Walker —oí que Emma decía mi nombre cuando me acercaba a la puerta de mi despacho—. Me alegro de haberte encontrado. He pensado que deberíamos cerrar esa reunión.

Sonreí. Estaba algo sonrojada, quizás un poco nerviosa. ¿Se ponía nerviosa al hablar conmigo? Quizá no me había imaginado que me había estado evitando estos días.

—Eso estaría genial. Déjame coger mi agenda y vuelvo en un segundo.

Entré en el despacho y vi a Jason sentado en mi mesa, sonriendo ante la pantalla del ordenador. Los sonidos que provenían del ordenador no tenían nada que ver con estudiar. Había "boings", zumbidos y choques estrepitosos.

Me detuve en seco.—¡Jason! —ladré.

—¿Papá? —exclamó, sorprendido. Golpeó frenéticamente las teclas del teclado.

—Espero que eso sea tarea.

—Sí, estaba buscando algo.

—No me mientas.

—Pero, papá…

—Jason, te he dejado aquí para hacer los deberes, no para jugar a videojuegos. A menos que consigas sacar ahora mismo un ensayo acabado o cualquier deber hecho de esa mochila en los próximos treinta segundos, vamos a tener una conversación seria. Y si piensas que venir a mi despacho después del colegio a hacer los deberes durante una semana es un castigo…

Le señalé y cogí mi agenda antes de volver a mirar a Emma.

—Disculpa. ¿Vamos? —Le tendí la mano, indicando que saliéramos al pasillo.

Levanté mi agenda de cuero.—Sé que esto es muy de la vieja escuela, pero sigo sin poder organizarme si no lo apunto todo.

Ella sacó el móvil del bolsillo y lo alzó.—Yo la llevo conmigo siempre.

—Ya lo sé, ya lo sé. Es que no consigo organizarme con el digital. Simplemente, no me funciona.

Estaba tan centrado en Emma que casi no oí el gruñido de frustración que venía de detrás de mí.

Los ojos de Emma se abrieron de par en par, y alargó la mano para atrapar una taza de café en el aire, justo antes de que chocara contra el lateral de mi cabeza.

—Vaya brazo tiene —dijo con una risa nerviosa.

La miré y después miré a Jason. Jadeaba, y la expresión que luchaba por aparecer en su rostro estaba entre el asombro, la sorpresa y una sonrisa. La doctora guapa le había elogiado y había estado a punto de darme en la cabeza con una taza de café de cerámica. Ambas realidades estaban peleando para dominar su expresión.

Emma entró en el despacho y dejó la taza en el borde de mi mesa.

—Creo que, para la próxima vez, mejor no le lances nada a la cabeza de tu padre, ¿de acuerdo? Y menos aún en un hospital. Tienes buena puntería, pero ¿y si hubieras fallado? Podrías haberme dado a mí. O a un paciente. O a una enfermera. A cualquiera a quien no quisieras dar. Así que la próxima vez, mejor no tiremos cosas en el hospital, ¿vale?

Jason asintió, con los ojos como platos. Tenía la boca abierta. Emma no había gritado, pero mientras él asentía y empezaba a parpadear, su rostro se puso blanco. Y entonces empezaron a brotar las lágrimas.

—Lo siento. Lo siento, papá. De verdad que lo siento.

Se desplomó en la silla de mi mesa.

—Creo que será mejor que lo dejes en tus manos y hablamos otro día de lo de la reunión, ¿vale?

Me dio una palmada en la espalda.

—Eso ha sido un buen reflejo —conseguí decir.

—Me parece que los dos tenéis mucho de lo que hablar. Nos vemos luego.

Mi hijo me necesitaba, pero no pude evitar mirar cómo se marchaba. Había algo en la forma en que había gestionado toda la situación —desde esos reflejos casi de superheroína, hasta la manera en que logró poner a Jason en su sitio. Creo que consiguió llegar hasta él de una forma en la que mis broncas y gritos nunca habían logrado.

# 9

# EMMA

—¡Maldición! ¡Maldita sea! —grité. No había querido dejarme llevar por mis emociones. Sentía como si hubiera estado luchando sola y la paciente simplemente se hubiese rendido. En este caso teníamos a todo el equipo, y aun así, sentía que solo yo necesitaba que sobreviviera, como si mi voluntad marcara la diferencia entre un latido y la nada.

—Decláralo —dijo Marcus en un tono bajo y sereno. No sonaba ni de lejos tan derrotado como yo me sentía.

Me quedé mirando los monitores de telemetría. Grité la hora antes de golpear la base del monitor con la palma de la mano. Siguió emitiendo ese pitido agudo y burlón. —Que alguien apague esta máquina estúpida. —Intenté tirar del cable de alimentación.

—Ya lo hago yo, doctora —dijo una de las enfermeras con calma.

—Emma, ¿por qué no vas a asearte un poco? —sugirió Marcus.

Le lancé una mirada fulminante.

—¿Te ves con fuerzas para decírselo a la familia o prefieres que lo haga yo? —Seguía junto a la paciente, trabajando con la misma

tranquilidad.

No le veía sentido y así se lo dije.

—La familia pedirá verla. Es lo que hacemos por las familias, ¿recuerdas? —dijo, como si hubiese olvidado por completo en qué consistía mi trabajo. Tal vez tenía razón. Hacía mucho que no perdía a una paciente. Lo odiaba cada vez. Nunca se hacía más fácil. Solo me volvía más distante y fría.

Esta noche, sentía que estaba demasiado unida a esa paciente. Me afectaba demasiado a nivel emocional. No quería ser portadora de la peor noticia posible. Aunque, pensándolo bien, quizá eso podría ayudarme a encontrar el consuelo que necesitaba.

—No, ya se lo digo yo a la familia —respondí. Me quité el EPI que llevaba en la cirugía. En el vestuario, dejé caer la prenda y me puse la bata blanca de médico. Tenía mi nombre y el logo del hospital bordados sobre el pecho izquierdo. Me daba un aspecto profesional, aunque en realidad seguía vistiendo el pijama azul reglamentario del hospital y el gorro quirúrgico.

Era tarde y la sala de espera tenía las luces atenuadas, fingiendo que la gente podía relajarse y descansar mientras aguardaba. Nadie estaba tranquilo. La tensión en aquella sala era densa y pesada. Los que estaban allí esperaban la peor noticia de sus vidas o un alivio bendito.

Sentí las miradas de varias personas clavarse en mí en cuanto entré. Crucé la sala en silencio hasta la pareja que estaba contra la pared del fondo. La madre de la paciente estaba encogida completamente sobre sí misma, hecha un ovillo en la silla. Su marido, el padre, caminaba de un lado a otro frente a ella. Se detuvo en cuanto me acerqué.

No tuve que decir nada antes de que la madre empezara a llorar desconsoladamente. Su marido la abrazó, consolándola en su dolor

compartido. Él tampoco había salido indemne del accidente. Llevaba la muñeca escayolada, pero su hija no tenía nada. Nada.

¿En qué estaría pensando en ese momento? ¿Habría cambiado su lugar por el de la niña? ¿Se habría ido él voluntariamente, dejándole su hija a su esposa, si de él hubiera dependido? ¿En qué pensaba la madre? ¿Acaso podía pensar en algo más allá del dolor?

¿Sería capaz yo de afrontarme a un futuro sin mi pareja o sin mi hija? ¿Sería siquiera una elección posible si me viera en esa tesitura? Negué con la cabeza. A ellos no les había dado nadie a elegir. Ahora tenían que enfrentarse a sus vidas sin una parte fundamental.

—¿Podemos verla? —preguntó el padre, tal y como había predicho Marcus.

—Por supuesto. Faltan solo unos minutos. Una enfermera saldrá a buscarles para acompañarles. —Esperé en silencio unos instantes más, por si alguno de los dos tenía preguntas. Cuando me di cuenta de que el dolor los había sumido en un mundo aparte y ya no se acordaban de mí, me marché.

Avancé despacio, intentando digerir mi propio duelo. Por pura profesionalidad, no me implicaba personalmente en la evolución de mis pacientes. Era una necesidad cruel para cuidar de mi propia salud mental. Me dedicaba a tratar y salvar a los niños en los que me especializaba porque creía que los niños eran la clave de un mundo mejor.

En ese momento, no era capaz ni de ver lo que tenía a pocos pasos delante, y mucho menos el futuro. Esta pérdida dolía muchísimo más que cualquier otra que recordase.

Había protocolos que tenía que seguir, formularios que debía rellenar. Solo quería estar sola. Probablemente podría haber ido a mi despacho, pero en lugar de eso volví a la sala de preparación, sin estar muy segura de adónde debía ir después. La luz automática

parpadeó al encenderse cuando entré en la habitación a oscuras. Habría preferido la oscuridad, al menos por cómo me sentía.

Me quité la parte de arriba y abrí los grifos del lavabo al máximo de agua caliente. Estaba acostumbrada a lavarme con agua más que caliente. Ahora la necesitaba hirviendo. En realidad, lo que de verdad necesitaba era una ducha. Quería quitarme de encima todas esas emociones no deseadas que recorrían mi cuerpo como un vendaval. No estaba actuando como una profesional. No estaba siendo yo misma.

Debería haberme quedado y acompañado al paciente hasta el final, aunque no hubiera sobrevivido. Debería haberme ofrecido a llamar a un capellán del hospital para los padres desolados. Tras echarme agua caliente en la cara, me quedé mirando mi reflejo en el espejo. Intenté mirarme directamente al alma, a través de los ojos, hasta llegar al cerebro.

Conseguí distinguir las estriaciones del colágeno en mi iris oscuro. Nada más. Marrón tan oscuro que los matices se perdían salvo bajo la luz más intensa. Se supone que los ojos son las ventanas del alma. Los míos eran orbes marrones y enrojecidos. No iba a encontrar los secretos de mi psique contemplando mi reflejo en un espejo medio empañado.

—Tienes que espabilar de una vez —dije.

—¿Todo bien aquí dentro, Emma? —La voz profunda de Marcus me pilló completamente desprevenida.

Di un salto y me giré de golpe para mirarle de frente.

—¡Madre mía, mujer, ¿es que nunca te quedas con la camiseta puesta?!

Bajé la vista hacia mí. Tenía razón, no llevaba camiseta. Pero sí sujetador. No era ni de lejos tan atrevido como algunos de los otros que podría haber escogido esa misma mañana al vestirme. En ese momento, un amasijo de poliéster azul me golpeó el pecho.

—Gracias —murmuré mientras me ponía la parte de arriba limpia del pijama—. No quería empaparme entera lavándome.

—No hace falta desnudarse entera cada vez que te lavas los brazos.

—Me gusta lavarme también la cara y el cuello —admití—. Si pudiera, me daría una ducha. Ahora mismo lo que necesito es la sensación de abrasar toda mi piel.

—¿Así de mal? —Se sentó en el banco a pocos pasos de los lavabos —. ¿Quieres hablar de ello?

Me encogí de hombros. —Necesitar, seguramente sí. Querer... — Desvié la mirada a lo largo de la sala. Había lavabos, cubos de residuos y de ropa sucia, estanterías abiertas con pijamas doblados y montones de EPIs para todo, desde cirugía hasta cuidados de infecciones peligrosas—. Aquí no voy a encontrar las respuestas que necesito.

—¿Estás segura? Te he visto bastante afectada en quirófano. Sabes que yo también he pasado por momentos duros. Quizá pueda ayudarte —Alzó las cejas, aún oscuras y sin rastro de canas como el plateado de su pelo. Sus cejas contrastaban mucho con el azul claro de sus ojos. Ojos en los que, si los miraba el tiempo suficiente, podría fijarme en todas esas ondulaciones y motas de pigmento que convertían los iris en huellas totalmente únicas.

Nuestras miradas se cruzaron y sentí un tirón interno que me impulsaba a seguir mirándole, no como si fuera un método de identificación biométrica, sino porque sus ojos eran pozos de comprensión y quería perderme en ellos. A diferencia de los míos, que levantaban un muro entre yo misma y el entendimiento, los de Marcus realmente parecían abrirse y permitirme ver la profundidad de su calidez.

No me moví, no di un paso hacia él, aunque sentí ese impulso en el pecho. En lugar de eso, me quedé donde estaba y rompí a llorar. Las

lágrimas me nublaron la vista. Me ardía la garganta por dentro. Jadeé buscando aire y gruesos goterones cayeron de mis ojos.

—Eh, Emma —empezó Marcus.

A través de la visión borrosa, supe que se había levantado y se acercaba. No me lo creí del todo hasta que me envolvió en un abrazo. Con suavidad, me atrajo contra su pecho para que pudiera llorar allí.

Me aferré a la parte delantera de su camiseta de pijama y dejé salir todo el dolor y la frustración que llevaba dentro. Era como si una presa hubiera contenido mis emociones y la muerte del niño de esta noche hubiera hecho una grieta en el muro. O quizá cada niño en el que trabajaba era otra muesca que resquebrajaba el hormigón que retenía todo lo que sentía, y la pérdida de esta noche fue el golpe final que convirtió cada pequeña fisura en un colapso total.

Lloré por la pérdida de mi paciente, y también por haber perdido el profesionalismo y la capacidad de mantenerme entera cuando se suponía que debía ser una especialista estoica en traumas. No fue nada bonito. Me enfadaba estar sintiendo autocompasión porque mi reacción era muy humana ante una mala situación.

Me limpié la cara contra su camiseta, sin preocuparme por dejarla llena de mocos y lágrimas. Podía ponerse otra. Tras parpadear varias veces para despejar mi visión, levanté la mirada hacia él. Su mano grande, firme y cálida me envolvió el rostro mientras él se inclinaba para mirarme.

—¿Te encuentras mejor?

Asentí. Tenía su rostro tan cerca. Había una emoción en sus ojos; no parecía preocupación, no por la forma en que su mirada bajaba hacia mis labios. Confieso que yo también miré los suyos.

Me puse de puntillas a la vez que subía la mano para atraer su cabeza hacia mí. Nuestros labios se encontraron y uno de los dos gimió suavemente.

## 10

# MARCUS

Mi cuerpo entero se tensó de sorpresa cuando los labios de Emma rozaron los míos. Era lo que no me había atrevido a desear, pero en cuanto su boca estuvo sobre la mía, se convirtió en lo único en lo que podía pensar. Me invadió el irrefrenable deseo de devorarla por completo.

Dejó escapar un gemido suave mientras nuestros labios se deslizaban y el beso se volvía más profundo. Una advertencia revoloteó en el fondo de mi mente. No aquí, no ahora, no es apropiado. La ignoré.

Los sonidos que emitía eran suaves y sutiles. Pequeños quejidos y suspiros llenos de deseo y desesperación que me impulsaban a continuar.

Su cuerpo era tan suave mientras deslizaba las manos sobre sus hombros y bajaba por su espalda, presionándola con más fuerza contra mi pecho. Incapaz de pensar, sólo reaccionaba, cuando dio un leve salto y apretó sus brazos alrededor de mi cuello. Rodeó mis caderas con sus piernas y la sostuve, metiendo las manos bajo su trasero perfectamente redondeado.

Di un traspié hacia atrás hasta chocar contra una pila de algo doblado, toallas o pijamas.

—No deberíamos estar haciendo esto —logré articular en un momento de lucidez al apartar mis labios de los suyos.

—Cállate y bésame más —exigió Emma. Su agarre en mi cuello era firme mientras volvía a juntar su boca con la mía.

No necesitaba que me lo repitiera. Ni siquiera podía hablar. Mi boca estaba ocupada con la suya. Sabía a dulce y a salado. No me di cuenta de que el sabor salado se debía a sus lágrimas hasta que empecé a besarle el rostro, las mejillas, la curva de la mandíbula.

Me recosté contra lo que fuera aquello, que parecía soportar bien mi peso. La sujetaba con una mano mientras con la otra recorría su espalda hasta enredar mis dedos en su melena sedosa y fresca. No había probado a una mujer en muchos, muchos años. Seguí su iniciativa y continué con la tarea entre manos.

La claridad no regresó a mi mente hasta que mis dedos, casi por instinto, desabrocharon los corchetes de su sujetador. No recordaba haber decidido hacerlo. Sucedió sin más. Me acomodé para poder deslizar la mano entre los dos y le acaricié el pecho. Su pezón, firme y terso, cosquilleaba la palma de mi mano.

¿Pero qué demonios estaba haciendo?

Retiré la mano como si me hubiese quemado. Rompí el beso y bajé a Emma con cuidado, asegurándome de volver a abrocharle el sujetador.

—¿Qué? —se quejó.

—Esto no está bien —dije—. No deberíamos hacer esto.

—¿No me deseas? —se apoyó en mí como una gata perezosa.

—Sabes que sí. —No había manera de que no notase mi erección presionando contra su cuerpo, incluso a través de la ropa—. Pero

alguien podría entrar.

—Tienes razón —dijo ella, girándose y cogiendo algo del suelo.

Habíamos tirado una pila de pijamas limpios de las estanterías. Se puso una camiseta limpia y luego se volvió hacia mí. Su dedo índice se alzó exigiendo mi atención y su tono era de reprimenda—. Ni una palabra. Sígueme.

Obedecí. Abrió una puerta por la que yo no había pasado nunca y encendió la luz de una pequeña sala. Era del tamaño de un armario grande, pero tenía una especie de cama. Más bien una camilla. Reconocí la habitación al instante. Puede que no hubiese estado en esa concreta, pero sabía identificar un cuarto de descanso para médicos jóvenes en prácticas en cuanto lo veía.

Se deslizó a mi alrededor y empujó la puerta hasta cerrarla. No pasó desapercibido el clic del pestillo.

—¿No necesitará esto alguien? —pregunté.

—Sí, nosotros, y lo vamos a usar —respondió con tal determinación que ni se me ocurrió llevarle la contraria. Además, tenía los testículos a punto de explotar de tanto deseo. Estaba físicamente desesperado por su cuerpo como hacía años que no me ocurría.

Solté un gruñido ahogado cuando ella se quitó de un tirón la camiseta del pijama y volvió a quedarse en sujetador. Mi mirada la devoraba mientras se desabrochaba los corchetes por detrás y se quitaba el sujetador. Sus pechos eran perfectos, delicados, turgentes, pequeñas maravillas que necesitaba saborear.

La alcancé con las manos.

—No tan rápido. Te toca —dijo, y empezó a tirar de mi camiseta para sacarla de la cinturilla del pantalón.

Cogí la tela de mi top y de la camiseta blanca que llevaba debajo. De un solo movimiento, me quité ambas prendas por la cabeza. Mi pecho subía y bajaba al respirar pesadamente.

—Vaya, joder —dijo Emma con admiración. Se acercó y deslizó los dedos entre el vello de mi pecho—. Es tan espeso y suave.

Me reí entre dientes.—¿Qué esperabas?

No apartó la mirada de mis pectorales.—Sabía que estabas bien musculado y que tenías ese tatuaje. Supongo que no esperaba un vello en el pecho así, pero esto es como un súper extra.—Trazó los bordes de mi tatuaje oculto bajo el vello y siguió jugueteando con el pelo de mi pecho, hasta que, al encontrar un pezón, pasó su dedo en círculos a su alrededor, provocándome.

Le cogí la muñeca mientras luchaba por respirar. El juego físico y la cercanía me tenían al borde.

Ella alzó la barbilla y nuestras miradas se cruzaron.—Supongo que pensaba que serías solo piel y músculo, ya sabes, como un culturista. Quizá esperaba que el vello de tu pecho fuera blanco como el de tu cabeza. Pero es tan oscuro.

Me pasé la mano por la cabeza.—Todo esto también era negro antes. Ahora solo intentas hacerme sentir mayor.

Se zafó y siguió acariciando mi pecho.—No eres para nada mayor. Y me gusta el contraste. ¿El resto también está cubierto de ese vello oscuro y espeso?

Agarró mis pantalones y tiró de la cintura hacia delante, intentando mirar hacia abajo y dentro.

—Ya basta de eso —dije mientras la levantaba en brazos—. Lo descubrirás pronto.

Se rió mientras la depositaba en el catre. La cosa tenía su aquel, ya que el catre no estaba diseñado para más de un cuerpo. Quería tenerla debajo de mí para poder dedicarle toda mi atención a su pecho, como ella había hecho con el mío. En vez de juguetear con mis dedos, la quería bajo mi lengua.

Emma arqueó su cuerpo para que sus pechos alcanzaran mi boca mientras bajaba la cabeza hacia ella. Su piel era dulce y cálida.

Los gemidos y ruiditos que había soltado durante nuestro beso apasionado ahora eran aún más fuertes. Me empujaban a seguir y hacían que mi cuerpo se endureciera.

Sus manos recorrían mi piel y sus uñas senderos sobre la parte trasera de mis brazos y hombros. Se retorcía y se estremecía mientras lamía, succionaba y jugueteaba con cada pecho y cada pezón.

Metí la mano entre nosotros para acariciar su coño. Ella apartó mi mano y la empujó dentro de sus pantalones, hasta que pude tocarla directamente. Estaba empapada de deseo.

Mis dedos se deslizaron entre sus pliegues y rodearon el botoncito de su clítoris.

Prácticamente despegó del catre al arquearse hacia arriba, presionando su pecho contra mi boca. Luego empezó a moverse y a empujar sus caderas contra mi mano. Era un espectáculo desbocado que se volvía más salvaje cuanto más la acariciaba y estimulaba.

Me manoseó por encima de los pantalones, y comprendí su necesidad de sentir mi mano directamente sobre ella. Yo también necesitaba su piel contra la mía. Necesitaba la sensación de sus dedos rodeando mi polla.

Me aparté de ella elevándome. Soltó un quejido apesadumbrado que se transformó en un jadeo cuando tiré de sus pantalones por sus piernas y pies. Luego me los bajé yo también.

Sonrió y se relamió los labios mientras me recorría con la mirada.— Estás cubierto de vello oscuro. Vuelve y frota todo eso contra mí.— Extendió la mano para atraerme, y no dudé en complacerla.

Me deslicé suavemente sobre su cuerpo. Envolvió mis caderas con sus piernas y apretó su pecho hacia arriba, frotando sus pechos

contra mí de un lado a otro.

—Dios, joder, qué bien se siente —gimió.

—Tú tampoco te quedas atrás —admití con un gruñido.

Me impulsé hacia arriba y el catre hizo un ruido infernal y se movió. Ambos nos quedamos quietos. Los ojos de Emma se abrieron como platos. No creía que el mueble sobreviviera al meneo que estaba a punto de recibir. Le puse la mano en la cadera y la coloqué de modo que yo quedara tumbado boca arriba y ella montada sobre mis caderas.

—No queremos romper los muebles —me reí.

Se sentó sobre sus rodillas y se echó a reír.—Ah, ya veo cómo va esto.

Se tomó su tiempo contemplando mi polla erecta. No sabía si la estaba admirando o evaluando la situación. Se apoyó en mi pecho y, tras acomodarse, se hundió sobre mí hasta el fondo.

Ambos suspiramos cuando me deslicé en lo más profundo de su interior. Estaba caliente, apretada y resbaladiza.

Se movía sobre mí como un pistón en una locomotora. La sujeté por las caderas y admiré cómo sus pechos rebotaban encima de mí. No tengo claro cómo esto solucionaba sus problemas anteriores, pero estaba más que contento de ayudar.

Se frotaba contra mí con un movimiento de subir, bajar y balancearse. El catre protestaba bajo mi espalda, pero estaba demasiado centrado en cosas mucho mejores como para prestarle atención.

Se dejó caer hacia delante con un gemido y un quejido, moviendo las caderas frenéticamente. Parecía que las piernas no le respondían, pero la presión rítmica y apretada en torno a mi polla me decía que estaba demasiado abrumada y luchando por mantener el ritmo que

necesitaba para llegar al clímax. Mis dedos se clavaron en la piel de sus caderas mientras la ayudaba con el ritmo y embestía contra ella.

Temblaba y lloraba sobre mí y su orgasmo la sacudió por completo. Su boca se abrió mientras buscaba aire, sus labios carnosos y rosados. Le cogí la cabeza y me alcé para encontrar su boca con la mía. Hundí mi lengua en ella igual que mi polla. Quería entregarme por completo a esta mujer. Ella tenía todos los derechos sobre mí, y yo necesitaba darle cada fibra de mi cuerpo.

Estallé y rugí al alcanzar mi propio clímax.

Caí sobre el catre. Emma se quedó acostada encima de mí. La abracé con un brazo por la espalda. Nos quedamos allí jadeando, mientras intentaba averiguar cómo habíamos llegado a esto. Solo había querido ofrecerle un poco de consuelo y apoyo como colega. Esto… esto era mucho mejor.

## 11

# EMMA

Por la mañana, mis ojos no se abrieron. Se abrieron de golpe cuando los recuerdos de la noche anterior me golpearon como un puñetazo en el estómago. Joder.

¿De verdad había hecho eso? ¿De verdad habíamos hecho eso? ¿De verdad había pasado? ¿En qué demonios estaba pensando? ¿Es que acaso estaba pensando?

No estaba pensando.

¿Por qué no estaba pensando?

Claramente acababa de meter la pata a lo grande, pero a lo grande de verdad. ¿Cómo se suponía que iba a ir al trabajo y verle la cara ahora? Dios mío, ¿y si esperaba que tuviera una relación con él?

No podía con esto.

Me tapé la cabeza con la manta y me di la vuelta con un gemido lastimero. Era una adulta. Era una profesional. No sabía si iba a ser capaz de manejar esto en absoluto. De verdad tenía el estómago revuelto mientras la bilis me subía por la garganta.

Saliendo apresuradamente de la cama, corrí al baño. No necesitaba ponerme mala ahora. Ponerme mala ahora no era lo ideal. Me detuve, apoyándome en el borde del lavabo. Deixé correr agua fría y me la eché en la nuca, cogiendo un poco con las manos para llevarla a la boca. Tras unos sorbos de agua y varias respiraciones profundas, por fin fui capaz de mirarme al espejo.

—Espabila, Emma —me dije a mí misma—. Probablemente él está tan avergonzado y apurado como tú.

Me miré fijamente durante un largo rato, como si eso sirviera de arenga personal.

—Ya me las apañaré —murmuré.

Una ducha larga y caliente aliviaría la tensión que crecía hasta límites épicos en mi cuello y mi espalda. Las ojeras bajo mis ojos eran tan oscuras y marcadas que parecían equipaje de mano.

Él también tuvo que haberse dejado llevar como yo, para encontrarme lo bastante atractiva como para hacer lo que hicimos…

—No fue nada —me repetí—. No significó nada. Solo fue una forma de liberar la tensión profesional.

Anoche había sido duro, muy duro—mucho más de lo que nunca había tenido que enfrentar, por alguna razón—y Marcus me ayudó a superarlo. No fue más que eso. Sólo eso.

Cuando terminé de enfrentarme a mi reflejo, tratando en vano de convencerme de que esto no era el fin del mundo, el espejo estaba completamente empañado, lo cual casi era mejor así.

Me metí en la ducha caliente, casi hirviendo, como me gustaba, como necesitaba.

Pasé demasiado tiempo bajo el agua y, cuando salí, tenía los dedos arrugados como pasas. Por suerte, tenía la mañana reservada para trabajo de oficina y para ponerme al día con el papeleo. Eso

significaba que no tendría que ir a Urgencias—ni a ningún sitio donde pudiera cruzarme con Marcus.

Aunque me convencí de que éramos profesionales y que no era para tanto, aún sentía un nudo de nervios en el estómago solo de pensar en la posibilidad de toparme con él. No era algo que estuviera dispuesta a afrontar.

Cuando llegué al hospital, hice una rápida incursión en la cafetería antes de refugiarme de nuevo en mi despacho. Así parecía más seguro.

Levanté la vista cuando oí un suave golpecito en la puerta de mi despacho.

—Ah, aquí estabas —dijo Sarah al abrir la puerta—. Te has estado escondiendo toda la mañana.

Bufé.—No sé de qué hablas.

Sabía perfectamente de qué hablaba. El hecho de que fuese lo bastante perspicaz como para notarlo hizo que mis nervios se pusiesen en alerta máxima. No necesitaba que supiera nada de Marcus ahora mismo.

—¿Qué pasa? —pregunté, intentando sonar todo lo despreocupada que pude.

—Solo quería ver cómo estabas. Después de lo que he oído sobre anoche…

Sentí un vuelco en el estómago y la piel se me erizó, mientras de repente me cubría un sudor frío de pies a cabeza.

—¿Quién te ha contado lo de anoche? —espeté.

Estaba a punto de ir a buscar a Marcus y colgarle de donde más le doliera. No podía creer que fuese por ahí contando lo que habíamos hecho. Sabía que no habíamos acordado los detalles, pero de todos modos pensaba que lo hablaría conmigo primero.

Sarah levantó las manos. —Eh, eh, tranquila. No es como si no supieran ya todos lo de anoche, Emma. Solo venía para ofrecerte mi apoyo moral.

Empecé a formar las palabras, ¿Por qué iba a necesitar apoyo moral?, cuando por fin caí en la cuenta de a qué se refería. Cerré la boca de golpe, respirando con fuerza por la nariz.

—Eso. Lo de anoche.

Supongo que lo que había pasado entre Marcus y yo había cumplido su cometido, porque casi se me había olvidado el grave desenlace de la operación de urgencia fallida de la noche anterior. Solté un suspiro pesado.

—Sí, perdona. Sigo… sigo nerviosa. Todavía lo tengo muy reciente. No estoy muy segura de por qué he reaccionado así. Quiero decir…

Apoyé los codos sobre la mesa y escondí la cara entre las palmas de las manos.

—Quiero decir, como alguien que nunca ha perdido a un paciente —gruñí—. No lo sé. He reaccionado más como una residente que como una adjunta. Ha sido totalmente poco profesional por mi parte.

—Ha sido totalmente humano por tu parte —señaló ella.

Estaba sentada en la silla frente a mí, inclinándose hacia adelante mientras hablaba.

—Hay cosas para las que no podemos prepararnos. Da igual lo preparada que creas que estás—porque cuando todo se tuerce, se va a torcer quieras o no.

Intenté reírme. Tenía razón. No había manera de que pudiera haber esperado que la operación de anoche terminara como terminó—ya fuera por lo que pasó entre Marcus y yo, o por lo que le ocurrió a ese chaval en mi mesa.

—Haces tu trabajo lo mejor que puedes —continuó—. Lo das todo cada vez, y aun así algo se las apaña para pillarte por sorpresa y fastidiarte cuando menos lo esperas.

Me reí un poco por su manera de decirlo. No sabía si lo que me había pasado era un simple traspiés o si era más bien como si me hubieran machacado, escupido y aplastado contra el suelo. Fuera como fuese, no sentía nada bien.

—Creo que deberías pedir cita y hablar con Terry —añadió.

Terry era la psicóloga de plantilla del hospital. Nuestro trabajo era duro, y cuando el Manhattan Memorial empezó las reformas—incluyendo reconstruir el atrio y renovar la cafetería—también renovaron la forma en que apoyaban al personal y trajeron a Terry para ayudar a afrontar las situaciones difíciles.

Entendía la necesidad de alguien como Terry, sobre todo en emergencias en las que necesitas hablar con alguien de inmediato. Probablemente era lo que debería haber hecho anoche en vez de acudir a Marcus. Pero aparté ese pensamiento. Ya estaba hecho. Se acabó. No iba a volver a ocurrir. Tenía que superarlo porque tenía que trabajar con ese hombre, y en algún momento iba a tener que enfrentarlo.

Pero siendo sincera, me preocupaba que si iba a hablar con Terry, de algún modo eso llegara a la administración, y entonces podrían cuestionar mi capacidad para seguir en el puesto.

—Es totalmente confidencial. No pones en riesgo tu trabajo —dijo Sarah, como si me leyera el pensamiento.

Tras otra larga pausa, suspiré.

—Vale —dije—. Llamaré a su despacho.

—Bien.

Sarah apoyó las palmas en mi mesa y se puso de pie.

—Te acompaño.

—¿No tengo que pedir cita y comprobar si está disponible?

—Ya está solucionado.

Con un gruñido interno, me levanté y rodeé el escritorio hasta donde Sarah me esperaba. Ella enganchó su brazo con el mío y me acompañó fuera de mi despacho.

Anduvimos del brazo unos metros hasta que el pasillo se bifurcó y tuve que ir en una dirección para ver a Terry mientras Sarah necesitaba regresar a sus rondas.

Se volvió hacia mí y me arregló el cuello de la blusa, como si fuera una madre preparando a su hija para el colegio. —Por favor, ve a ver a Terry. No lo dejes pasar.

—Lo haré, te lo prometo. —Atrapé sus manos con las mías—. Te lo prometo.

—Recuerda que ahora mismo solo yo sé que vas a verla. Solo seréis tú y ella. Es totalmente confidencial. Salvo que estés haciendo algo claramente ilegal o esté en juego la seguridad de alguien, se quedará entre vosotras dos.

—Vale —dije.

Sarah me miró intensamente a los ojos, esperando que asintiera. Lo hice, sin ganas de hacerla esforzarse mentalmente para enviarme un mensaje telepático. Me alejé de ella al separarnos y me quedé inmóvil. Creí ver a Marcus alejándose por el mismo pasillo por el que yo tenía que ir.

Contuve la respiración y esperé, asegurándome de que no se diera la vuelta ni dijera nada.

Cuando consideré que la vía estaba despejada, obedientemente me dirigí al despacho de Terry para hablar de mis sentimientos—sobre cómo me había fallado a nivel profesional.

## 12

# MARCUS

Lo primero que hice al llegar al hospital fue consultar el horario. Necesitaba saber si Emma y yo íbamos a estar cerca esta mañana. Quería hablar con ella antes de hacer cualquier otra cosa. Ella se merecía… algo de mi parte. No sabía si era una disculpa o una explicación.

Sí, nos habíamos dejado llevar demasiado en nuestra necesidad de buscar consuelo frente a un dolor tan extremo. Y era extremo, sin duda. Perder a un paciente siempre duele, pero perder a un niño—sea paciente o no—siempre parece poco menos que imposible.

No quería que pensara que estaba sola, pero también quería que supiera que yo entendía que lo que ocurrió anoche no debía repetirse. No es que fuese a decirle que no si surgía la oportunidad. Aquella mujer era sumamente habilidosa en todos los aspectos de su vida, y aceptaría cualquier atención que quisiera dedicarme.

Tenía claro que esto no era el comienzo de nada, ni de una situación especial ni de una relación. Aunque parte de mí deseara que lo fuera.

Solté un suspiro de alivio al ver que tenía consulta y no guardia en Urgencias. Bueno, a mí me tocaba la mañana en Urgencias.

Podríamos abordar nuestros asuntos más tarde.

Comparada con la noche anterior, la mañana fue relativamente tranquila, aunque no exenta de sus propios dramas.

Mentiría si dijera que no esperaba toparme con ella en algún momento oportuno para poder tener una breve conversación. Quería saber cómo estaba, cómo se sentía. La noche anterior había sido dura, y no me refería solo a la situación en la que nos habíamos metido. Pero no coincidimos—al menos que yo sepa. Por lo que sabía, podría haber estado evitándome, y sinceramente, no la culparía si fuera el caso.

No era tan joven como para no haber perdido pacientes antes. Eso no lo hacía más fácil, ni mucho menos. Pero la vi tan afectada, tan vulnerable... Maldita sea, debería haberlo sabido. Dejé que mi entrepierna mandara en nombre de la compasión. Sabía que ella no quería líos en el trabajo. ¿Por qué demonios me había metido yo en uno?

La respuesta era sencilla: puro egoísmo. No estaba pensando en nadie más que en mí mismo. Decía que pensaba en Emma, pero en realidad era solo una excusa. Desde luego, tampoco pensaba en mis hijos. ¿Qué dirían ellos?

Dirían que estaba traicionando a su madre. ¿Cómo me atrevía a llevar otra mujer a casa? ¿Por qué pensaba siquiera en llevar a Emma? Porque intentaba convencerme de que solo era algo puntual, algo que nunca querría volver a plantearme.

Y sabía, con cada célula errada de mi cuerpo, que era mentira. Lo que sucedió entre Emma y yo anoche no debía haber pasado así. Pero la verdad es que lo deseé. La deseaba a ella.

Cuando se aferró a mí como si me necesitara, como si me quisiera, aproveché la ocasión.

Tenía que asumir mis errores. Resignado, decidí dejar de evitar lo que debía hacer y me dirigí a su despacho en mi siguiente descanso.

La puerta estaba cerrada. Inspiré hondo y me preparé antes de llamar. No sabía qué esperar.

¿Estaría apenada? Aunque no tenía nada de lo que disculparse. ¿Estaría enfadada? Era perfectamente comprensible. ¿Sería fría e intentaría fingir que no había sido nada?

Si fingía que no era nada, la seguiría y también fingiría que no había pasado nada. Pero si lloraba, se aferraba a mí o respondía como si sí hubiera significado algo... no sabía si tendría fuerzas para resistirme. Especialmente cuando la deseaba con una necesidad que me calaba hasta los huesos.

No me sentía tan dividido por mis emociones desde hacía años. Aquellos sentimientos descarnados eran tan antiguos que casi parecían nuevos otra vez.

Me quedé allí un buen rato, esperando a que dijera algo, que me invitara a pasar, que me echara—cualquier cosa. Pero no hubo respuesta al otro lado de la puerta de su despacho.

—¿Emma? —llamé.

Llamé de nuevo antes de probar el picaporte, pero la puerta estaba firmemente cerrada con llave. No estaba dentro. Casi sentí alivio. Cuando me giré para marcharme, la oí pronunciar mi nombre.

—Marcus.

Tenía que acostumbrarme a la sensación que me invadía cada vez que decía mi nombre. Era casi extraño, la forma en que un suspiro se me quedaba atrapado en el pecho. Por el amor de Dios, era un adulto. No era un adolescente recién estrenado en sus hormonas sin saber qué hacer.

Ella avanzó por el pasillo hacia mí. Había un leve vaivén en sus caderas al caminar. No era un movimiento intencionado, pero mi cuerpo recordaba cómo se había movido contra mí. Se me

encogieron los testículos y tuve que resistir el impulso de estrecharla contra mí y probar de nuevo el sabor de su boca.

—Emma… —Carraspeé—. Doctora Chen —me corregí, intentando que mi tono fuera el adecuado. No iba allí dispuesto a reclamarla como si fuera mi pareja al estilo de un hombre de las cavernas— aunque está claro que mi libido quería exactamente eso. Estaba allí para asegurarle que aceptaría sus decisiones sobre lo que debíamos hacer después de nuestro encuentro—. Quería saber cómo estabas esta mañana.

Prácticamente se rió mientras negaba con la cabeza.

—Parece que eso es lo que le preocupa a todo el mundo hoy. Tengo una pila de papeleo, como imagino que sabes, que necesita terminarse.

Asentí. Yo tenía que rellenar los mismos informes.

—Pero quería saber cómo estabas tú. Anoche—

—Anoche no ocurrió —soltó Emma en seco.

—Anoche fue… —dudé.

Ella abrió la puerta de su despacho y ladeó la cabeza, indicándome que pasara. Cerró la puerta tras nosotros.

Quise abrazarla, apartar los mechones rebeldes de su frente, tocarla de algún modo. Pero esa no era la conversación, por mucho que yo hubiera querido. El lenguaje corporal de Emma y su tono dejaban muy claro que esa no sería la conversación.

Se acercó, hablando en voz baja.

—Vamos a dejar algo claro de una vez.

Asentí.

—Anoche perdimos trágicamente a un paciente —dijo.

Asentí en señal de acuerdo.

—Y reconfortamos a un colega —añadió.

Alcé las cejas.

—Anoche no sucedió —aclaró—. Dicho de otro modo, anoche no ocurrió absolutamente nada.

Asentí de manera enfática.—Estoy de acuerdo.

—Anoche fue complicado —dijo, con un tono profesional—. Y, por lo que a mí respecta, lo manejamos todo de la manera adecuada.

Volví a asentir.

—Profesionalmente —añadió, con un tono cortante.

Entendí que ya no se requería mi presencia en su despacho.

—Emma—

—Sí, doctor Walker?

El hecho de que utilizara mi título y no mi nombre dejaba claro cómo quería proceder.

—Perdón, doctora Chen. Solo quería que supieras que, si necesitas hablar con alguien sobre la cirugía de anoche, estoy disponible para ti.

—Gracias, doctor Walker, pero no creo que sea necesario. No sé si te informaron cuando te incorporaste, pero la administración cuenta con una orientadora para estos casos. Si necesitas hablar sobre la situación relacionada con el paciente, te recomiendo que te pongas en contacto con Terry Goldman. La puedes encontrar en el directorio del personal. No creo que tú y yo tengamos nada más que discutir sobre anoche. Estuvimos los dos presentes durante la intervención, así que nuestros informes serán prácticamente iguales. No es como si tuviéramos que ponernos de acuerdo en la versión, ¿verdad?

Entrecerré los ojos un instante. Su insinuación era muy clara. No hubo ninguna mala praxis en el quirófano, y no necesitábamos encubrir ninguna acción que hubiera dado lugar a la muerte del paciente. Y eso era todo. Los momentos entre nosotros, de mencionarse, acababan en ese breve instante de apoyo mutuo.

—No. No, no hace falta —dije.

Me dirigió un breve asentimiento, y salí de su despacho.

Así que, haríamos como si no hubiera pasado nada entre nosotros y volveríamos a mantener la distancia profesional.

No era la situación más ideal, a mi parecer. Me habría gustado seguir explorando esta atracción que sentía, invitarla a cenar y tener una conversación que no girara en torno al trabajo.

Sonreí para mis adentros mientras me alejaba de su despacho. Puede que no pudiera llevarla a salir en un plan personal, pero todavía íbamos a seguir colaborando de cerca en los protocolos de admisión.

Todavía había una oportunidad de conquistarla.

## 13

# EMMA

Por suerte, el resto de mi semana no fue ni de lejos tan traumática, y el tiempo durante el fin de semana resultó perfecto. Necesitaba desconectar y salir a correr. No había nada tan catártico como desahogarme de mis frustraciones atravesando el parque.

Llegué acalorada, sudando y deseando irme a casa cuando me detuve en la bodega local para coger un bocadillo. Puede que estuviera lista para irme, pero no estaba dispuesta ni preparada para ponerme a cocinar.

—¿Emma, eres tú?

La voz profunda de Marcus me sacó de mi ensimismamiento mientras miraba el cartel del menú, tratando de decidir qué bocadillo iba a pedir. Dudaba entre mi clásico pavo asado con salami o algo más sano, como el vegetal.

—Oh, Marcus. Hola. No esperaba encontrarte aquí.

—Este no es nuestro barrio —admitió él.

Asentí, notando cómo me invadía un alivio inesperado al saber que las coincidencias con él serían mínimas.

—¿Qué está bueno aquí? —preguntó—. ¿Has salido a correr?

Asintió señalando mi ropa. Llevaba unas mallas negras por la rodilla y una camiseta deportiva ajustada empapada de sudor. El sudor resbalando por mi frente era toda una declaración.

—¿Qué haces aquí?

—Solo venía de vuelta —confesé, mirando a los dos adolescentes que estaban a su lado, un poco cohibidos—. ¿Salís ahora? ¿Grandes planes?

—Jason tiene un partido de béisbol —dijo Marcus mientras le daba una palmada cariñosa en la cabeza a su hijo. Reconocí a Jason de antes, en el hospital.

—Me alegra saber que usas ese brazo para algo más que arrojar tazas de café —bromeé.

—Y esta es mi hija, Lily —añadió Marcus, presentando a la adolescente que me lanzaba una mirada de auténtico desprecio.

—Encantada —dije, aunque ella siguió fulminándome con la mirada. Tenía la clara impresión de que no era fan de nadie.

—¿Quieres venir? —preguntó Jason con entusiasmo.

Lily puso los ojos en blanco y soltó un bufido. Me dio la impresión de que estaba más que harta de su hermano pequeño.

—La doctora Chen tiene cosas que hacer, Jason —intervino Marcus.

El chaval puso cara de desilusionado, pero, sinceramente, no tenía nada mejor que hacer. —Claro, ¿por qué no? ¿Os parece bien?

Los ojos de Jason se abrieron de par en par y empezó a vibrar de emoción mirando a su padre. No creo que mirase a Marcus con tanto

entusiasmo, pero entendía esa sensación. Tener la aprobación de Marcus me producía algo especial.

—No tengo planes mejores. Suena divertido —admití.

—A mí me parece un rollo —murmuró Lily.

No tenía mucha experiencia con adolescentes, pero Lily parecía sacada de una película: una adolescente típicamente enfadada con el mundo, completamente indiferente a todo lo que hacía su hermano.

Cogí mi bocadillo y esperé a que ellos eligieran antes de seguirlos de vuelta al parque.

Los campos de béisbol estaban llenos de vida. Puede que me entusiasmara más de la cuenta con el partido, animando y gritando mientras Jason demostraba su increíble destreza lanzando.

Su equipo ganó y Jason era una auténtica bola de energía cuando salimos del parque. Seguía siendo, en el fondo, un niño, a pesar de que ya tenía cuerpo de adolescente. Su hermana, en cambio, no dejó de quejarse ni un solo instante.

No dejé que su actitud me estropeara la tarde. Ni siquiera recordaba la última vez que había disfrutado tanto con un partido tan emocionante. Los jugadores estaban entregados, y el ambiente era aún mejor.

—Gracias —dije mientras seguíamos la marea de gente saliendo del parque, de vuelta al mundo real—. Me lo he pasado genial. Enhorabuena, Jason —añadí.

Jason sonrió de oreja a oreja—. ¿Quieres venir a cenar?

Lily soltó un largo bufido, acompañado por una mirada al cielo.

—No, gracias. Aunque debería...

Apenas me dio tiempo a terminar la frase cuando Marcus me dedicó una sonrisa.

—Voy a hacer filetes a la parrilla. Comes carne, ¿no?

—Sí, no soy vegetariana, pero... gracias. Y no hace falta que te molestes. —Hice un gesto hacia mi ropa—. ¿Me da tiempo a pasar por casa a cambiarme?

—No hace falta que te cambies. Ven tal como estás —dijo Marcus, soltando una carcajada.

—Genial. —Acepté la invitación.

Esperaba que siguiéramos andando, pero Marcus se detuvo y llamó a un taxi.

—¿Vives lejos? —pregunté.

—No especialmente. —Se encogió de hombros, asintiendo hacia Lily, que iba rezagada—. Está cansada, de mal humor y hace calor. He pensado que es mejor evitar conflictos antes de que empiecen.

—Entiendo —susurré—. Te dejaré la gestión fina de adolescentes a ti, que eres el experto.

—¿Qué pasa? ¿No tienes hijos?

Reconocí ese brillo travieso en sus ojos antes de que pudiera indignarme.

—Todavía no, al menos —admití.

—Entonces, ¿no eres anti-niños?

—Si estuviera en contra de los niños, difícilmente me habría especializado en trauma pediátrico —contesté.

—Conozco a muchos médicos que trabajan con niños pero no quieren tenerlos ellos mismos —replicó Marcus.

Nuestra conversación tocó todos los palos—de los niños a los equipos favoritos de béisbol y deportes, para acabar hablando de

series de televisión durante el trayecto en taxi hasta su casa adosada.

Era una casa bonita en un barrio aún mejor, de esas en las que me imaginaba viviendo en unos años. Por ahora, me gustaba mi piso. Lo había elegido precisamente por su cercanía al trabajo y porque era asequible.

—¿Qué tal te manejas en la cocina? —preguntó Marcus mientras subíamos los escalones de la entrada.

—Sé manejar un cuchillo, si es lo que quieres saber —bromeé.

—Ya lo sé. Te he visto en acción —respondió—. ¿Crees que podrías encargarte de las guarniciones mientras yo aso los filetes?

—Creo que los chicos y yo podemos con eso —dije, asintiendo.

Lily volvió a poner los ojos en blanco, visiblemente poco impresionada. Jason, sin embargo, parecía entusiasmado.

—¡Va a ser divertido! —exclamó con entusiasmo.

—¿Qué crees que deberíamos preparar?

—Supongo que depende de lo que tengas en la cocina.

Jason salió disparado a la cocina por delante de mí. Era un espacio acogedor, bien provisto de frutas y verduras. Cuando encontré un pepino y un tarro de pasta de chile en la nevera, supe cuál sería mi aportación especial a la cena.

—¿Tienes crema de cacahuete? —pregunté.

En un momento, ya estaba preparando una ensalada picante de pepino al estilo asiático. Lily seguía imperturbable ante todo, pero yo estaba decidida a conquistarla.

—Confía en el proceso —dije cuando torció el gesto al ver la mezcla de crema de cacahuete y pepino.

Completamos la cena con una ensalada de pasta sencilla. En poco tiempo, nos habíamos reunido en torno a la mesa del comedor para comer.

—Madre mía, qué bueno está esto —quizá gemí demasiado alto ante el filete perfectamente asado.

Lily miraba su plato con los brazos cruzados.

—¿Qué pasa? —preguntó Marcus—. Te he preparado el filete justo como te gusta. Y la ensalada de pasta es tu favorita.

—Le ha puesto crema de cacahuete al pepino —murmuró Lily.

—A mí me encanta la crema de cacahuete —dijo Jason, entusiasmado, mientras se metía otra cucharada de ensalada en la boca.

—Prueba un bocado antes de juzgar. Está rica, tiene un toque muy asiático —la animó Marcus.

Sus ojos se abrieron sorprendidos al masticar—. En realidad, está buena —admitió.

No me molesté en ocultar mi sonrisa—. Eso es el jengibre. De hecho, la receta la saqué de un niño rubio de ojos azules en internet. Pero sabe a algo que habría hecho mi abuela.

Marcus me lanzó una mirada desde el otro lado de la mesa, sus labios dibujando una ligera sonrisa—. Parece que has impresionado a la crítica más exigente de la sala.

—No te acostumbres —gruñó Lily, aunque sus palabras carecían de maldad.

Jason, por su parte, devoraba su plato con la energía que solo tiene un adolescente—. ¡Esto está increíble! ¿Podemos comer esto cada vez que vengas?

—Jason, no espantes a la doctora Chen —dijo Marcus, aunque en tono ligero y bromista.

—Oh, creo que puedo soportarlo —repliqué—. Pero deberías racionarte, Jason. No creo que quede suficiente ensalada para una tercera ronda.

—¡Demasiado tarde! —dijo con una sonrisa, ya sirviéndose otra ración.

Al terminar, Marcus se levantó para recoger los platos—. Gracias por ayudar con las guarniciones —dijo.

—El placer es mío —respondí, siguiéndole el ritmo y apilando los cuencos vacíos—. Y gracias a ti por la cena. Estaba deliciosa.

—Puedes venir cuando quieras —dijo Marcus, su mirada quedándose en la mía un instante más de lo necesario.

Insistí en ayudar a recoger—. No puedo quedarme sentada mientras tú haces todo el trabajo —dije, apilando platos con la soltura de quien no teme colaborar.

—Eres mi invitada —protestó Marcus, intentando coger los platos que tenía en las manos.

—Ya no —repliqué, esquivándole con una media sonrisa—. Ahora formo parte del equipo de limpieza. Y no me gusta que me manden, así que ni lo intentes.

Él se rió, una carcajada profunda y cálida, levantando las manos en señal de rendición—. Vale, vale. Te dejo ayudar. Pero que conste que te lo advertí: mi lavavajillas es una reliquia, prácticamente de museo.

—No pasa nada —dije, remangándome—. Fregar a mano forja carácter.

## 14

# MARCUS

Invitar a Emma a cenar en casa fue una decisión que me dio más vueltas en la cabeza de las que debería. ¿Y si salía mal? ¿Y si se sentía incómoda y no volvía a hablarme nunca más? Peor aún, ¿y si los niños la odiaban?

Para mi alivio, ninguno de esos temores se cumplió. La cena no solo fue buena, fue fantástica. Incluso Lily, que últimamente parecía llevar siempre una nube negra encima, pareció disfrutar de verdad durante un instante. No fue una transformación completa, pero hubo un destello de luz, un momento en el que vi a mi hija, la de verdad, abriéndose paso entre el dolor.

Jason, en cambio, se entregó por completo. Prácticamente se pegó a Emma, haciéndole un millón de preguntas sobre lo que era ser cirujana, qué tipo de herramientas utilizaba y si alguna vez había visto heridas "guays" como en las películas de superhéroes. Emma lo manejó con la clase de paciencia que me hizo sospechar que sería una madre increíble algún día. No se limitó a responderle: interactuó con él, preguntándole por sus superhéroes favoritos y contándole cómo, de niña, solía imaginarse como una Wonder Woman de carne y hueso.

No esperaba que mi hijo se convirtiera en mi ayudante improvisado, pero había averiguado más sobre Emma en un trayecto en taxi a nuestra casa que yo en varias semanas trabajando con ella.

Estábamos uno al lado del otro en el fregadero, el ritmo de lavar y secar los platos creando una intimidad tranquila que no había sentido en mucho tiempo. Era… natural. Fácil.

—Sabes, no hago esto muy a menudo —dijo Emma, rompiendo el silencio.

—¿El qué? ¿Lavar los platos? —pregunté, mirándola de reojo.

—Cenar en casa de alguien. Todo este… rollo familiar.

—¿Por qué no?

Se encogió de hombros, con una expresión reservada.—Mis padres se mudaron a Florida, y la única familia que tengo por aquí es mi abuela. No tengo primos, así que esto me parece como sacado de la tele o de una película. Y el trabajo, la verdad, no deja mucho espacio para una vida social.

—Me suena —dije—. Cuando Blair y yo nos casamos, pasaba más tiempo destinado fuera que en casa. El ejército no es precisamente conocido por fomentar dinámicas familiares muy unidas.

—Te agradezco la invitación al partido y la compañía —dijo—. Sé que puedo parecer algo distante en el hospital.

—No creo que lo llamaría distante —admití—. Mantienes una distancia profesional.

—Ya, pero no hace falta ser una borde de campeonato por ello —dijo con una risa seca.

Me reí por su elección de palabras porque, a decir verdad, sí que había sido un poco borde—no es que alguna vez se lo fuera a decir a la cara. Pero, por otro lado, había muchos cirujanos que eran igual de secos. Casi podría decirse que entra en el cargo.

—Ser cirujana implica cierto grado de ego —dije—. Y eso a veces se interpreta como un posible defecto de carácter, tanto en hombres como en mujeres. Gajes del oficio.

—Aun así, gracias —repitió.

—Mi hijo no sonreía tanto desde hace mucho tiempo —admití.

—No es asunto mío —empezó Emma—, pero… ¿su madre?

Tragué saliva. Sabía que esto acabaría saliendo. No podía evitarlo para siempre.

Emma me echó una ojeada, con la curiosidad encendiéndose en sus ojos.—¿Cuánto tiempo estuvisteis casados?

—Catorce años —dije, rebajando el tono de voz—. Falleció hace tres años. Cáncer de mama.

Sus manos se quedaron quietas un segundo, el plato que tenía suspendido sobre el escurreplatos.—Lo siento muchísimo —dijo, y en su voz se notaba que iba en serio.

—No pasa nada —dije, aunque no era del todo cierto—. Quiero decir, no pasa nada, pero… aprovechamos todo el tiempo que tuvimos. Y ahora solo estamos los niños y yo intentando salir adelante.

—Lo estás haciendo muy bien, ¿sabes? —dijo Emma, rompiendo el silencio.

Alcé una ceja.—¿Tú crees?

Ella sonrió.—Jason es un niño encantador. Y Lily… bueno, tiene muchas cosas en la cabeza, pero se ve que te quiere. Aunque no siempre lo demuestre.

—Gracias —dije, sintiendo un calor inesperado por dentro—. Eso significa mucho.

Terminamos los platos en un silencio cómodo, y cuando Emma se secó las manos y se giró para mirarme, vi en su expresión una

ternura que me hizo un nudo en el pecho.

—Lo mejor será que me vaya ya —dijo, mirando el reloj—. Se está haciendo tarde.

—No tienes que irte tan pronto —dije—. Podrías quedarte, quizá ver una película conmigo y los niños.

Ella vaciló, y sus labios se curvaron en una pequeña sonrisa.—Es tentador, pero creo que ya he abusado suficiente de vuestra hospitalidad.

—Imposible —dije.

—Bueno, gracias por la cena —dijo ella, con la voz cálida—. Y por dejarme invadir vuestro rato en familia. Ha sido… agradable.

—Eres bienvenida cuando quieras —dije, y lo decía de corazón—. ¿Necesitas que te pida un taxi?

—Soy mayorcita —respondió con una suave sonrisa—. Llevo un tiempo viviendo en la ciudad. Puedo arreglármelas para llegar a casa.

—Bueno, al menos déjame pedirte un taxi —insistí.

—Eso sí te lo voy a permitir.

Salí con ella a esperar el taxi que había pedido. El aire nocturno era fresco y traía consigo el leve aroma de la ciudad y el zumbido lejano del tráfico. Nos quedamos allí en silencio durante un momento, el espacio entre nosotros cargado de algo que ninguno se atrevía a decir.

—Buenas noches, Emma —dije cuando el taxi llegó.

—Buenas noches, Marcus —respondió, clavando sus ojos en los míos.

Observé cómo el taxi se alejaba, sintiendo en el pecho una extraña mezcla de esperanza y anhelo. Fuera lo que hubiese sucedido esa

noche, parecía el comienzo de algo nuevo.

Pero no todos en la casa compartían mi optimismo.

Nada más volver a entrar, me topé con la mirada fulminante de Lily.

—No me puedo creer que hayas invitado a esa mujer aquí —dijo, con un tono cargado de reproche.

—Lily, solo ha sido una cena —respondí, ya preparándome para la discusión que se avecinaba.

—¿Solo una cena? —repitió, elevando la voz—. La has invitado a nuestra casa, papá. ¿Cómo has podido?

—Lily, escucha—

—¡No! ¡No puedes decirme que escuche! —gritó—. ¡Estás traicionando a mamá, y ni siquiera te importa!

—Lily, eso no es justo —dije, esforzándome por mantener la calma —. Esto no tiene nada que ver con traicionar a tu madre. Emma es una compañera de trabajo. Nada más.

—¡No me mientas! —espetó—. No es solo una compañera. ¡Te gusta!

Vacilé, sin saber qué decir.

—No me lo puedo creer —dijo Lily, con lágrimas asomando en los ojos—. Simplemente… la estás sustituyendo.

Sus palabras me golpearon como un puñetazo directo al estómago. —Lily, eso no es cierto —dije, con la voz cargada de emoción—. Nadie podría sustituir nunca a tu madre.

—¿Entonces por qué haces esto? —exigió.

—No estoy haciendo nada, Lily —respondí, con la voz a punto de quebrarse. Las acusaciones de Lily dolían de verdad. Echaba de menos a Blair cada día, y hacía lo imposible por mantenerlo todo en

pie. Pero seguía vivo, y me sentía solo, y Emma despertaba en mí algo que creí que había muerto con Blair. No podía contarle nada de eso a Lily. No sería justo cargar a mi hija con mi dolor. Era mi deber quitarle a ella ese peso, no al revés. Yo era el padre y Lily mi hija, no mi confidente ni mi terapeuta.

Lily me miró, una mezcla de enfado y dolor en la cara. Luego se dio la vuelta y subió corriendo las escaleras, cerrando su puerta de un portazo.

Me quedé allí un buen rato, con el eco de la puerta resonando en mis oídos.

Jason asomó la cabeza desde el salón, con expresión cautelosa.—¿Papá?

—¿Sí, campeón?

—¿Estás bien?

Forcé una sonrisa.—Sí, estoy bien. Vuelve a ver tu película.

Asintió, y desapareció de nuevo en el salón.

Me dejé caer en el sofá, pasándome una mano por la cara. La velada había empezado tan bien, y ahora parecía que todo se desmoronaba.

Pero pese a la tensión con Lily, no podía ignorar lo ligero que se sentía mi corazón después de pasar tiempo con Emma. Tenía una forma de hacerme sentir yo mismo de nuevo, como el hombre que era antes de que la vida me derribase.

El resto del fin de semana pasó entre silencios incómodos e interacciones tensas con Lily. Jason parecía ajeno a la tensión, charlando sin parar sobre superhéroes y preguntando cuándo volvería Emma.

Cuando llegó el lunes, estaba más que preparado para escapar al hospital, aunque eso implicara lidiar con el caos habitual de

Urgencias. Pero por mucho que me esforzaba en concentrarme en el trabajo, no podía dejar de pensar en Emma. Prácticamente la seguí hasta su despacho.

—Te estaba buscando —dije al entrar.

—¿Ah, sí? —dijo ella, mientras una sonrisa se extendía por su rostro, iluminándole la expresión entera.

—Solo quería decirte que de verdad disfrutamos de tu compañía el otro día. Jason no ha parado de hablar de ti.

—Bueno, a mí la cena me encantó —dijo ella—. Gracias por invitarme.

—Me gustaría repetir la invitación —dije—. Eres bienvenida cuando quieras.

—Bueno, eso dependerá… —comentó encogiéndose de hombros—. Puede que tus hijos tengan algo que decir sobre ello.

—Jason diría: "¿Cuándo vas a volver otra vez?" —contesté.

—Y Lily diría: "No vuelvas más." —remató Emma.

—Veo que conoces bien a mi hija.

—No es precisamente discreta mostrando lo que siente —dijo Emma.

—No, desde luego que no —asentí.

—Bueno, quería que quedara claro —dije—. Y dejando a un lado lo que sienta Lily —añadí, distraído por un momento al mirar los labios de Emma—, verte en mi casa fue algo que de verdad me gustó. Eso podría ser…

Antes de terminar la frase, bajé la cabeza y capturé sus labios con los míos.

El beso fue suave y cálido. Su boca era tal y como la recordaba.

Gemí contra el beso, dejándome llevar demasiado. Al fin y al cabo, estábamos en el trabajo, y se suponía que debíamos mantener esto… fuera lo que fuera… en el terreno profesional.

Pero no había nada profesional en lo que sentía en ese momento.

## 15

# EMMA

Cada vez que hablaba con una enfermera—o incluso con Sarah—me daba la sensación de que todo el mundo podía leerme el pensamiento en la cara. Y en lo único que pensaba era en Marcus. Pensaba en él muchísimo.

Había sido un auténtico caballero cuando acordamos que lo que había pasado entre nosotros—un pequeño desliz—se quedaría en el terreno profesional. No había ocurrido. No habíamos destrozado la camilla del cuarto de descanso de los residentes.

Ninguno de los dos se inmutó ni dio señales de incomodidad cuando, unos días después, empezó a circular el rumor por el departamento de que la camilla se había venido abajo por culpa de una pareja liándose. Algo que no debían haber estado haciendo. Yo estaba convencida de que Marcus y yo no habíamos sido los primeros, ni seríamos los últimos, en usarla de esa manera. Solo me alegraba de que no se hubiese roto con nosotros encima.

Pero era difícil ser profesional. Me costaba mantenerme objetiva cuando él era tan increíblemente encantador, guapo y absurdamente gracioso. Hacía verdaderos esfuerzos por no ponerme como un

tomate cuando las conversaciones sobre la gala anual empezaron a acaparar todos los temas.

Todo el mundo quería saber quién iba a ir con quién.

Por lo que he oído, en las oficinas normales la fiesta de Navidad es el evento en el que todo el mundo se desmadra, se toman malas decisiones y uno se arrepiente de todo al día siguiente. Para el Manhattan Memorial, esa función la cumple la gala anual.

—¿Vas a ir acompañada? —preguntó una enfermera a Rosa.

Estaba rondando por el control de enfermería entre paciente y paciente, pidiendo pruebas para el chico del box tres. Tenía dolor abdominal y sospechaba que sería el apéndice. Quería que le hicieran una ecografía cuanto antes.

Rosa solo puso los ojos en blanco. —¿Y por qué querría ir acompañada? Si por fin me he quitado a mi marido de encima.

—Será tu exmarido, querrás decir —matizó otra enfermera del control con una sonrisa pícara.

—Eso, exactamente. Es mi exmarido —dijo Rosa—. ¿Para qué me voy a librar de un hombre, si es para volver a tener que aguantar a otro?

Tenía toda la razón. ¿Por qué iba a querer? Pero, claro, yo sabía perfectamente por qué ella no querría.

Cuando rompí con Kevin, lo último que quería era enredarme con otro hombre. Pero el tiempo lo cura todo, como dice el refrán. Y desde luego que yo estaba dispuesta a enredarme con Marcus. No era un hombre cualquiera. Era Marcus.

—¿Y tú, doctora Chen? ¿Tienes alguna cita interesante a la vista?

Negué con la cabeza. —No. Igual que Rosa. Me he quitado a uno de encima y no creo que esté lista para cargarme con otro.

Rosa me miró entornando los ojos, como si supiera algo que yo no estaba diciendo. Yo simplemente les sonreí a las dos.

—Lo que sí me apetece de verdad —admití— es lo de los vestidos. Es casi tan divertido como la Met Gala. Me encanta ver cómo se arregla todo el mundo, sobre todo cuando siempre los veo en pijama médico.

—Pues yo esa noche estoy de guardia —bufó una enfermera.

—Vaya, lo siento —dije.

—No lo sientas. En realidad lo pedí así a propósito. Así no tengo que gastarme un dineral en un vestido que solo voy a ponerme una vez.

Rosa resopló. —Yo pienso ponerme el mismo vestido que llevé el año pasado. Iba estupenda. Se merece otra aparición.

—Claro, si no te importa que te juzguen —apuntó otra enfermera.

—¿Pero qué decís? Si yo repito vestido todos los años. Nadie me juzga.

—Nadie te juzga a la cara, Rosa. Todas sabemos que repites vestido cada año. Te hace falta uno nuevo. Los estilos han cambiado.

Rosa soltó una carcajada. —¿Y por qué iba a cambiar de estilo por la moda? Ese vestido no fue precisamente barato y, cada vez que me lo pongo, me sale más a cuenta.

La primera enfermera se echó a reír. —Eso es "matemáticas de chicas", ¿no? Yo me dejé un pastón en unos zapatos horrorosos, para nada merecía la pena, y luego Jamie me convenció para comprar estos —giró el pie para que pudiéramos ver su zapato rosa fucsia—, no son baratos, pero me los pongo cada día. Así que al final, me han salido como a menos de cincuenta céntimos el día.

—No les hagas caso, Rosa —dije—. Puedes ponerte el mismo vestido si te apetece.

—¿Y tú qué? —preguntó Rosa—. Tú no repites modelito. Pero claro, con el sueldo de una doctora... —Se quedó en silencio.

—Nunca compro un vestido para la gala. Ya he hecho los arreglos para alquilar uno, como hago todos los años.

—¿Se puede alquilar un vestido de gala? —preguntó una de las enfermeras, con los ojos muy abiertos.

—¿No lo sabías? Matemática de chicas, sí, es algo caro, pero ni de lejos tanto como comprarlo.

Antes de que pudiera explicarme más, otra enfermera me interrumpió.—Tenemos un ingreso.

—¿Qué tenemos? —pregunté.

Ella se encogió de hombros.—Sabes tanto como yo, pero hay menores implicados. Desde luego, es tu especialidad.

La frustración me hizo un nudo en el estómago. Marcus tenía razón. Nos habría venido bien contar con más información. Cualquier cosa sería mejor que ese aviso tan vago. Esto va a ponerse feo aquí dentro. Me recordó que debía hablar con él sobre esos protocolos que le interesaban.

Esperamos todos en silenciosa expectación mientras las puertas del área se abrían y la ambulancia entraba marcha atrás.

—¿Qué me he perdido? —preguntó Marcus al llegar al lugar.

Me encogí de hombros.—Otra ocasión para debatir la necesidad de los protocolos de admisión —dije, negando con la cabeza—. Solo sé que hay menores implicados y que nos van a necesitar a los dos.

El crío estaba en mal estado. Hicimos un triaje corriendo por el pasillo hasta urgencias. No había tiempo para preocuparse por los procedimientos de evaluación. Tenía una hemorragia interna grave y el reloj corría en su contra.

Me encantaba cómo funcionábamos como si llevásemos años ensayando juntos. Trabajar con Marcus era de lo más fluido que había experimentado en urgencias. Íbamos en la misma línea, anticipándonos a las necesidades del otro. Nuestros equipos de apoyo estaban completamente sincronizados. No podíamos fallar.

Marcus extendió la mano justo cuando iba a darle la pinza hemostática. Se detuvo y luego me indicó que no.

—¿Qué pasa? —pregunté.

—No me gusta cómo pinta esto. Necesito opciones —espetó.

—No necesitas opciones. Tienes que parar la hemorragia —le recordé—. Vale, opciones: bajar la temperatura corporal del crío y controlar la hemorragia.

En cuanto salieron esas palabras de mi boca, contuve la respiración. A Kevin le horrorizaba cada vez que sugería bajar la temperatura del paciente, pero a mí siempre me había parecido lógico. Si ralentizábamos el cuerpo, tendríamos más margen para hacer lo necesario. Como mínimo, eso reduciría el ritmo de la hemorragia.

—Bien. Pongamos un gorro de enfriamiento ya mismo. Hazlo —dijo Marcus. No dudó ante mi propuesta ni discutió conmigo. No perdimos tiempo en luchas de poder entre nosotros.

Al terminar, la paciente estaba estable y trasladada a recuperación. Una ráfaga de emociones inesperadas me envolvió. Mi parte había acabado, pero me quedé con la paciente hasta que las enfermeras terminaron y llevaron a la niña fuera del quirófano rumbo a la recuperación.

Me guardé para mí todo lo que sentía. La cirugía había sido un éxito. No quería que el alivio se reflejase en mi rostro. Sentía que si dejaba ver una sola fisura de emoción, me vendría abajo. *La cirugía había sido un éxito*, volví a repetirme. Fui contando mis respiraciones hasta el vestuario, donde podría asearme y estar a solas unos minutos.

Por fin solté un suspiro de alivio al dejarme caer en el banco del vestuario. La cirugía había ido bien. Tenía ganas de celebrar y disfrutarlo, pero la realidad me pinchaba: la semana pasada la cirugía no había salido bien y perdí a una paciente. Aspiro por la nariz, sin querer llorar.

Me levanté del banco y abrí los grifos. Cruzando los brazos, empecé a quitarme la parte de arriba del uniforme, hasta que recordé a Marcus prácticamente echándome la bronca porque no hacía falta desvestirse por completo para lavarme la cara y los brazos. Tenía razón. Me sentía vulnerable otra vez, y quizá no era la mejor idea quedarme medio desnuda cuando él, o cualquier otro, podía entrar.

Me eché agua en la cara. La mayor parte acabó en la parte delantera del top del uniforme.—Y por eso te quitas la camiseta —murmuré para mí misma.

—Lo has hecho bien —la voz grave de Marcus cortó mi reflexión—. ¿Sigues aguantando?

Asentí con un suspiro.—Sí. Me repito que solemos tener más buenas como esta que malas.

Una lágrima se escapó y rodó por mi mejilla. Marcus se acercó a mí. Tomé su mano, dejándome llevar lejos del lavabo y abrazada por sus brazos fuertes.

—Estaré bien —dije. Pero no me moví. No me aparté. Dejé que su calor y su fuerza me sostuvieran.

## 16

# MARCUS

—Creo que que tus abuelos vengan a pasar unos días es algo perfectamente razonable —dije al teléfono, procurando sonar tranquilo pese a la tensión que me apretaba el pecho.

—Papá —se quejó Lily—. Estaremos bien. Sé cuidar de nosotros —respondió Lily, con esa mezcla adolescente de fastidio y confianza en su voz—. No necesitamos que la abuela venga a hacernos de canguro.

—No se trata de si sabes cuidar de ti misma y de tu hermano, Lily —dije, intentando no alzar la voz—. A tus abuelos les apetece verte, y no quiero que piensen que les estoy alejando de vosotros.

—Sabes que yo… —Dudó, su voz se suavizó un poco—. Siento que esta noche sea la única en la que podían venir a la ciudad. Como tienes que estar en el hospital, con el turno de noche, y no vas a poder verles…

Sabía a lo que se refería, pero eso no hacía la situación menos frustrante. Carol, mi suegra, tenía la capacidad de convertir hasta el plan más sensato en un juicio a pulmón abierto.

—Tiene todo el sentido del mundo que se queden esta noche en casa —dije.

—Ya, pero la abuela me trata como si fuera una cría —saltó Lily.

—Eres una cría, Lily —dije, aunque suavicé el comentario con una sonrisa que ella no podía ver.

—Ya me he ocupado de mí y de Jason sin problemas cada vez que has tenido el turno de noche.

—Sí, lo sé —dije—. Esto no cambia nada.

—Pues la abuela parece pensar que sí —dijo Lily soltando un largo suspiro.

Me froté el puente de la nariz. —¿Qué te dice que te molesta tanto?

—Quiere que bajemos a cenar contigo para poder hablar directamente. Cree que la estás evitando.

Me contuve para no soltar un bufido. No es que estuviera evitando a mis suegros, no exactamente. Lo que intentaba eludir eran los recuerdos de Blair, que seguían flotando alrededor de Carol y Kevin como una nube. Y lo que desde luego quería evitar era la inevitable crítica de Carol a mis decisiones como padre.

—No es que los esté evitando —dije por fin—. Es… —Me detuve, sabiendo que Lily vería a través de cualquier excusa que intentase poner.

—Los estás evitando, papá —dijo Lily sin rodeos.

—Vale —dije, concediéndole la razón—. ¿Por qué no traéis a tus abuelos a cenar? Tengo un descanso, aunque es algo tarde. Así podremos tener nuestra pequeña charla familiar.

Lily suspiró hondo. —Vale.

De fondo escuché la voz de Jason, mucho más animada que la de su hermana—. ¿Va a estar la doctora Emma?

No pude evitar sonreír. La fascinación de Jason por Emma era entrañable. La mía… era otra historia.

—No, hoy no trabaja —respondí—. Por eso tengo que estar yo aquí.

Jason soltó un gruñido, expresando su decepción incluso a través del teléfono.

—Quizá la invitemos a cenar otro día —dije, intentando animarle.

—¡Eso molaría! —gritó Jason, y escuché a Lily soltar un quejido de fondo.

—Go away, Jason —dijo ella, la voz impregnada de irritación.

—Sé amable con tu hermano —le dije. Sospechaba que cuando yo no estaba, ella era mucho más agradable con él. Si fuera tan mala como quería hacerme creer, Jason se quejaría de ella mucho más de lo que lo hacía.

—Vale —dijo tras una pausa—. Aviso a la abuela y al abuelo de que iremos a cenar contigo al hospital. ¿A qué hora?

—Venid cuando queráis a partir de las siete —dije—. Mientras no esté ocupado con algo, podré hacer una pausa. Será tarde, pero… ya sabes, pasaos. A lo mejor podemos tomar postre juntos o algo así —añadí.

Lily volvió a resoplar—. Está bien, se lo diré. Como lleguemos más tarde, seguro que la abuela nos obliga a ponernos el pijama de pies.

No pude evitar reírme al imaginarlo. Lily y Jason solían llevar esos pijamas enormes y sin forma, con pies, cuando eran bebés y niños pequeños. Eran monísimos. Aunque la imagen que se me vino fue la de una Lily gruñona enfundada en uno de esos conjuntitos, pero con su edad y tamaño de ahora.

—No te rías de mi sufrimiento —prácticamente sollozó ella.

—Perdona, no me estaba riendo de ti. Ha surgido algo aquí. Tengo que irme. Nos vemos luego. Llámame o mándame un mensaje

cuando lleguéis.

—Adiós, papá —dijo Lily. Yo estaba bastante seguro de que no me creía y pensaba que me estaba riendo de ella.

La tarde transcurrió tranquila, lo que en un hospital es a la vez una bendición y una maldición. Un turno tranquilo suele significar la calma antes de la tormenta, pero intenté no darle demasiadas vueltas.

Cuando mi móvil vibró, miré el mensaje. Lily me había escrito para avisar de que ya habían llegado. Me aparté del escritorio y agité el teléfono en dirección a la enfermera que estaba en el control.

—Estaré en la cafetería si surge algo —dije.

La enfermera asintió, su expresión me indicaba que había captado la súplica no dicha en mi tono. *No dejes que este periodo de calma termine mientras no estoy*.

Me dirigí a la cafetería, escribiendo un mensaje a Lily por el camino para avisarla de que nos veríamos allí.

Jason fue el primero en verme. Me saludó con entusiasmo, su amplia sonrisa era un alivio tras una tarde larga. Lily iba detrás de él, con los brazos cruzados y la expresión firme en su habitual modo resignado. Detrás venían Carol y Kevin. Los labios de Carol ya estaban fruncidos en señal de desaprobación, y Kevin tenía su habitual aire de silenciosa resignación.

—Carol —dije con calidez, tendiéndole la mano—. Me alegra mucho verte.

Ella asintió con rigidez, y después centró su atención en los niños.

Kevin me estrechó la mano con firmeza.—Siempre es un placer verte, Marcus.

—¿De verdad dejas que los niños bajen aquí a cualquier hora? —dijo Carol, sin perder ni un segundo antes de lanzar su crítica.

—No estoy seguro de a qué te refieres, Carol —respondí con cautela.

—Jason me acaba de contar que viene aquí después del colegio para hacer los deberes, y que tanto él como Lily a veces cenan contigo. Ir por la ciudad así... no es seguro.

—No es como si fueran pequeños, Carol —respondí—. Son adolescentes, y no están merodeando por la ciudad. Saben perfectamente coger un taxi para ir de un sitio a otro. Siempre me mandan un mensaje cuando llegan a casa.

—Son tus hijos, y van paseando por la ciudad solos —replicó con dureza.

Enderecé los hombros y me puse una sonrisa pasiva.—Entiendo tu preocupación, Carol, pero son responsables. Confío en ellos. Cuando vienen al hospital por la noche, cogen un taxi, igual que supongo habrás hecho tú esta tarde.

El resoplido desaprobador de Carol fue casi lo bastante fuerte como para hacer eco.

—Jason nos ha estado diciendo que tienes novia —soltó de repente, en tono acusador.

El giro inesperado de tema me cogió por sorpresa.—¿Perdón?

—Jason parece pensar que tienes novia —dijo, su voz subiendo un tono.

Miré a Jason, que me miraba con ojos muy abiertos e inocentes.—¿Hablas de Emma?

Él asintió con entusiasmo.

—Emma es una compañera de trabajo que le cae bien a Jason —dije, con tono firme—. No estamos saliendo, si eso es lo que te preocupa.

—Bueno, ¿no crees que es un poco pronto? —insistió Carol.

—¿Pronto para qué? ¿Para vivir? ¿Para volver a querer? Carol, han pasado tres años.

—Tres años no bastan para borrar el recuerdo de mi hija —dijo, parpadeando con fuerza como si intentara controlar sus emociones.

—Ni toda una vida bastaría para borrar el recuerdo de Blair —repliqué en voz baja—. Pero quiero dejarlo claro: si decido volver a salir con alguien, eso no borra su recuerdo. Nada podrá hacerlo. Fue el amor de mi vida, y tuve suerte de que me eligiera.

Miré a mis hijos.—Vuestra madre era absolutamente excepcional, y la sigo queriendo. Eso no cambiará nunca. Pero ella no querría que me quedase triste y solo. Me lo dijo ella misma cuando estuvo enferma.

—Entonces, ¿me estás diciendo que mi hija te pidió que siguieras adelante y la olvidases?

—No —dije con firmeza—. Blair no usó esas palabras. Me dijo que no me recreara en la tristeza y que, si podía, intentara encontrar el amor de nuevo.

Me presioné el puño contra el pecho. El vacío que me dejó Blair al marcharse cada vez era más pequeño. Y después de conocer a Emma, parecía llenarse aún más rápido.—Empiezo a sentir... que quizá, podría estar abierto a esa idea de nuevo. Pero nada—nadie—podrá reemplazar nunca a Blair.

La habitación quedó en un silencio incómodo, cada uno perdido en sus pensamientos. Finalmente, Carol suspiró, su expresión se suavizó apenas un instante.

—Solo quiero lo mejor para los niños —dijo en voz baja.

—Y yo —respondí—. Y eso incluye mostrarles que está bien seguir adelante, aunque cueste.

Jason tiró de mi manga, rompiendo la tensión.—¿Podemos tomar postre ya?

Solté una carcajada, agradecido por la distracción.—Sí, podemos.

## 17

# EMMA

—¿Qué tal estoy?

Me puse en pose justo dentro de la entrada del decorado atrio al encontrarme con Sarah en el lugar que habíamos acordado. La gala se celebraba en el hospital, en el precioso atrio. De verdad que era un lugar encantador, tenía todo el sentido del mundo aprovecharlo y presumirlo siempre que fuera posible.

Me arreglé la parte delantera del vestido de noche y moví las caderas de un lado a otro. El vestido tenía un corte ajustado gracias a un corpiño con ballenas que se ensanchaba a la altura de las caderas, abriéndose en una falda no del todo voluminosa, pero sí con mucho vuelo.

—Me encanta. ¿Qué opinas del mío? —preguntó ella.

—Estás espectacular —dije, y Sarah imitó mi pose, luciendo su vestido—. Muy vintage, muy chic.

—No te imaginas lo poco que me costó —dijo mientras señalaba su propio vestido. Era de cintura caída, mangas abullonadas y un escote redondeado. Un tinte especial había hecho que el satén blanco se convirtiera en un suave rosa en la parte superior,

fundiéndose en un magenta intenso y finalmente en un morado en el bajo.

Conocía todos los detalles del proceso de teñido porque Sarah se había encargado de contármelos desde que se metió en ese proyecto. Fue un hallazgo de mercadillo y todo un derroche de bricolaje. Sus dotes para las manualidades eran inmejorables, y el resultado era espectacular.

—Estamos demasiado guapas para ser verdad —señaló Sarah.

Me sentí obligada a darle la razón. La verdad es que estábamos hechas un pincel, y era un soplo de aire fresco vestirnos bien y salir por fin de los pijamas médicos, aunque solo fuera por un rato.

—¿Y con quién vas a bailar esta noche? —preguntó, como si llevara la típica tarjeta de baile atada a la muñeca.

—No lo sé —me encogí de hombros—. Donnie siempre parece tener buen ritmo.

—¿Donnie, el conserje? —se burló Sarah.

—Donnie, el conserje que sabe bailar —le recordé. La administración quería que el personal senior asistiera, y esa era la única razón por la que yo estaba dispuesta a venir a esta cosa.

—Y yo que pensaba que habías venido solo para estar así de fabulosa y restregárselo al doctor Kevin en todos los morros —bromeó.

—¡Como si lo fuera! —solté nada más ver a Kevin—. Uy, mierda. ¿Qué hace aquí? —Me giré para que, si se volvía hacia nosotras, solo pudiera verle la espalda. No sería suficiente para que me identificase, pero ya me valía.

—Sigue siendo amigo del presidente del consejo —dijo Sarah.

—Maldición —murmuré.

—Y esto no lo has oído de mí, pero tengo entendido que James le ha invitado a formar parte de la nueva comisión interna del hospital —susurró de forma conspiratoria.

—¿Qué? ¿Kevin? —pregunté, incrédula. No era que Kevin no estuviera cualificado. Era solo que tenía un ego descomunal. Formar parte de la comisión interna del hospital iba a hacer que se le subiera aún más a la cabeza y se creyera el rey del mundo.

—Emma —murmuró Sarah—. Madre mía, menuda pinta de galán plateado. Ahí viene el doctor Marcus Walker.

La voz grave de Marcus pronunció mi nombre.

—Estás preciosa, Emma, y usted también, doctora Martinez.

—¿Y cómo se encuentra esta noche?

—Bueno, ahora que he encontrado mejor compañía, quizás tolere este pingüino un par de horas más —dijo llevándose la mano a la pajarita y estirando el cuello. Su "pingüino" parecía un esmoquin de diseño, y lo llevaba como si fuese un espía elegante, como si se lo hubieran hecho a medida solo para él.

—Marcus —dije—, casi no te reconozco sin bata.

—Podría decir casi lo mismo de ti —respondió, guiñándome un ojo.

Había una chispa en nuestro juego de flirteo que había subido de nivel, y aunque me apetecía ir más allá, no estaba segura de cuál era su postura al respecto. Al fin y al cabo, ambos fingíamos que aquella noche entre nosotros nunca había ocurrido.

—¿Bailas? —preguntó Sarah.

—Sí, claro. ¿Quieres que demos una vuelta?

—Yo no bailo —dijo Sarah alzando la mano—. Pero Emma sí. Tenéis que lucir vuestros pasos y esos modelazos.

—Solo te estoy salvando de Donnie —dijo Sarah, como si bailar con Donnie fuese una condena horrible. A mí no me parecía mala idea. Donnie siempre parecía divertidísimo y, francamente, tenía muchas ganas de pasarlo bien.

Marcus pareció confundido un instante, pero me ofreció la mano.

—Creo que nos están echando —dijo con una sonrisa.

—Creo que tienes razón —respondí, aceptando su mano. Más que preparada para escapar; no quería jugármela a un encuentro fortuito con mi ex. Marcus me llevó girando a la pista de baile como si fuera un profesional de los bailes de salón.

—Debo confesar —empecé a decir mientras me acercaba a su pecho —. Me gusta bailar, pero nunca he dado clases. No sé bailar este tipo de cosas.

—No te preocupes por eso —dijo Marcus, sonriéndome desde arriba —. Es mi trabajo, como tu pareja, guiarte durante los pasos y asegurarme de que no te choques ni tropieces con nadie.

—Eres sorprendente, doctor Walker —admití.

—¿En qué sentido?

—Ya sabes, el baile social.

—Si te dijera que mi madre era instructora de baile de competición, ¿te sorprendería menos?

—En realidad, no —confesé—. ¿Así que, creciste sabiendo bailar?

—Era lo que se esperaba de mí —dijo con una risa—. ¿Cómo crees que conseguí ser tan popular entre las chicas?

—¿Entonces no fue por tus penetrantes ojos azules ni por tu personalidad arrolladora?

—Eso tampoco perjudica —rió.

—¿Puedo hacerte una pregunta personal? —empecé.

—Si es demasiado personal, ¿tengo que responderla?

—No, es tu decisión. Pero no pretendo herir sentimientos ni nada por el estilo —dudé—. ¿Tu difunta esposa bailaba?

—Sí. Era bailarina de salón de competición.

—Vaya. ¿Y eras su pareja de baile?

—No, para nada. No soy lo bastante bueno para competir —respondió Marcus—. No tengo el nivel para la competición, pero desde luego eso era Blair.

—¿Y la conociste porque tu madre era su entrenadora?

—Algo así —admitió.

—Lo siento —dije—. No pretendía entrometerme.

—No te entrometes —dijo Marcus—. Gracias por preguntar por ella. En realidad, me gustaría que supieras de ella. Creo que eso ayudaría.

Antes de que pudiera responder, una voz que no tenía ningún interés en reconocer rompió la agradable velada que estaba disfrutando.

—Vaya, no has tardado mucho en echarle el guante a la nueva doctora —dijo Kevin colándose cerca—. ¿Te importa si me meto?

—Sí, sí me importa —solté de inmediato.

—Bueno, no te lo estaba preguntando a ti. Se lo preguntaba al doctor Walker —dijo Kevin.

—Creo que la señorita ya te ha dado su respuesta —dijo Marcus, y me hizo girar con destreza, alejándonos de Kevin. Lo dejamos allí plantado, y sentí ganas de reírme de pura satisfacción. Que Kevin se quedara fuera de juego iba a mejorar sin duda mi noche.

Pero Kevin volvió a aparecer junto a nuestros codos de inmediato.

—Puede que yo no sea la persona idónea para jugar a este jueguecito —dijo Kevin a Marcus.

—No tenía constancia de que estuviéramos jugando a ningún juego —replicó Marcus—. La señorita ha dicho que no.

—No, la señorita debería ser un poco más discreta —dijo Kevin—. Al fin y al cabo, ahora formo parte del comité de evaluación, y quizá te convendría dejarte ver conmigo.

Solté un suspiro pesado.—Supongo que tendremos que dejarle que se meta —le dije en voz baja a Marcus.

Me aparté del brazo de Marcus, sin ganas de jugar al juego de Kevin pero sabiendo que había que hacerlo si quería que me tomaran en serio en este trabajo. Me encantaba ser cirujana, pero odiaba los tejemanejes de la política de oficina.

—¿Estás segura de que estarás bien? —preguntó Marcus.

Me encantaba que se preocupara por mí. De verdad. Me hacía sentir cálida y cosquilleante por dentro, y era una sensación maravillosa teniendo en cuenta que la presencia de Kevin me daban ganas de vomitar.

—No quiero bailar contigo esta noche, Kevin —confesé cuando se dispuso a cogerme para bailar. Esquivé sus brazos—. Si quieres tener una conversación conmigo, de acuerdo, pero no voy a bailar contigo.

Kevin era un pésimo bailarín. Si yo pensaba que lo hacía mal, la falta de coordinación de Kevin me hacía parecerme a Ginger Rogers en aquellas viejas películas en blanco y negro.

—Bueno, sé que tienes una presentación pronto con el comité de evaluación —dijo Kevin.

—¿Cómo lo…? —me corté. Sabía perfectamente cómo lo sabía. Ahora estaba en el comité de evaluación, gracias a sus amigos en los altos cargos.

—No veo qué tiene que ver eso ahora mismo —dije—. Sería estupendo que pudiéramos no hablar de trabajo. Mejor aún, sería mejor que no habláramos en absoluto.

—Deberías tomártelo como una cortesía profesional —dijo Kevin—. Y solo te lo voy a decir una vez: mantente alejada del doctor Walker.

—¿Y cómo se supone que voy a hacer eso? Somos compañeros.

—Sé cómo eres con los compañeros, Emma —dijo Kevin.

—Kevin, rompimos. Así que este numerito de celos que estás haciendo es inapropiado, poco profesional y no—no pienso entrar en tu juego.

—¿No vas a entrar en qué, Emma?

—No voy a jugar a tu pequeño juego de poder.

—¿Estás segura de que quieres hablarme así? —preguntó Kevin.

—¿Me estás amenazando?

—¿Por qué iba a hacer algo así?

Alcé las cejas y me limité a mirarle. Kevin era un experto en juegos manipulativos. No iba a decir palabras que pudieran incriminarle. Esperaba a que yo lanzara las acusaciones para poder decir que estaba sacando las cosas de quicio y haciendo afirmaciones absurdas.

—Tendré en cuenta tus palabras. Buenas noches, Kevin.

—No había terminado de hablar contigo, Emma —dijo mientras me agarraba del brazo y me giraba bruscamente.

—Eso no importa —dije tan tranquila como pude—. Porque yo sí que he terminado de hablar contigo.

Recorrí con la mirada el salón de baile, buscando con ansiedad a Sarah, Marcus o cualquier cara amiga que pudiera mantener a Kevin

a raya. Como no vi a nadie, decidí cortar por lo sano e irme. Esta noche se suponía que iba a ser divertida, y pasar tiempo con Kevin era lo más alejado a la diversión que podía imaginar. Era hora de marcharme.

## 18

# MARCUS

—Emma —la llamé mientras la veía cruzar con determinación el atrio en dirección a la entrada principal.

Al principio no me oyó y siguió caminando, con la cabeza alta y los hombros erguidos. Estaba claro que se marchaba. Aceleré el paso y volví a llamarla. Ella aminoró un instante cuando corrí para alcanzarla.

—¿Te vas? ¿He hecho algo? ¿Está todo bien?

—Sí, me tengo que ir —dijo, señalando hacia la zona de la fiesta donde la gente seguía bailando animadamente—. Es solo que... no puedo estar allí dentro con él.

—Ese tipo ha sido un imbécil. Déjame que te acompañe a casa —le ofrecí.

—No hace falta, de verdad. Vivo cerca.

—Déjame, insisto. Ese tipo te ha dejado trastocada.

—Quizá... Bueno, vale —dijo, encogiéndose de hombros.

—Ha sido un imbécil —insistí—. Al fin y al cabo, un caballero no se mete cuando la chica ya ha dicho que no.

—Siento que haya arruinado nuestro baile. Es algo más que un imbécil —admitió—. Es mi exnovio. Quería asegurarse de que supiera que ahora está en una de las juntas de supervisión de aquí. Básicamente, ahora tiene un puesto que aprovecha para intentar imponerse.

—Pero no trabaja en el Manhattan Memorial, ¿verdad? No me suena.

—Antes sí, pero ya no. Tiene amigos bien situados en la administración y se han propuesto llevárselo de la mano allí donde necesiten.

Levanté las cejas. —¿Está en la junta de revisión como un tercero externo?

—Exacto. Ojos de fuera, por así decirlo.

—Entiendo —asentí con la cabeza—. Era el "experto externo". Odio a ese tipo de gente y a las juntas y comités en los que se sientan. Siempre pueden influir en la opinión general porque se ponen en la posición de saber más que nadie.

Emma parecía nerviosa e incómoda, y no estaba del todo seguro de que mi presencia no tuviese algo que ver con su inquietud. Quizá todavía estaba afectada por su encuentro con ese imbécil. Caminaba a mi lado, algo separada, y se frotaba los brazos como si tuviese frío. Me quité la chaqueta y la coloqué sobre sus hombros.

Me regaló una sonrisa suave. —Gracias. Supongo que he dejado que me afectara más de la cuenta.

—¿Qué quería contigo? —pregunté—. Has dicho que es tu ex. ¿Hace cuánto?

—Ya hace tiempo. Un par de años. A veces me parece que fue hace una eternidad y otras, que no ha pasado tanto.

—Creo que lo normal habría sido que te ignorase, ¿no? Me gustaría pensar que habría hecho eso, pero hace años que no tengo una exnovia… No sé cómo habría reaccionado yo. Si una mujer como Emma hubiese sido mi ex, tal vez tampoco habría podido disimular y limitarme a observar cómo baila con otros.

Encogió los hombros. —Quiere ser alguien de quien tener cuidado.

—¿Alguien de quien tener cuidado? ¿A qué te refieres?

—Va de sobrado.

—Entiendo. O sea, quiere ser alguien a quien tengas que vigilar, a quien tengas que contentar para que no te complique la vida, ¿no?

—Eso es. ¿Seguro que no le has visto antes? —volvió a encogerse de hombros—. Es puro ego.

—¿Es alguien de quien yo también debería cuidarme? —pregunté.

Se detuvo y me arqueó las cejas. —¿Por nosotros?

—Sí, por nosotros —afirmé—. Aún tenemos que acabar ese plan del protocolo, y supongo que estará en la revisión.

—Ah, cierto —asintió con nerviosismo—. En cuanto sepa que mi nombre figura en ese proyecto, se asegurará de estar presente en esa reunión.

—¿De verdad crees que va a entorpecer nuestros protocolos de ingreso? —le pregunté.

—Sí, probablemente intentará poner problemas con eso —asintió, aunque luego empezó a negar con la cabeza—. Espero que no. Puede que sí, solo porque se trata de mí.

—Si supone un conflicto de intereses… —empecé.

—Él no va a sacarlo a relucir. No será quien señale que ha tenido relaciones íntimas con varias personas a las que supervisan. Y si lo hago yo, bueno, la mayoría va a ignorar esos hechos y,

simplemente, va a hacer la vista gorda, por así decirlo. En vez de señalar el evidente conflicto de intereses, le darían la vuelta y harían que pareciera que yo estoy siendo irracional. Incluso podrían mencionar la relación que tuve con él como una especie de conducta impropia profesional.—

—¿Es tan grave? —pregunté—. Manhattan Memorial no tiene una política anti-fraternización. ¿Cómo podría tu relación pasada ser considerada conducta impropia profesional?—

—Kevin es complicado —admitió ella—. Si realmente se lo propusiera, encontraría la manera.—

—¿Nos causaría problemas?—

Esta vez, cuando hice una pausa y la miré, creo que se dio cuenta de que estaba hablando de nosotros. De lo que pasaba entre Emma y yo, no es que yo tuviera demasiado claro lo que estaba pasando. Hicimos el amor en el hospital, en una sala de descanso, estando de guardia. Técnicamente, lo que hicimos fue conducta impropia profesional. Era una de las razones por las que tenía que permanecer en secreto. Incluso si surgía una relación seria entre nosotros, esa pequeña indiscreción nunca debía salir a la luz.

Aspiró hondo y lento por la nariz y luego soltó un suspiro pesado.— Puede ser celoso y rencoroso —dijo—, pero no creo que lo haga. Probablemente solo le interesa fastidiarme en el trabajo.—

Se detuvo y negó con la cabeza, claramente pensando en la situación. Levantó la vista y me miró a los ojos.—Está fuera de mi vida por una razón —dijo—. No quiero que tenga ninguna excusa para pensar que puede volver.—

Seguimos caminando en silencio durante un rato. En algún momento dejamos de andar, pero nos quedamos allí parados y la conversación continuó. Seguimos hablando de cosas sin importancia. No deseaba otra cosa que atraerla hacia mí. Era tan guapa, y me gustaría pasar el resto de la noche bailando con ella. Pero si ella no podía volver a

la gala porque ese cretino de Kevin estaba allí, yo estaría donde estuviera ella.

—Bueno, aquí es —dijo por fin, señalando el edificio frente al que nos habíamos parado. Quería que me invitara a subir, pero tenía que ser decisión suya, no porque yo la presionara.

—Vives cerca del hospital —comenté—. Supongo que no me di cuenta de lo cerca que era cuando dijiste que vivías cerca del hospital.—

—Es un buen piso. Nada tan lujoso como tu casa adosada, pero tiene todo lo que necesito y no es uno de esos armarios gigantes que hacen pasar por apartamento en Nueva York —dijo ella—. Tengo un salón de verdad y un dormitorio aparte. Y me resulta muy práctico.—

—¿Kevin te ha estado causando problemas en otras facetas de tu vida? —pregunté.

—¿Estás preguntando si me acosa? —soltó una risita.

Asentí. No era una información que necesitara saber exactamente, y desde luego no en ese momento. Pero tenía que admitir que no estaba preparado para que se acabara la noche con ella, y preguntaba simplemente por encontrar una excusa para estar junto a ella y contemplarla. Estaba impresionante con su vestido, y ver que llevaba mi chaqueta de esmoquin me hacía sentir que, de algún modo, me pertenecía. Lo que daría por verla con una de mis camisas y nada más. Aparté ese pensamiento lujurioso. No era lo adecuado en esa conversación.

—No, no —dijo—. No ha hecho nada de eso todavía. Pero eso no significa que no lo espere en cualquier momento. Por ahora, me deja en paz.—

—Bien, bien —asentí—. Se me están acabando las excusas y los motivos para estar tan cerca de ti.—

—Bueno, si alguna vez hace algo, dímelo, ¿vale? —dije.

—¿Y qué? —soltó una carcajada—. ¿Vas a tener unas palabritas con él? Créeme, el poder que tiene sobre mí en el trabajo será el mismo que tenga contigo en el hospital.—

—No iba a hablar precisamente —admití—. Y sé cómo acudir a un comité de ética y a una junta revisora. No va a salirse con la suya conmigo jugando a ese tipo de juegos.—

—¿Sabías, doctor Walker, que puedes ser muy intimidante cuando quieres?—

Se acercó a mí y tragué saliva, sin esperar que mi reacción exagerada provocara esa respuesta en ella.

—Si hubiera sabido que te gusta que te intimiden —dije, humedeciéndome los labios—, tal vez debería haber…—

Gruñí un poco más fuerte.

Su risa fue directa a mi entrepierna. Lo que acababa de intentar—fuera ser sexy, intimidante o lo que fuera—claramente fracasó estrepitosamente. No fue la reacción que yo esperaba.

—Me gustas, Marcus —dijo—. Eres divertido.—

—Tú también me gustas, Emma —respondí—. Y no me gusta la idea de que ese hombre te esté complicando la vida.—

—No lo hace. Solo le gusta pensar que lo hace. Pero te agradezco que te preocupes. De verdad.—

Acorté la distancia entre los dos, la rodeé con los brazos y posé mis labios firmemente sobre los suyos.

—Buenas noches, Emma —dije, dándome cuenta de que esta noche no sería la que ella me invitara a subir.—

## 19

# EMMA

Nosotros? Venga ya, no lo creía ni yo. No había ningún nosotros, y aun así, ahí estaba, dándole vueltas sin parar a la idea de un "nosotros", Marcus y yo. Malísima idea, y tenía que dejar de pensar así de inmediato.

No sabía cómo decirle a Marcus que, aunque me gustaba, no iba a pasar nada entre nosotros. Simplemente no era buena idea, al menos no mientras trabajáramos en el mismo hospital, en el mismo departamento.

Pero tenía que haber un "nosotros" profesional. Teníamos que trabajar juntos, quizás no todos los días, pero casi, en el departamento, en quirófano. Y teníamos que ponernos en serio con ese protocolo de admisión si es que alguna vez llegaría a existir.

Mis pensamientos iban y venían, perdiendo el foco de la tarea que tenía delante: revisar mis correos electrónicos. La mayoría eran avisos generales del hospital—pequeñas fiestas de jubilación organizadas en distintos departamentos, novedades y menús del día en la cafetería, alertas sobre pruebas de sistemas de seguridad críticos—nada que realmente me afectase a mí o a mis pacientes directamente.

Hasta que me encontré con uno que requería mi presencia, solicitando una presentación.

Negué con la cabeza, preguntándome de qué se trataba. No reconocía la dirección del remitente. Hice clic para ampliar la vista previa, pensando que tal vez era algo como una invitación para dar una charla, una invitación para hacer una presentación en un colegio, o para hablar en una graduación.

Mientras mis ojos recorrían las palabras, sentí que la sangre se me helaba.

La comisión de revisión exigía formalmente mi presencia en forma de petición.

¿Pero qué demonios?

Seguí leyendo.

'*Entendemos que ha elaborado un protocolo de admisión que implicaría recursos externos, y tenemos preguntas con respecto a…*'

Querían saber cómo se iba a poner en marcha algo así y la legalidad de hacer solicitudes a los equipos de servicios de emergencias.

—¡No tengo ni idea de cómo va a funcionar!—grité a la pantalla del ordenador. Tampoco yo sabía cómo iba a funcionar. Marcus y yo ni siquiera habíamos conseguido coordinar la más mínima reunión para discutir qué aspectos de un protocolo de admisión queríamos tratar.

¿Cómo se había enterado la comisión?

Volví arriba tras releer el correo y revisé quién lo había enviado. No venía del presidente de la comisión, ni de ningún representante del Manhattan Memorial.

Regresé al cuerpo del correo y lo releí, asegurándome de que había entendido exactamente lo que se me estaba pidiendo. Desde luego, esperaban que estuviera allí el jueves por la tarde para exponer los detalles del protocolo que proponíamos.

Pero si ni siquiera habíamos propuesto nada aún. Estaba desconcertada. ¿Le habría contado Marcus algo a alguien de la comisión sobre la necesidad de implementar un plan así? Y si lo había hecho, ¿por qué me pedían a mí que hiciera la presentación? Sinceramente, esta idea era de Marcus. Debería ser él quien la presentara.

Deslicé la pantalla hasta el final del correo para ver si había una firma, y solté un suspiro de fastidio. Ninguna firma. Solo una inicial—K—seguida de un número de teléfono.

Maldita sea. Kevin.

Era exactamente su estilo. Alguien debió de mencionarle que queríamos desarrollar un protocolo para agilizar la admisión de pacientes traumatológicos. En vez de esperar a enterarse bien, se lanza en tromba, exigiendo todas las respuestas ya.

Podría haberme enviado un correo preguntándome. Pero no, tiene que implicar a toda la comisión para dejarme mal. Maldita sea. Lo hace aposta. Tiene que ser así.

Cogí el correo, pulsé en *Reenviar* y lo mandé a Marcus.

'*Me parece que va a darnos más de un quebradero de cabeza en el trabajo. No creo que dispongamos de tiempo para reunirnos y aclarar esto. ¿Puedes enviarme cualquier idea que hayas tenido? Tengo cuarenta y ocho horas para montar una presentación*.'

Pulsé *Enviar* y luego abrí el calendario del departamento.

Vi que mis horas para la presentación ya estaban bloqueadas, pero justo antes de ese bloque, tenía que estar en urgencias atendiendo a pacientes. Eso no me venía nada bien.

Si necesitaba hacer una presentación en cuarenta y ocho horas, iba a necesitar más tiempo. Desde luego, no podía estar en planta al menos durante la hora previa. Estaría demasiado distraída y no llegaría bien preparada a la reunión.

Maldita sea, maldita sea, maldita sea.

Esto llevaba la marca de las artimañas de Kevin por todas partes.

Seguí vaciando mi bandeja de entrada, indignada por el descaro de Kevin al ponerme en un aprieto con una presentación sobre un protocolo que estaba bastante segura de que él bien sabía que no se había desarrollado aún.

El siguiente correo venía de Saint Cedars, en Los Ángeles. Lo resalté antes de borrarlo, esperando que no fuera más que otra de sus actualizaciones del boletín.

Me había puesto en contacto con su equipo de traumatología hacía años, cuando Kevin y yo rompimos por primera vez, y de algún modo, ese breve intercambio de correos me metió en su lista de distribución, de la que recibía actualizaciones más o menos una vez a la semana.

Eché un vistazo fugaz a la línea de asunto mientras mi cursor flotaba sobre el icono de la papelera, y justo al pulsar *Eliminar*, mi cerebro registró de qué iba ese asunto.

—¿Pero qué...? ¡Espera, espera, no! —grité.

Rápidamente utilicé el comando de *Deshacer* para devolver el correo a la bandeja de entrada. En cuanto volvió a estar a salvo, hice doble clic y lo abrí de inmediato.

—Ya era hora —murmuré a la pantalla del ordenador.

Parecía que tenían una posible vacante. Querían hablar conmigo al respecto.

—Vuestra puntualidad, como siempre, fatal.

Marqué el correo para no olvidarme de volver a él y preparar una respuesta. No tenía tiempo para esto. Tenía que preparar los puntos clave, y probablemente debería montar una presentación para la

comisión de revisión. El reloj corría, y no tenía tiempo para hacerlo todo.

Cogí el teléfono y llamé a James Collins, el hospitalista responsable de nuestro departamento.

—Hola, James —dije en cuanto descolgó.

Para mi alivio, pudo reorganizar el calendario para que pudiera aprovechar al máximo mis horas de trabajo para la propuesta y presentación del protocolo.

Esperaba poder hablar un momento con Marcus para confirmar que había visto mi correo y que tenía ideas que pudiera incluir en la presentación. Pero nuestros horarios y la carga de pacientes no nos permitieron hacer más que cruzar un gesto de reconocimiento mutuo. Por suerte, esa noche me envió una página bien trabajada de ideas que podía aprovechar.

Conseguí que me cambiaran el turno para tener horas de despacho. Ya estaba dedicando demasiado tiempo a esta presentación, y las paredes de mi oficina empezaban a cerrarse sobre mí. La mañana de la presentación, mi despacho me resultaba totalmente claustrofóbico mientras completaba la presentación para acompañar los puntos clave. Guardé mi portátil y mis notas y fui al atrio. Tras una parada rápida en la cafetería para un café tamaño industrial, me instalé y empecé a trabajar.

Había algo en el cielo abierto sobre mí y en todas esas plantas que ayudaba a que mi mente funcionase bien.

—¿En qué estás tan concentrada?

—Ah, hola —dije al levantar la vista. Marcus me había dado un susto. El corazón me latía un poco más rápido y me costó un segundo recuperar el aliento.

—En esta maldita presentación.

—Ah, sí. Es hoy.

—Sigo sin tener ni idea de cómo se han enterado. No habrás hablado con nadie, ¿verdad?

Él se encogió de hombros.—Quizá, pero nada de manera oficial. Más bien a modo de compartir ideas. Y si lo hubiera hecho, ¿por qué habrían contactado contigo?

Sonreí de medio lado.—Para hacerme correr como pollo sin cabeza.

En ese momento, su smartwatch vibró y él lo consultó.

—Sí, me llaman. Parece que tenemos pacientes entrando. Creo que lo vas a hacer de maravilla. Ven a buscarme cuando termines. Te invito a una copa, o a un café, y me cuentas qué tal ha ido.

Le vi alejarse con paso tranquilo. No era el momento de admirar esos hombros anchos y cuadrados ni de fantasear con cómo sería su trasero bajo esa bata blanca de médico. Tenía que terminar la presentación y, con suerte, ensayarla al menos una vez antes de ir a la sala de reuniones.

Cuando sonó la alarma de mi móvil, me armé de valor. Era el momento de enfrentarme al comité. De enfrentarme a Kevin. Era el momento de hablar sobre la necesidad de protocolos de admisión para víctimas de trauma y cómo eso mejoraría nuestra capacidad para ofrecer atención de calidad.

Creo que contuve la respiración durante todo el trayecto desde el atrio hasta la sala de reuniones, porque no la solté hasta que vi la cara burlona de Kevin al entrar.

Una sola mirada y supe lo que había. Esto iba a ser una farsa a mi costa. Puede que aún estuviera a tiempo de contestar a esa oferta de Los Ángeles.

## 20

# MARCUS

Miré la hora en mi reloj. Emma debería salir de su presentación en cualquier momento, y esperaba que viniera a contármelo.

Teníamos demasiados pacientes como para que yo pudiera salir del servicio de urgencias, ni siquiera durante quince minutos. Por suerte, ninguno de los casos actuales era un traumatismo grave o lesiones que pusieran en peligro la vida. Cada vez que oía pasos por el pasillo, levantaba la vista, esperando que fuera ella.

Sentía como si toda la ansiedad que ella había demostrado claramente cuando hablé con ella antes se me hubiera pegado. Si eso fuera siquiera posible, habría cargado con toda su inseguridad para que pudiera presentar con tranquilidad.

No me entusiasmaba hacer ese tipo de presentaciones delante de personal no médico. Dame una sala llena de estudiantes de medicina, médicos o enfermeros, y no tenía problema. Pero ponme delante de una sala de ejecutivos y mandos, y siempre sentía que les estaba hablando en otro idioma.

Pasé por el control de enfermería al terminar mi turno para asegurarme de que todo estaba bien y que no necesitarían que me quedara.

—Está todo bien, Dr. Walker. Nos vemos luego —me despidió Rosa Hernandez con un gesto de la mano.

Todavía no había visto a Emma, así que pregunté—: ¿Han vuelto a poner a la Dra. Chen en el turno o ha bajado por aquí hoy?

—No, la Dra. Chen no ha pasado por aquí en todo el día —respondió Rosa.

Murmuré, mordiéndome el labio inferior. Seguramente debería ir a buscarla entonces.

—Gracias —dije con un breve gesto de la mano mientras me alejaba.

—Hasta luego, Dr. Walker —me gritó Rosa al despedirse.

En lugar de ir directamente a mi despacho, me dirigí hacia el de Emma. Ni siquiera había doblado por su pasillo cuando la vi venir en mi dirección. Llevaba los hombros caídos, la mirada fija en el suelo. Me detuve y la observé un momento. Entonces levantó la cabeza y nuestras miradas se cruzaron. Se secó las mejillas, y por el cerco rosa oscuro alrededor de sus ojos supe que había estado llorando.

Di un paso hacia ella y se lanzó a mis brazos. Hundió la cara contra mi pecho y apretó mi bata blanca de médico entre sus manos mientras soltaba un sollozo ahogado. Instintivamente, la rodeé con los brazos y le acaricié la espalda, haciendo los mismos ruidos calmantes que usaba cuando cualquiera de mis hijos lloraba conmigo.

Todo su cuerpo temblaba mientras dejaba salir sus emociones entre lágrimas. Se sentía tan delicada y frágil entre mis brazos. En ese momento, habría luchado contra un oso y un león a la vez para protegerla. Pensaba que tenía más posibilidades contra los animales salvajes que contra la dirección del hospital, que estaba casi seguro de que era la responsable de este estallido.

—¿Quieres entrar a tu despacho? Está más cerca que el mío —le propuse tras dejar que llorara un rato.

No suelo llevar pañuelo cuando voy en pijama de hospital, así que no tenía nada que darle para secarse las lágrimas. Sin nada más a mano, subí el bajo de mi camiseta y le sequé las mejillas con él.

Se quedó quieta mientras le secaba las lágrimas.

—¿Mejor? —pregunté.

Ella asintió, y la guié suavemente de vuelta a su despacho. Nada más entrar, se sentó en la primera silla que encontró. Me arrodillé frente a ella para que no tuviera que mirarme hacia arriba y para estar cerca por si volvía a necesitar mi hombro.

Respiró varias veces de forma profunda y temblorosa antes de cruzar su mirada con la mía.

—Ha sido una maldita trampa. Lo ha hecho a propósito —dijo—. Seguro que se enteró de que tú y yo estábamos trabajando juntos en esto, y sin embargo solo me invitó a mí a la presentación. Ha estado implacable con sus preguntas y no me ha dejado hablar en ningún momento. Su primera pregunta fue por qué no estabas tú, si se suponía que era un proyecto de los dos. Intenté hacerle ver que ni siquiera te mencionó en el correo original y que, para una reunión de ese calibre en plena jornada laboral, nuestro departamento habría necesitado mucho más aviso para que los dos pudiéramos ausentarnos a la vez. —Sollozó.

—Lo echó todo por tierra. Me puso todas las trabas posibles y dio por hecho cuáles serían mis argumentos. Ha sido un auténtico desastre.

Empezó a jadear mientras hablaba y, rápidamente, miré a mi alrededor en su despacho en busca de una botella de agua. Por suerte, había uno de esos famosos vasos térmicos grandes en su escritorio. Al cogerlo, oí cómo chapoteaba el contenido, así que estaba segura de que tenía algo dentro. Esperaba que fuese agua y no café del día anterior.

Cerró los ojos mientras sus labios se ceñían a la pajita y sorbía el líquido. Dio varios tragos largos antes de devolverme el vaso.

Escuché a Emma despotricar sobre su desastrosa presentación y lo que realmente pensaba de Kevin, —una serpiente con patas—, como ella misma lo definió. Asentí, hice ruidos afirmativos para que supiera que la escuchaba y apreté la mandíbula, sin poder evitarlo, ante las injusticias que había soportado porque su ex se dejaba llevar por alguna especie de ansia de poder a su costa.

Quería proponerle soluciones. Tenía que luchar contra el impulso de intervenir y arreglarlo todo. Por desgracia, no había nada que arreglar salvo la actitud de Kevin, y Emma no necesitaba que yo solucionara nada. Necesitaba que la escuchara.

Cuando terminó, se quedó sentada, parpadeando hacia mí, los ojos abiertos de par en par y aún con lágrimas acumulándose en las comisuras.

—No tienes que bajar al departamento, ¿verdad? —pregunté. No estaba en condiciones de ocuparse del trauma agudo de otra persona mientras claramente libraba su propia batalla emocional.

Negó con la cabeza.—He conseguido tener todo el día reservado para tutorías.

—¿Por qué no te tomas el resto del día libre y te vienes a casa conmigo? —Levanté las manos y negué con la cabeza, dándome cuenta en ese instante de que lo que había dicho no era exactamente lo que quería decir. No pretendía que viniese a casa conmigo para abrazarla y alejarle los problemas entre mis brazos. De todos modos, ahora mismo no era lo que necesitaba oír.

—Ven a casa conmigo —intenté de nuevo—. Tengo mantas, un sofá y una televisión de pantalla grande donde puedes ponerte cualquier entretenimiento absurdo que te apetezca, o simplemente estar en silencio si lo prefieres. Aunque no sé si será muy silencioso. Mis hijos estarán en casa y seguro que Jason estará encantado de hablarte

sin parar sobre su videojuego. Puedo prepararte una taza de té caliente y la cena, o incluso un cóctel, y no tendrás que pensar en nada más en lo que queda de día. Incluso tengo una habitación de invitados si no quieres volver a casa.

Arrugó la nariz, asomando la punta de la lengua entre los dientes.—¿Me estás sugiriendo que vaya a tu casa y me emborraches?

Debí de poner cara de sorpresa porque se le escapó una risita a mi costa.

—No, en absoluto. Pensé que te vendría bien una amiga y algo de compañía —admití.

—Una parte de mí querría decir que no e irme a casa para revolcarme sola en mi miseria —confesó—. Pero otra parte de mí, sinceramente, no quiere estar sola. Y creo que esa parte está ganando. Así que sí, acepto tu oferta de ocupar la esquina de tu sofá y una manta calentita. Pero creo que voy a pasar del cóctel. El alcohol y las emociones a flor de piel no son una buena combinación para mí.—Hizo una pausa y bajó la mirada al suelo unos segundos antes de volver a encontrar la mía.

—¿Crees que quizá Jason me dejará jugar a su videojuego con él?

Sonreí ante su pregunta.—Creo que Jason te dejaría hacer casi cualquier cosa. Le impresionaste mucho la primera vez que te conoció.

Me miré de arriba abajo, aún vestida con mi pijama sanitario y la bata blanca de médico.—Necesito cambiarme. ¿Por qué no te quedas aquí y descansas? Volveré a buscarte cuando sea hora de irnos.

Al levantarme, Emma me agarró de la muñeca.—No tardes mucho, ¿vale?

Asentí y prácticamente salí corriendo por el pasillo para no estar lejos de ella más de unos minutos.

Estaba rígida y profesional cuando salimos juntas del hospital, pero se derritió en cuanto estuvimos a solas. Se recostó sobre mí en el asiento trasero del taxi de camino a casa. Al acurrucarse en el sofá de mi salón, parecía que ese era su lugar. Jason estaba más que dispuesto a entretenerla y ayudarle a quitarse de la cabeza su desastroso día.

## 21

# EMMA

—¡Dra. Emma! —gritó Jason con alegría cuando seguí a Marcus por la puerta principal.

—Hola, Jason —dije. Su entusiasmo me levantó bastante el ánimo, pero seguía sumida en un estado de abatimiento, provocada por las dudas y las acusaciones de Kevin.

—¿Te vas a quedar a cenar?

—Sí, es nuestra invitada esta noche —dijo Marcus—. Ha tenido un día complicado, así que sé amable con ella, campeón.

—¿Quieres verme jugar a mi videojuego? —preguntó, como si fuera el mayor de los privilegios que se le ocurría ofrecer.

—No suena mal, pero ¿sabes qué sería aún mejor? —pregunté.

Jason asintió con la cabeza con entusiasmo, los ojos abiertos de par en par, esperando impaciente a que le dijera qué podía ser mejor que verme jugar a su videojuego.

—¿Podría jugar contigo?

—¡Tengo otro mando! Podemos configurarlo para que haya un segundo jugador —respondió, y salió disparado al salón, donde estaba montada su consola.

—Creo que acabas de alegrarle la semana entera —dijo Marcus mientras recogía mis cosas para colgarlas en un perchero.

—Ahora mismo no me vendría mal un poco de entusiasmo puro —confesé—. ¿Seguro que no hay problema?

—Me parece estupendo —dijo Marcus.

—¿No vas a necesitar que os ayude a preparar la cena ni nada?

Negó con la cabeza.—Lily y yo nos apañamos. Te he invitado para que descanses y puedas recuperar la serenidad después del día que has tenido.

Solté un suspiro cansado.—Vaya si ha sido un día —admití.

—¡Dra. Emma! ¡Dra. Emma! —llamó Jason desde la otra habitación.

—¿En qué lío me estoy metiendo? —pregunté con resignación, lanzando una mirada de reojo hacia el salón donde Jason me esperaba emocionado.

—Ni idea —admitió Marcus.

—Si no juegas a videojuegos con tus hijos…—

Negó con la cabeza.—No es mi estilo de crianza.

Me armé de valor y me dirigí al salón. Jason tenía Mario Kart en la pantalla, con la selección de personajes esperando a que eligiera.

—Ah, este me lo conozco —dije, mientras me pasaba un mando.

—¿Te animas? —preguntó, y su emoción era palpable.

Negué con la cabeza.—La verdad es que no mucho, pero sí he jugado alguna vez. Quizá tendrás que recordarme cómo va, que hace tiempo.

La competición fue divertida. Jason me ganó nivel tras nivel. Nunca pareció que intentase humillarme o demostrar que era más listo o superior. Era una competición, sí, pero no una confrontación—no como la reunión de antes con el consejo y Kevin. Aquello sí había sido una lucha encarnizada. No sé cuánto tiempo estuvimos jugando, pero, cuando me di cuenta, Marcus estaba de pie detrás de nosotros, riéndose.

—Jason, ¿la estás dejando ganar?

—¡Papá! —protestó Jason, alargando la palabra como si Marcus hubiera desvelado un gran secreto.

—Da igual si me está dejando ganar o no. Soy malísima en este juego —añadí.

—Bueno, cuando termines este nivel, lavaos las manos para cenar.

El videojuego hizo los ruidos de *cha-ching* y vítores al conquistar Jason el nivel.

—Bueno, supongo que eso es todo por hoy —dije, devolviendo el mando.

—No has ganado ni una sola vez.

Negué con la cabeza.—No. No se trataba de ganar, sino de divertirse.

—¿No estás enfadada?

—No, ha sido muy divertido.

Nos turnamos para lavarnos en el baño de abajo, y fui la última en sentarme a la mesa. Me alegró ver que se sentaban en torno a la mesa del comedor. No sabía si era habitual o si lo hacían porque estaba yo, pero resultaba reconfortante verles como una familia unida.

Marcus sirvió una ración de la fuente y pasó el plato a Lily.—¿Se lo pasas a la Dra. Emma, por favor?

No lo pasó, lo soltó prácticamente de golpe delante de mí.—Toma —bufó, poniendo los ojos en blanco.

Mi presencia no era precisamente bienvenida, y lo dejaba bastante claro. Antes, había preferido ignorar las voces elevadas que llegaban de la cocina para disfrutar de mi rato con Jason. Pero no sabía si sería capaz de ignorar esto.

Deseaba que, al menos durante la comida—o mientras yo estuviera en la mesa—, Lily se esforzase en mantener la calma. Yo no había venido para montar un numerito ni causar problemas.

—Lily —dijo Marcus con severidad—, espero que tengas mejores modales cuando hay una invitada en casa.

Lily siguió haciendo sus ruiditos de adolescente enfadada.—No me puedo creer que la hayas dejado venir sin avisar para cenar. Deberías haberme dicho algo.

—Dije algo en cuanto llegamos a casa —dije.

—No me refería a eso.

—¿Podemos no tener esta conversación ahora? —Marcus parecía agotado por el tema.

Sonreí con torpeza a Jason al otro lado de la mesa. Él solo negó con la cabeza, puso los ojos en blanco y puso una cara graciosa. Sus gestos respondían claramente a la actitud de Lily.

Por mucho que me gustara Marcus, y aunque sabía que nunca habría nada entre nosotros más allá de una coqueta camaradería, no creía tener fuerzas para enfrentarme a adolescentes si alguna vez llegaba a haber algo más.

Lily dejó caer el tenedor sobre la mesa con un golpe y se levantó, tirando la silla. En lugar de recogerla, le dio una patada y salió furiosa de la habitación.

—Perdón —dijo Marcus entre dientes apretados, dejando el tenedor con demasiada calma, poniéndose en pie, cogiendo la silla de Lily y luego siguiéndola—. ¡Lily!

Les oí gritar al otro lado de la puerta. —¡No me puedo creer que la hayas traído a casa, papá!

—¿No puedo invitar a una compañera de trabajo a cenar?

—Pero has traído a una mujer a nuestra casa. ¿Cómo puedes faltar así al respeto a mamá?

Hubo una pausa, y juraría que pude oír a Marcus gruñir de pura frustración.

—Esta nunca fue la casa de tu madre, y traer a una invitada a cenar dista mucho de ser una falta de respeto a su memoria.

—Bueno, no puedes obligarme a cenar con ella —la voz de Lily sonaba tensa y rota por las lágrimas.

—¿Por qué iba a hacerle pasar por eso? Está claro que esta noche no eres bienvenida a la mesa.

Marcus volvió al comedor con los labios apretados en una fina línea. —Disculpad el comportamiento de mi hija.

—No tienes por qué disculparte porque Lily tenga una mosca detrás de la oreja —masculló Jason.

—Jason, eso no se dice. —Pero noté que Marcus no fue más allá en el reproche.

—Ser adolescente es difícil —comenté—. Y probablemente me vea como una amenaza.

—No eres ninguna amenaza, Emma.

Negué con la cabeza.

—La cena ha estado... gracias por la cena. Ha estado riquísima. Pero debería irme. Tenéis que resolver algunas cosas entre vosotros.

—¿Tienes que irte? —casi gimoteó Jason.

—He tenido un día largo —admití—. Y no creo que esta noche soportase que vuelvas a ganarme al Mario Kart. Mejor me voy.

Me levanté despacio y cogí mi plato para llevarlo a la cocina.

Marcus se levantó y me quitó el plato de las manos. Luego cogió el plato de Lily y, empujándose con la espalda, se abrió paso a la cocina y yo le seguí.

—Te acompaño a casa.

—No, no hace falta. Puedo... puedo ir sola.

Dejó los platos en el fregadero y se apoyó con la cadera en la encimera, cruzando los brazos. Me miró, recorriéndome de arriba abajo antes de volver a buscar mis ojos.

—Sigues alterada, y no creo que lo que ha dicho Lily te haya ayudado. Me quedaría más tranquilo si me permites llevarte a casa.

—Bueno, eres un hombre adulto y no puedo impedírtelo. ¿Estarán bien los niños?

—Son lo bastante mayores. Saben cómo cerrar la puerta tras de mí.

En lugar de volver al recibidor por el largo pasillo, atravesamos el comedor, donde Jason había dejado su plato. Le encontramos de nuevo en el salón, en el sofá, con el mando del juego en la mano.

—Voy a llevar a la doctora Emma a casa. Quiero que esta noche friegues los platos.

—Papá...

—Jason.

Con solo decir el nombre, la actitud de su hijo cambió por completo. Dejó el mando y se levantó, encogiéndose de hombros con un suspiro resignado.—Vale, yo me encargo de los platos.

—Volveré más tarde.

Me puse la chaqueta y me colgué el bolso al hombro. Marcus me acompañó mientras bajaba las escaleras desde su puerta hasta la acera.

—Hace buena noche. ¿Te importa si caminamos hasta la esquina antes de coger un taxi? —sugirió.

—Claro, no hay problema. —Crucé los brazos y él se metió las manos en los bolsillos. Caminamos en silencio un rato.

—Siento mucho la actitud de Lily. No entiendo de dónde saca algunas ideas.

—¿A qué te refieres? —pregunté.

—A eso de que falto al respeto a la memoria de su madre.

Me encogí de hombros.—Nunca he tenido que afrontar una situación así. Quizá tenga miedo de que te olvides de tu mujer.

Soltó una risa suave y grave.—No podría olvidar jamás a Blair. Pero eso no significa que no pueda empezar a pensar en otra persona.

—Quizá Lily tenga una idea romántica de que jamás podrías querer a nadie como a tu mujer.

—No creo que pudiera —admitió—. Pero eso no significa que no pudiera querer a alguien más. Sería distinto, simplemente.

El tono grave y pausado de su voz me recorrió la espalda como un escalofrío.

—¿Puedo acompañarte a casa, Emma? —preguntó.

Esta vez, me preguntaba algo muy distinto. Asentí.

Durante el trayecto en taxi, no pude dejar de mirarle. Era como si alguien hubiera pulsado un interruptor, y me sentía eufórica ante lo que podía suceder. Le cogí de la mano todo el camino mientras le guiaba por el vestíbulo y subíamos juntos en el ascensor hasta mi piso.

Al forcejear con la llave en mi puerta, Marcus se inclinó hacia mí y apoyó la mano justo encima de la cerradura.

—¿Sabes cuáles son mis intenciones?

Tragué saliva y le miré hacia arriba. Apenas podía hablar, pero asentí.

—¿Y te parece bien?

—Lo he sabido desde que subimos al taxi —admití. No me importaba lo que pensara su hija de mí. Quería a este hombre, y era evidente que él me deseaba a mí.

## 22

# MARCUS

—Dame un segundo. Me gusta echar la llave en cuanto entro. Así nunca tengo que preocuparme de si se me ha olvidado —explicó ella.

Asentí. —Por supuesto.— Mientras Emma cerraba el pestillo de la puerta, tuve ocasión de echar un vistazo. El piso de Emma era pequeño pero bien distribuido y tenía buenas vistas. No es que me hubiera enseñado la casa precisamente.

Dejó el bolso y la chaqueta en una silla junto a la puerta. —¿Quieres beber algo?

—No. —Negué con la cabeza. Alcé la mano hacia ella, rodeándole la cintura y atrayéndola contra mi cuerpo—. Quiero esto.

Incliné la cabeza y reclamé sus labios. Eran suaves y ella respondió al beso. Hizo unos ruiditos que me volvieron loco. La alcé en brazos, poniendo las manos bajo su trasero perfecto. —¿El dormitorio?

—Detrás de ti. No te choques con el sofá —me advirtió Emma justo cuando mi muslo se golpeaba con el respaldo del sofá.

La solté y ella se deslizó por mi cuerpo hasta el suelo. Su cuerpo pegado al mío era como arrastrar una cerilla por papel de lija. Saltaron chispas entre nosotros, y sentí que los dos estábamos ardiendo.

Ella arrancó mi camisa. Los botones saltaron y rodaron antes de que yo pudiera torpemente ayudarla. Me quité la camiseta blanca que llevaba y la tiré a un lado.

Puso las manos sobre mi pecho y jugueteó con los dedos en el vello. —Marcus, qué bien te sientes —ronroneó antes de llevar los labios a mi pezón y juguetear con él.

Solté un jadeo y empecé a pelearme con el cinturón. ¿Por qué la ropa siempre estorbaba? Emma se desprendió de la blusa con una facilidad envidiable y se quedó ante mí con un sujetador de encaje sexy que realzaba todas sus curvas. Apenas podía contenerme para no lanzarme sobre ella como un hombre de las cavernas.

Enredó sus dedos en el vello de mi pecho y dio un pequeño tirón, guiándome en dirección a su dormitorio. En cuanto localicé la cama, terminé de quitarme la ropa. Emma se sacó la falda contoneándose y me mostró que llevaba unas braguitas a juego.

—¿Siempre llevas ropa interior tan sugerente, o esto estaba planeado desde el principio?

—¿Sugerente? ¿Te gusta?

Asentí, demasiado embobado como para decir algo ingenioso.

Se llevó las manos a la espalda, desabrochó el sujetador y luego se despojó de las braguitas. Casi se me atragantó la lengua.

—Los pijamas son un rollo. Me gusta saber que llevo algo bonito debajo. —Dejó caer el último trozo de encaje y se arrastró sobre la cama, donde yo la esperaba.

—Eres increíblemente preciosa —dije, deslizando la mano por su vientre—. Incluso debajo de los pijamas siempre eres guapísima.

—¿Intentas camelarme? —Sonrió y rodeó mi cuello con los brazos.

Rodé hacia ella y nuestros labios volvieron a encontrarse. Toda su piel era increíblemente suave. Era un tesoro tentador con el que ojalá pudiera pasar toda la noche. Le acaricié el pecho, y su pezón rozó mi palma.

Me cogió la mano y se metió uno de mis dedos en la boca. Sentí ese tirón hasta en la entrepierna. Después dirigió esa misma mano entre nosotros, llevándola hasta su sexo. Soltó un gemido cuando mis dedos se deslizaron entre sus pliegues. Estaba resbaladiza y lista.

—Joder, cómo me pones —me las apañé para decir. Había mil cosas más sugerentes o seductoras que podría haberle dicho. Quería tomarme mi tiempo para relajarla, pero ella había conseguido convertir mi cerebro en papilla.

—Te necesito —suplicó con un gemido. Se movía y mecía las caderas contra mi mano.

—Estoy aquí. —Acomodé nuestra posición para situarme entre sus piernas.

—Ahora, Marcus, ahora.

No hacía falta que me lo dijera dos veces. La señora necesitaba satisfacción y yo estaba dispuesto a dársela. Me deslicé en su interior. Se sentía celestial, como ninguna otra mujer antes. Se retorció y se arqueó, entregándose igual que recibía. Empujé y embestí contra su cuerpo.

Entonces sus uñas se clavaron en mis hombros. Dejó escapar un grito agudo, pidiendo más, y noté cómo su cuerpo latía y palpitaba cuando alcanzó el orgasmo. Yo la seguí, alcanzando mi propio clímax. Permanecí pegado a su cuerpo, sin querer separarme ni un centímetro de ella.

Entre susurros, se acurrucó contra mí. El corazón me palpitaba en la garganta, pero Emma era tan delicada y cálida en mis brazos que ni

por asomo iba a saltar de la cama y estropear el momento. Esperé a que se durmiera antes de liberar mi brazo con cuidado y salir despacio de la cama.

Hacía mucho que no tenía que escabullirme del dormitorio de alguien, y me di cuenta de que lo detestaba. Pero tenía a los niños en casa y tenía que volver.

—¿Te vas? —preguntó Emma con una voz somnolienta y adormilada.

Se dio la vuelta y me miró mientras me ponía la ropa. —Sí, tengo que volver con los niños. Quedarme, por desgracia, no es una opción.

—Lo entiendo —dijo ella, asintiendo brevemente.

—Vuelve a dormir, Emma.

—¿Marcus?

—¿Sí?

—Gracias.

—La que debería darte las gracias soy yo —dije mientras me abrochaba los pantalones y metía la camisa por dentro.

—No, me refiero a todo lo de hoy—tu apoyo, tus notas, la cena, esto. Bueno…

—Me gustas, Emma, y cuidarte es fácil.

—Me has cuidado muy bien. Gracias.

—Cuidarte ha sido fácil y un privilegio.

Me apoyé con una rodilla en la cama y me incliné para darle otro beso. Estaba cálida y olía dulce, y sabía que su piel era suave y que la cama resultaba muy cómoda.

—Tengo que irme —dije con un gruñido. La fuerza gravitatoria que ella ejercía sobre mí era poderosa.

El aire nocturno estaba fresco y me ayudó a volver a la realidad. Caminé unas cuantas manzanas antes de coger un taxi. Mi casa estaba a oscuras y en silencio. Todos dormían. Cerré con llave y me fui a la cama en una habitación fría y solitaria—completamente solo.

—Bienvenido, doctor Walker —la enfermera Hernandez pronunció mi nombre cuando me acerqué al control de enfermería a la mañana siguiente.

Fruncí el ceño, intrigado, según me acercaba a ella, esperando que me diera detalles sobre algún paciente en concreto o que me avisara de que venía alguien.

—Tengo aquí un mensaje para usted de parte de James Collins.

—¿El jefe de hospitalistas? Me pregunto de qué se tratará —dije mientras cogía la hoja garabateada con su letra. Solo ponía que acudiera a su despacho en cuanto entrara. No tenía ningún sentido.

—¿Dijo para qué era esto? —Le mostré el papel, como si hubiera algo oculto que yo no pudiera ver.

Ella simplemente se encogió de hombros. —No, solo eso. Quería que pasara a verle, supongo que antes de empezar el turno.

—Interesante —murmuré para mí. —Supongo que iré si no hay nada urgente.

Negó con la cabeza. —No, estaremos bien.

Salí del departamento y subí al pasillo de administración, donde estaban la mayoría de los despachos. Allí tenía James Collins su despacho. La puerta estaba totalmente abierta.

Llamé y él levantó la vista del ordenador hacia mí. —Ah, pasa. Siéntate. Cierra la puerta.

Mierda. Cerrar la puerta nunca era buena señal.

—Mira, no sé muy bien cómo decir esto, Marcus, así que voy al grano. He recibido una llamada anónima sobre comportamientos

inapropiados con otros miembros del personal.

Tragué saliva. Que yo supiera, no había pasado nada inapropiado. Todas las interacciones que Emma y yo habíamos tenido hasta el momento eran completamente consentidas.

Negué con la cabeza. —Estoy perplejo —admití.

—Según esto, te vieron salir del hospital con la doctora Emma Chen.

Fruncí el entrecejo y negué de nuevo. —¿Sí? ¿Y? Somos compañeros. A veces coincidimos con el horario y salimos a la vez. No veo en qué—

—Ya, bueno, al parecer, ella tenía una… —Juntó las yemas de los dedos y negó con la cabeza buscando la palabra adecuada— presencia poco profesional.

—Lo entiendo.

—Ante la junta de revisión —añadió—. Y adivina qué. Ha salido tu nombre. Pongámoslo así: no es precisamente la estrella rutilante a la que deberías atarte.

—¿Intentas advertirme para que no sea demasiado amigable con mis compañeros? —pregunté.

Su rostro se torció buscando las palabras justas para no meterse en problemas.

—Mira, Marcus, entre tú y yo, tiene cierta reputación.

—Por ser una cirujana brillante —dije.

—Nadie pone en duda su habilidad. Es su… —Vaciló—. Es que a veces deja que su vida privada interfiera en su profesionalidad.

Mientras hablaba, entorné los ojos. Todo aquello sonaba a que alguien le estaba buscando problemas.

Me había contado que su ex parecía tener algún tipo de rencor profesional hacia ella. Quizá estuviera relacionado. O tal vez era otra cosa y estaba atando cabos donde no los había.

—Tienes un futuro prometedor aquí en Manhattan Memorial y me fastidiaría que lo pusieras en peligro por cualquier motivo —dijo James.

Ya apenas le estaba escuchando. Mi carrera no estaba en peligro. Sabía que podía llevar mis habilidades a cualquier hospital y me acogerían. Pero esto sonaba como si el hospital—y quien quiera que hubiera hecho ese informe anónimo—quisiera ponerle problemas a Emma.

Eso no era algo que pudiera ignorar. Y también me los pondrían a mí. Me gustaba demasiado como para estropearle el trabajo.

—Para que quede claro —dije—, el hospital no tiene ninguna cláusula contra el compañerismo en el reglamento interno. Lo sé, lo comprobé. Así que esto suena a—

James negó con la cabeza. —Creo que esto es algo un poco más específico.

Asentí en señal de que lo comprendía. Todo aquello parecía un intento de buscar una excusa para reprender a Emma usando mi nombre como pretexto.

No me gustaba nada el juego que estaban jugando. Y hasta que no pudiera hablarlo con Emma, por desgracia, tenía que seguirles la corriente—porque no iba a ponerla en peligro.

## 23

# EMMA

Sentía una ligereza en mi paso que no recordaba desde hacía muchísimo tiempo, y todo era por culpa de Marcus Walker.

No se suponía que debía enamorarme de otro médico. Desde luego, tampoco se suponía que debía fijarme en alguien que trabajaba en el mismo hospital, y mucho menos en el mismo departamento. Pero no podía esperar a verle. Solo pensar en él me hacía feliz y borraba todas las dudas y preocupaciones que tenía.

¿Y qué si Kevin estaba comportándose como un imbécil? Siempre lo era. ¿Y qué si hizo que la junta pensara que yo era una incompetente? Podía rehacer y volver a presentar la propuesta, explicando que no me habían preparado adecuadamente.

Eso tendrían que entenderlo. ¿No?

Tenía ganas de ver a Marcus cuando llegué a Urgencias, solo para descubrir que no estaba allí.

—Alguna reunión con James —dijo Rosa—. Ya era hora de que el doctor Collins empezara a prestarnos atención.

—Le gusta dejarnos a nuestro aire —contesté a su queja—. Ya sabes, si algo funciona, ¿para qué tocarlo?

—Como si James Collins siquiera supiera que tenemos problemas. Una cosa es dar libertad, y otra el abandono.

Negué con la cabeza mientras me alejaba. En realidad, prefería que James no estuviese encima de mi horario a cada instante. Pero tenía razón, probablemente debería interesarse por nosotros algo más a menudo, aparte de cuando yo necesitaba ajustar el turno.

Quizá de eso estuvieran hablando James y Marcus. Al fin y al cabo, Marcus tenía hijos y parecía que los hijos siempre acababan trastocando los horarios de las enfermeras. Podría encontrarme con Marcus más tarde. Seguro que nos cruzábamos por el pasillo, como tantas otras veces. Habría otra oportunidad de verle, aunque solo fuese para intercambiar una sonrisa y un rápido «hola» al pasar. Porque sabía que ese «hola» y esa sonrisa—y quizá hasta un guiño —llevarían detrás mucha más información, mucho más sentimiento.

Los pacientes llegaban en tromba, y yo parecía flotar entre huesos que recolocar y cortes que coser. Y por milagro, hasta los peores traumas que pasaban por nuestro servicio no eran tan graves como podían haber sido. No es que no fueran terribles, porque lo eran. Es lo propio del trauma, que es atroz. Pero tenía algo que me ilusionaba y no sentía que estuviese defraudando ni a los pacientes ni a sus familias.

Pasaron horas antes de que le viera.

Él no me vio.

Casi flotaba por el pasillo cuando por fin logré llamar su atención.

—Doctor Walker, no te he visto en todo el día. —No traté de ocultar la sonrisa en mi voz.

Me miró con un gesto de fastidio.

Me detuve, y su expresión fue como un puñetazo en el estómago. Algo no iba bien. ¿Qué había hecho? ¿Había sido nuestra noche juntos otro error más?

—Doctora Chen. Hola. Toma, creo que esto es tuyo.

Me entregó un montón de historiales de pacientes y se dio la vuelta para marcharse.

Se fue. Sin más.

El aire se me escapó de los pulmones. No entendía qué estaba pasando.

—¿Marcus? —pregunté.

Se detuvo y se giró—. Perdona, doctora Chen. Me necesitan.

Y eso fue todo.

Mi móvil empezó a sonar sin parar antes siquiera de que pudiera dejar que el labio inferior me temblara de disgusto. Miré el identificador de llamadas. Era mi abuela.

—Zumu —respondí—. ¿Qué pasa? ¿Estás... está todo bien?

—Emma, necesito tu ayuda.

No acertaba a saber si sonaba cansada o asustada.

—¿Te has hecho daño?

Mi reacción nerviosa al rechazo de Marcus se mezcló en una auténtica oleada de preocupación y temor.

—¿Puedes venir al piso? —preguntó.

—Estoy en el trabajo —intenté explicar, pero mi cerebro empezó a gritar. Mi abuela me necesitaba.

—Bueno, ¿cuándo puedes venir? —preguntó.

—Veré qué puedo hacer. ¿Estás bien?

—Estaré bien hasta que llegues —dijo, pero su voz titubeaba un poco.

—Vale, vale —dije mientras colgaba.

Tenía que ir a ayudar a mi abuela. Me giré hacia la enfermera en el puesto.

—¿Quién más está de guardia esta noche? —pregunté.

—Oh, tenemos el equipo completo —dijo.

—¿Crees que puedo escabullirme? Tengo una emergencia con mi abuela —dije—.

Ella se encogió de hombros.

Inmediatamente marqué el número de James Collins.

—Collins al habla —respondió.

—Ah, perfecto. James, soy Emma Chen.

—Oh, Emma, necesitaba hablar contigo.

—¿Puede esperar?

—¿Por qué?

—Bueno, acabo de recibir una llamada de emergencia de mi abuela, y yo…

—Si tiene una emergencia, ¿no puede llamar al uno-dos-uno?

—No lo sé —dije, notando cómo el pánico empezaba a apoderarse de mi voz.

—Ahora mismo tenemos todo el equipo a tope aquí en urgencias. ¿Hay alguna posibilidad de…?

—Sí, sí, creo que podremos apañárnoslas si te vas. Pero mira, ya has avisado dos veces en una semana.

—No he avisado de ninguna baja…

—Te fuiste antes.

—Me fui antes ayer porque la junta me pilló totalmente desprevenida con esa reunión. Puedo recuperar las horas de despacho en otro momento. Lo sabes.

—Me han comentado que la reunión no fue nada bien.

—Genial —murmuré por lo bajo.

Fuera lo que fuera lo que Kevin hubiera contado a la junta, ya había salido a la luz.

—Voy a tener que anotar esto en tu expediente —dijo James.

—¿En mi expediente? James, es una emergencia.

—Y tú eres cirujana de emergencias—para cuando otros tienen emergencias.

—Y por eso mi abuela me necesita.

—De acuerdo. Pero tendremos que tener una charla más larga sobre esto.

—Vale, lo entiendo. Gracias. —Colgué y corrí al vestuario, quitándome la bata y poniéndome la ropa de calle a toda prisa.

Salí corriendo del hospital y cogí el primer taxi que encontré. Normalmente habría ido andando o en metro a casa de mi abuela. Pero ahora no, no con este nivel de preocupación.

Solté a toda prisa el dinero al taxista al bajar del coche y subí corriendo las escaleras hasta su piso.

No llamé a la puerta. Simplemente entré de golpe.

—¡Zumu! ¡Zumu, ¿dónde estás?! —grité.

—Oh, Emma, ya has llegado. Qué rápida —dijo con voz perfectamente normal. No parecía preocupada en absoluto.

—¡Pensé que te había pasado algo! ¿Qué ocurre? Dijiste que era una emergencia.

Mi voz sonaba mucho más alta de lo necesario mientras cruzaba su piso a grandes zancadas y entraba en la cocina, donde la encontré sentada a la mesa.

Recorrí la habitación con la mirada rápidamente, esperando ver sangre, un vaso roto o un cuchillo con el que se hubiera cortado sin querer.

—¿Por qué me necesitabas?

—No llego.

—Abuela, me has llamado diciendo que era una emergencia. He tenido que salir del trabajo. Me he metido en un lío en el trabajo.

—No me sentía cómoda. No me veía estable como para subirme a una silla, y no podía alcanzarlo.

Y todo lo que necesitaba era algo de la estantería más alta. Me di la vuelta y cogí el asidero largo que estaba en la esquina junto a la puerta. Se lo tendí.

—Por eso te compré esto. —Tiré del extremo del mango, haciendo que las pinzas del aparato se cerrasen varias veces con un clic.

Ella tomó el asidero de mis manos y lo estiró hasta que las pinzas pudieron coger la caja de té. Apretó el gatillo y, como un robot, el aparato recogió su caja.

—Vaya, se me había olvidado por completo este cacharro. Es muy útil, ¿verdad?

Dejé escapar un suspiro cansado y derrotado.

—Te veo muy estresada, Emma. Debería haberte dicho lo que necesitaba.

Me dejé caer pesadamente y me tapé la cara con las manos.

—Pensé que te había pasado algo. Creí que te habías hecho daño.

—No, hija. Siempre eres tan dramática.

La miré.

Quizás tuviera razón. Quizás yo era demasiado dramática. Quizás por eso dejé que Marcus me sedujera. Quizás por eso pensé que había algo entre nosotros cuando está claro, por su reacción de esta tarde, que no lo hay.

Quizá todo estaba solo en mi cabeza—que Kevin quería fastidiarme y que yo estaba dramatizando mi total falta de integridad profesional. Crucé los brazos y me dejé caer sobre la mesa con un gemido.

—Por esto voy a quedarme soltera para siempre —me quejé en voz alta, como si toda mi lamentación anterior no hubiera sido solo un monólogo interior.

—¿Qué voy a hacer contigo? —pregunté, todavía apoyada en los brazos.

—Lo que vas a hacer es tomar el té —replicó la abuela, como si el té fuera la solución a todos los males.

Cuando el aroma subió hasta mi nariz al ponerme la taza humeante delante, rodeé la delicada porcelana china con los dedos. Quizás tuviera razón. Tal vez el té sí lo arreglaba todo.

Me permití disfrutar del té antes de mirar la hora. Todavía me quedaban tres horas de turno.

—Me alegro de que no haya sido nada grave —dije, dejando la taza —. Pero ahora tengo que volver al trabajo.

—Siempre trabajas tanto, querida.

—Es mi trabajo —dije, levantándome despacio.

Me incliné y la abracé.

Me equivocaba. El té no era ni de lejos tan bueno como sus abrazos.

Tenía que volver al trabajo. Y tenía que llamar a James Collins para quitarme de encima esta tontería del expediente, porque eso es lo que haría una profesional.

## 24

# MARCUS

Con un gruñido y un chillido de rabia, Lily anunció que me odiaba justo antes de dar un portazo en mis narices, otra vez. Estaba ya muy harto de esta actitud suya.

¿Es que no veía que todos lo estábamos pasando mal?

Quizá debería haberla dejado desahogarse sola. Su madre habría sabido cómo manejar esto. Yo estaba completamente perdido con esta niña. No podía simplemente marcharme y dejar que pensara que podía salirse con la suya con este comportamiento. Era absolutamente inaceptable.

Inspiré hondo antes de abrir la puerta y entrar en su habitación.

—Vete —gritó, haciéndose un ovillo y abrazando una almohada apretada contra su cabeza.

Yo también sentía esa lucha, el dolor, la pérdida.

Le quité la almohada de la cabeza.—No tienes por qué hablar, pero vas a escuchar.

Cruzó los brazos, sacó el labio inferior en una mueca de disgusto y me lanzó la mirada más intensa que tenía.

—No sé de dónde viene esta actitud, pero cada vez va a peor y ya he tenido suficiente. Así que tienes que encontrar la manera de controlar esto —dije, haciendo un gesto con las manos en su dirección.—Y participar de forma adecuada en nuestra familia.

Su mohín se transformó en una mirada furiosa mientras seguía sin decir nada.

—¿Así que crees que no hablarme es la mejor forma de afrontar esto? —Cruce los brazos y le sostuve la mirada. Maldita sea, cada día se parecía más a su madre, pero la actitud era, sin lugar a dudas, cien por cien mía. Su madre siempre había sido una presencia calmada y reconfortante en nuestra vida. Sabía cómo apaciguar hasta el peor de los ánimos. Ella era la mediadora. Yo era el elefante en una cacharrería, y por desgracia, eso probablemente no era lo más apropiado para tratar con Lily y sus quejas.

A ella le hacía falta calma. Necesitaba esa actitud tranquilizadora que Blair habría sabido darle en este momento.

—¿Cómo puedes estar ahí diciendo que quieres que seamos una familia si intentas borrar el recuerdo de mi madre?

Las palabras de Lily me pillaron completamente desprevenido. Sabía que iban con la intención de herir, pero la verdad es que solo me confundieron.

—¿De qué estás hablando? —pregunté al fin tras un larguísimo y tenso silencio, intentando averiguar a qué demonios se refería mi hija.

—No paras de traer a esa mujer a casa y de imponérnosla.

—Nadie te está imponiendo a nadie, y nadie quiere borrar el recuerdo de tu madre —respondí lo más despacio y calmado que pude. Me moría de ganas por gritar. ¿Cómo podía pensar ella que quería que olvidara a su madre? No quería eso. Jamás.

Puedo seguir guardando a Blair en mi corazón y aun así sentir algo por Emma. Es complicado y difícil a veces, pero se puede. No necesitaba que una adolescente, hija mía o no, me dijera a quién o cómo debía querer.

—Tener amigos en casa no es intentar borrar el recuerdo de tu madre.

—Eso lo dirás tú —espetó.

—Eso es lo que quiero decir —repliqué.—Mira, Lily, esto es difícil para todos, y no sé qué hacer contigo. Creo que necesitamos volver a terapia familiar.

Abrió los ojos de par en par. La tensión de sus hombros desapareció por un momento, solo para volver aún con más fuerza. El labio le empezó a temblar.—No quiero hablar de mis sentimientos —susurró.

—Lo entiendo —dije.—Pero creo que lo necesitas. Creo que todos lo necesitamos.

—Vale. ¿Puedo al menos ir sola a terapia? ¿O quizá... no sé... tú y yo nada más?

—Creo que tu hermano también lo necesita.

—No quiero hablar de mis sentimientos delante de Jason. Él es muy raro con eso.

—Tu hermano también ha perdido a su madre —puntualicé.

—Papá —protestó con un quejido.—Si él va, yo no voy.

—Vale, de acuerdo. Averiguaremos cómo organizar la terapia para ti, y probablemente seguiré enviándole, pero puedes ir tú sola.

Volver a meter a Lily en terapia significaba que tenía que buscarle un terapeuta. Y ya que me ponía, desde luego también iba a tener que buscar uno para Jason. Y ya que estaba, podría buscar otro para mí. Al fin y al cabo, la terapia familiar implica a toda la familia.

Aunque sabía que probablemente no participaría, seguía pensando que era algo que iba a necesitar. Yo podía entablillar huesos rotos. Podía coser heridas abiertas. Si alguien sangraba, podía detener la hemorragia y curarlo. Pero no sabía cómo lograr que mi hija dejara de sufrir. Y esa sensación era horrible.

Se suponía que era algún tipo de profesional médico, y sin embargo no tenía ni idea de cómo ayudar a mi propia hija. El trabajo no iba mucho mejor: el estrés y la tensión de casa no ayudaban precisamente en el trabajo, y menos cuando la persona a la que sentía que podía acudir para sobrellevarlo todo era precisamente alguien a quien sentía la imperiosa necesidad de evitar.

¿Cómo le decía a Emma que tenía razón? Ciertamente sentía que la dirección podía tenerla tomada con ella. Y por culpa de la puñetera política interna de la oficina, ahora yo estaba atrapado en su juego. Este no era un juego que fuera a ganar. O jugaba según sus reglas y perdía una posible relación brillante, o arriesgaba mi carrera y la suya.

—Doctora Chen —quizá le dije con demasiado entusiasmo la siguiente vez que la encontré en el pasillo.

—Hola, Marcus.

Parecía algo distante, y no le culpaba por ello.

—Esperaba encontrarte.

—¿Ah, sí?

Notaba que no me creía. —En realidad, sí, quería verte —dije.

—¿Ah sí? Porque más bien parece que me has estado evitando —levantó las manos y las dejó suspendidas en el aire, como si intentara apartarme.

—Mira, lo siento... —La alerta de mi reloj inteligente sonó al mismo tiempo que el aviso en su móvil.

—Tenemos un aviso.

—Parece que nos toca a nosotros —respondió ella.

Fuera lo que fuera lo que pensaba decirle, lo perdí de vista al salir corriendo juntos hacia Urgencias. Apenas nos dieron información, sólo que llegaban varios pacientes y que necesitaban a todo el personal disponible, y que había niños implicados.

Cuando llegaron los equipos de emergencias, cualquier cosa que rondara mi cabeza se esfumó por completo y sólo me centré en atender a los pacientes que tenía delante.

Fue intenso, y por momentos desagradable. No sentí que pudiera respirar hasta que el último paciente estuvo estabilizado y lo llevaban a recuperación. Todo el equipo estaba agotado. No había forma de que pudiera tener una conversación mínimamente productiva con Emma en ese momento. Tendría que esperar.

Entré en la sala de preparación, donde ella se estaba lavando. Solté un gruñido frustrado y me salió un comentario poco elegante porque estaba allí enjabonándose los brazos hasta los codos y otra vez sin la maldita camiseta puesta.

—Si te molesta tanto —espetó—, puedes salir de la sala hasta que yo me vaya. Pensaba que eras un adulto, pero está claro que tú—

—Emma —me quejé—. Estoy demasiado cansado para discutir ahora mismo. Pero deberías saber que James Collins ya está preocupado por tu profesionalidad.

Se giró y me miró, con la boca abierta en lo que solo podía interpretar como un hastío ya cansado. —James no está aquí ahora mismo. Así que si le preocupa mi profesionalidad, puede metérselo donde le quepa. Desde luego, antes no parecías preocupado por esto.

Empecé a abrir la boca, sin saber qué decir.

—¿Sabes qué, Marcus? Olvídalo. No te preocupes por nada. Pronto dejaré de darte la lata y no tendrás que preocuparte ni por mi profesionalidad ni por su supuesta falta.

—¿Se puede saber qué significa eso? —pregunté.

Cogió una camiseta del montón de pijamas quirúrgicos doblados de la estantería y se enfundó una parte de arriba limpia sobre la cabeza. Hecha una bola el paño que tenía sobre el lavabo y me lo tiró encima mientras salía hecha una furia.

—Eres listo. Seguro que lo captarás cuando dejes de verme por aquí.

Me quedé mirándola mientras se abría paso y salía de la sala. Yo había querido advertirle de que creía que James iba a por ella, y en vez de eso me quedé plantado sosteniendo un paño húmedo.

Me quedé mirándolo demasiado tiempo antes de que mi mente sobrecargada reaccionara. Había quemado toda mi energía mental cosiendo, operando y haciendo mi trabajo. Emma requería un delicado equilibrio entre mi vida personal y profesional. Siempre había mantenido las dos cosas completamente separadas. Y estaba claro que la estaba cagando y emborronando los límites entre ambas.

No sabía qué hacer con Emma, pero al menos sí sabía qué hacer con el paño. —Necesito un trago —dije mientras lo tiraba al cubo de ropa sucia correspondiente.

## 25

# EMMA

—Si esto te parece interesante, nos gustaría invitarte a volar hasta aquí y enseñarte todo —dijo la mujer en la pantalla de mi portátil.

—No creo que sea necesario —respondí.

La videollamada estaba yendo bastante bien. Había estado intercambiando correos con Sylvia Pink desde Los Ángeles, y esta era una videollamada individual de seguimiento. Ella hizo una pausa y pareció un poco confundida.

—Oh, no he cambiado de opinión —añadí con entusiasmo—. No necesito que me convenzan. Creo que podemos empezar con el papeleo... si es que seguís queriendo contar conmigo. Estaba más que preparada para cortar lazos y comenzar una vida alejada del lastre de mi pasado.

Una sonrisa amplia se dibujó en su rostro. —¿Estás segura? ¿No quieres ver las instalaciones? ¿No quieres conocer a los demás médicos? ¿Al personal? —preguntó.

Me encogí de hombros. —Simplemente me da buena espina. No creo que más reuniones vayan a hacerme cambiar de opinión. Nadie en

Los Ángeles conocía a Kevin, y él no estaba precisamente en condiciones de poder causar problemas a más de cinco mil kilómetros de distancia. De algún modo, sospechaba que también habían metido mano en Marcus. O eso, o su hija estaba ganando la guerra de poder familiar en casa. Para mí, todo estaba terminado y necesitaba empezar de cero. No le conté lo desesperadamente que ansiaba largarme de Nueva York—y cuanto antes, mejor.

—Bueno, en ese caso —dijo—, voy a ponerme con el papeleo para enviarte la oferta oficial y que la firmes cuanto antes.

—Suena fantástico —admití. No podía esperar. En cuanto estampara mi firma en esos documentos, podría presentar mi renuncia.

Todo en los últimos días se había salido de madre tan rápido. Solo habían pasado un par de días desde que mi vida parecía prometedora hasta convertirse en un absoluto desastre. Necesitaba alejarme de Marcus para aclararme las ideas. Me confundía de tantas formas... Sentía que, cuanto antes me apartase de él y de Kevin, más pronto volvería a encontrar claridad.

—¿Para cuándo crees que te haré falta? —pregunté, casi esperando que me invitara a irme esa misma semana. De verdad sentía la necesidad de marcharme de aquí cuanto antes.

—Por supuesto, nos encantaría que vinieras lo antes posible, pero entiendo que necesitas tiempo para rematar tus asuntos y preparar la mudanza —contestó ella.

Dudé un momento. —Probablemente podría estar allí en una semana... ¿dos semanas?

—¿Crees que estarías disponible una semana después de firmar? —preguntó. No sonaba muy convencida de que fuese buena idea.

Estuve a punto de decir que sí, pero me di cuenta que una semana era muy precipitado. Tenía que hacer maletas, mudarme, buscar piso allí... y la lista no paraba de crecer cuanto más lo pensaba. La idea de mudarme era una cosa; la realidad, otra muy distinta. Podía

dar el preaviso e irme de Manhattan Memorial en una semana, pero ¿sería capaz de dejar el trabajo y arreglar todo lo pendiente en el piso en tan poco tiempo?

—¿Podríamos decir dos semanas? —le propuse.

—Dos semanas suena perfecto. ¿Y estás conforme con el paquete de compensación que comentamos?

—Se me han ocurrido algunas ideas...

La conversación siguió mientras cerrábamos la negociación de mi paquete. Estaba completamente satisfecha con el acuerdo. Al fin y al cabo, no solo iba a escapar de Nueva York, sino también de toda la mierda absurda en la que se había convertido mi vida en los últimos tiempos.

Cuando finalizó la llamada, me sentía llena de energía. No podía esperar más. Eché un vistazo por mi apartamento—hacer las maletas y largarme iba a ser coser y cantar. No veía ningún motivo para llevarme mis muebles. Todo era básico. Seguramente podría alquilar este sitio amueblado por incluso más dinero del que sacaría si estuviera vacío. No tenía intención de vender mi piso; al fin y al cabo, era mío, y con la ubicación tan buena que tenía en la ciudad seguro que no tendría problemas para encontrar inquilino.

Solo necesitaba un par de maletas extragrandes para mi ropa. Me detuve delante de mi estantería. Quizá una o dos cajas para los libros. Pero esos podía enviarlos. Llamaría de nuevo a Sylvia Pink. Seguramente hasta podría recomendarme algún sitio donde enviar mis cosas. Incluso podría hacer que me las mandaran directamente al hospital, ya que todavía no tenía dónde vivir.

Tuvieron que pasar veinticuatro horas antes de que llegara el correo electrónico con la oferta oficial. La firmé y la envié de vuelta de inmediato. Había comenzado la cuenta atrás para mi salida de Nueva York. Dos semanas. Me marcharía de aquí en dos semanas.

Dejé el trabajo en su sitio y no permití que siguiera siendo el centro de mi vida. Si veía a Marcus, apenas le dirigía la palabra. Él apenas me dirigía la palabra a mí. Era como si hubiéramos tenido una gran pelea y una ruptura, pero no había ocurrido nada. Simplemente, estábamos juntos en un momento y, al siguiente, quedaba claro que ya no lo estábamos.

Soñaba despierta con irrumpir en el despacho de James, literalmente bailando, girando sobre las puntas de los pies, y anunciarle que dimitía. Tenía que avisarles oficialmente, y consideraba que una semana de preaviso era suficiente; luego tendría una semana libre del trabajo solo para hacer cajas y mudarme. Pero, de alguna manera, no fue así como sucedió. Y con cada día que pasaba, me daba cuenta de que se me acababa el tiempo.

Me resigné a que este capítulo de mi vida fuese así—mientras Kevin no interfiriera, creía que podría soportarlo.

Por desgracia, aunque no tenía que lidiar con la presencia de Kevin, él seguía interfiriendo en la mudanza. Tenía dos pequeños armarios de almacenaje en el pasillo—uno lo usaba para ropa de cama y productos de baño de repuesto, y el otro era donde guardaba las cosas fuera de temporada y esos objetos aleatorios que no necesitaba en mi día a día pero que inevitablemente acababa necesitando en algún momento.

—¿Pero qué demonios? —murmuré al encontrarme con otra caja de cosas de Kevin en ese armario. El hombre había escondido varias cosas por el piso, en sitios que apenas había considerado. El almacenamiento bajo mi cama era casi todo suyo. Pensaba que todas esas cosas se habían marchado con él cuando rompimos.

Levanté otro de esos objetos que él habría corregido llamándolo una pieza de coleccionista y aparté algunos cómics. Estaba convencido de que no eran una pérdida de tiempo, sino realmente inversiones. Para mí, parecían juguetes.

Bueno, tendrá que venir él a por ellas. Solo que yo no estaba hablando con él, y desde luego no quería ponerme en contacto y decirle lo que estaba pasando antes de entregar mi renuncia definitiva.

Aquel momento no se sintió ni de lejos como la victoria que había esperado. No entré bailando en el despacho de James. Entré como la persona derrotada que era.

—Emma, me alegro de que estés aquí. Quería—

—¿Contarme otro punto negativo más en mi expediente? —Por dentro, quería saltarle a la yugular, ser mordaz y venenosa como una víbora. Pero estaba vencida. Él y Kevin habían ganado. Negué con la cabeza—. Mira, James, solo he venido para avisarte de que voy a enviar por correo mi carta oficial de dimisión. No quería que te pillara por sorpresa y prefería decírtelo en persona.

—Esto es inesperado —empezó él.

—¿De verdad? Porque la verdad es que parece que llevas tiempo intentando echarme. Y la forma en que todo el mundo ha reaccionado a la presentación con la que me pillaste totalmente desprevenida, sí, todo eso me ha dado la sensación de ser un esfuerzo coordinado para que me vaya. Bueno, quería que supieras que ha funcionado.

—No era esa mi intención, Emma. Eres una buena doctora y hemos valorado mucho tus aportaciones aquí en Manhattan Memorial. Lamento si has interpretado alguna de mis palabras o acciones como un intento de echarte.

Negué con la cabeza. Sus palabras ni siquiera eran una disculpa en condiciones.—Intencionado o no, eso es lo que ha pasado. Tengo que estar en Los Ángeles en una semana. Así que, si no te importa, he fechado la dimisión unos días antes. Me gustaría tomarme el tiempo de vacaciones que me corresponde por el resto de mi

estancia aquí, y por supuesto, espero que cualquier paga pendiente por días de vacaciones se incluya en mi última nómina.

—No sé si eso va a ser posible —dijo James. No quería pagarme lo que me debía.

—Pues adjuntaré la página de mi contrato de trabajo original donde queda claro que el hospital debe compensarme por cualquier día de vacaciones no utilizado al correo con mi dimisión oficial.

Él soltó un suspiro pesado y se ajustó la corbata.—Me aseguraré de que la información adecuada llegue al departamento de recursos humanos. Te sacaré del cuadrante a partir de mañana. Por lo que vale, de verdad siento que te vayas así.

La expresión de James Collins me hizo sentir como si fuera una cobarde huyendo. Y quizá lo era.

Pero huía rumbo a Los Ángeles. Sol, playas y muchísimo tráfico. Iba a tener que comprarme un coche.

## 26

# MARCUS

Empezaba a preocuparme por Emma, ya que no la había visto en varios días. O bien me estaba evitando por completo o algo le pasaba, y no venía al hospital por una razón u otra.

—¿No has visto a la doctora Chen? —le pregunté a Rosa Hernandez una tarde mientras estábamos básicamente pasando el rato en el puesto de enfermería. El servicio de urgencias estaba demasiado tranquilo—demasiado—y todos estábamos en tensión, esperando a que llegase algún caso grave.

—¿Qué quieres decir con que si he visto a la doctora Chen? —prácticamente se rió de mí, como si le estuviese haciendo una pregunta ridícula.

—Hace tiempo que no veo a Emma y me preguntaba si estaría enferma o algo así.

Rosa entornó los ojos y me miró como si me hubieran salido dos o tres cabezas de más.

—Se fue.

—Ah. ¿Es que acabo de no verla? —le pregunté intentando asegurarme.—¿La han puesto en el turno de noche? —Eso explicaría que se marchara antes de que yo llegase o, más bien, que se fuera justo cuando yo estaba empezando mi turno.

—No, doctor Walker. Dejó el hospital. Ya no trabaja aquí.

—¿Cómo dices?

Oía las palabras que salían de la boca de Rosa, pero no tenían mucho sentido para mí.—¿Quieres decir que ha dimitido? —¿Al final Kevin había logrado lo que se proponía y acabar con ella, tal y como ella misma temía? ¿De verdad había habido una conspiración contra ella? Yo, desde luego, me inclinaba a pensar que sí.

Rosa se encogió de hombros.—Bueno, considerando lo rápido que se fue, hay algunos por aquí que piensan que tal vez la despidieron.

—¿Quieres decir que la echaron?

—Eso es lo que suele significar "ser despedido" —dijo, como si yo fuese el doctor Tontolaba y no supiese el significado de las palabras. Claro que yo me estaba comportando como si me estuviera hablando en otro idioma.—Se marchó tan de repente… Sinceramente, no sabemos qué pensar. Un día estaba aquí y al siguiente ya no figuraba en el cuadrante. ¿Qué se supone que debemos pensar? —Alzó los brazos y frunció el ceño.

Tuve que darle la razón. Sí que era sospechoso.

—¿¿Y te das cuenta ahora? —Tenía razón. Darme cuenta justo en ese momento de que mi compañera de trabajo favorita ya no estaba no era buena señal, ni daba buena imagen.

—Últimamente he estado agobiado en casa —admití, lo cual no era exactamente mentira. Las discusiones con Lily iban a peor y, aunque logré encontrar un terapeuta dispuesto a atendernos, no tenía hueco en la agenda hasta dentro de bastante. Aún faltaba una o dos

semanas para que Lily pudiera ir a verle. Y tampoco es que yo estuviera siendo precisamente el padre comprensivo que debería.

—¿Tienes hijos adolescentes, verdad? —preguntó Rosa.

Asentí.—Sí, y la mayor me tiene totalmente agotado.

—Ser adolescente es complicado —dijo ella.

—Ser padre de un adolescente es aún peor —repliqué.

—Eso lo puedes decir más alto, pero no más claro. Todo es un trauma, el mundo les odia y nunca hacen nada mal... ni bien, según el día.

—¿Tienes hijos? —pregunté.

Negó con la cabeza.—Tengo sobrinas. Las hijas de mi hermana ya me sobran. Cuando eran pequeñas, me encantaba poder devolvérselas y decirle: "Toma, te toca cambiar el pañal." Y ahora que ya son mayores, puedo decirle: "Toma, te toca lidiar con el trauma de hoy." Y siempre es un drama. Siempre drama con esas chicas.

—Sí, mi Lily puede ser muy dramática. Da la impresión de que cree que la vida tiene que ser una telenovela.

—¿A que sí?

—Cada decisión está hecha para arruinarle la vida, sobre todo cuando se trata de su hermano pequeño.

—Parece que tienes todo un reto —dijo ella.

Me encogí de hombros.—Normalmente son buenos niños, pero últimamente…

La frase se quedó flotando. No tenía respuestas.

—Bueno, es una pena que la doctora Emma se haya marchado sin despedirse —dije.—Seguro que tenía sus motivos.

Rosa me miró y asintió. En su cabeza, esos motivos eran claramente que habían despedido a Emma, y teniendo en cuenta el nivel de interferencias que incluso yo había presenciado por parte de Kevin, por desgracia, todo cuadraba perfectamente para mí.

Ella levantó el montón de historiales de pacientes en los que estaba trabajando y me dirigió una mirada que interpreté como que tenía que seguir con su trabajo y que probablemente yo también debería ocuparme del mío. Hice mi ronda y me alegré por ese respiro entre los casos más intensos.

Cuando llegué a casa, estaba completamente agotado. La casa estaba sospechosamente silenciosa. ¿Había vuelto la paz a nuestro hogar una vez más? Solo podía esperar que sí.

—Hola, peque —dije, llamando la atención de Jason mientras jugaba a su videojuego—. ¿Está tu hermana por aquí?

Se encogió de hombros. —No lo sé. Antes sí que estaba. Como no me está gritando, no me importa.

Lo cual me pareció una observación bastante razonable.

Fui a la cocina para ver si Lily había empezado a preparar la cena. La cocina estaba a oscuras y en silencio. Solté un gruñido antes de volver al salón.

—¿Lily ha dicho algo sobre la cena?

—No —respondió Jason—. Oye, ¿quieres jugar conmigo?

—Ya sabes que no juego a videojuegos.

Murmuró algo. Probablemente quejándose de que nunca jugaba con él.

—¿Cuándo va a volver la doctora Emma? —preguntó Jason—. Tienes que invitarla otra vez. Ella juega conmigo. Me cae bien. Es simpática.

Era simpática, pero fuera lo que fuera lo que se había roto entre nosotras, y ahora con su marcha de Manhattan Memorial, todo había

terminado de verdad.

—No, no. La doctora Emma probablemente no vendrá en un tiempo.

—¿Pero por qué? —se quejó.

—Los adultos se ocupan y, a veces, simplemente pasa.

—¿Es por lo que hizo Lily?

Negué con la cabeza, pensando en la última vez que Emma había estado aquí y Lily montó una de sus escenas tan dramáticas, volcando una silla para remarcar su desprecio por toda la situación.

—No. La doctora Emma sabe que tu hermana estaba molesta y un poco sobrepasada esa noche. Fue un día duro para todos.

—No hablo de eso —dijo Jason, con la mirada clavada en la pantalla del televisor mientras sus pulgares volaban por el mando del juego.

—¿De qué hablas? —me quedé mirando la parte trasera de su cabeza.

—Oh, nada —dijo rápidamente, como si se diera cuenta de que se le había escapado un secreto.

—Jason. ¿Qué no me estás contando? —pregunté despacio y deliberadamente—. ¿Qué ha hecho Lily?

Empezó a hablar a toda velocidad. —Ya sabes cómo se pone cuando no consigue lo que quiere. Hace que todo sea difícil para todos. Quería meter en líos a la doctora Emma en el trabajo y llamó diciendo algo sobre vosotros dos. Quería que vieras que la doctora Emma no era buena persona, especialmente si veías que se metía en problemas en el trabajo. Y fue cuando Lily se enfadó de verdad. Pensé que la habían pillado y se había metido en un lío. Y entonces tú empezaste a ponerte muy triste y enfadado, y me imaginé que por eso la doctora Emma dejó de venir.

Literalmente me mordí la lengua y rechiné los dientes para no gruñir ni gritar. Necesitaba hablar con Lily.

—Por favor, no dejes que Lily sepa que he dicho nada. Me dijo que me mataría si llegaba a decir una sola palabra.

—¿Desde cuándo llevas guardándome este secreto?

Frunció la cara antes de mirarme. Ya estaba echándose hacia atrás mientras contestaba. —No lo sé, ¿el día después de que la doctora Emma estuvo aquí?

Levanté las cejas y le dirigí a mi hijo la mejor mirada de "sigue hablando" que pude. Su madre habría conseguido que confesara cualquier cosa con solo una mirada emotiva. Yo me esforzaba al máximo por imitarla.

—Entré en la cocina cuando ella estaba haciendo las llamadas.

Me giré para subir las escaleras.

—Dijo que destruiría mi PlayStation —se lamentó.

Solté un suspiro profundo. Esta noche iba a ser larga. No tenía fuerzas para enfrentarme a preparar la cena en este momento. Saqué la cartera del bolsillo trasero y lancé mi tarjeta de crédito al suelo, al lado de donde estaba sentado Jason. —¿Podrías pedir pizza o unos bocadillos para que nos los traigan? Pero sin pasarse, ¿vale?

Subí las escaleras de dos en dos y no llamé antes de abrir de golpe la puerta de la habitación de Lily.

—¡Lily! —rugí.

Ella se sobresaltó, quitándose los auriculares de un manotazo.— ¿Pero qué haces, papá? Menudo susto me has dado.

—Tenemos que hablar en serio.

Puso los ojos en blanco.— Todas las charlas contigo, papá, son en serio.

—No quiero ni tu actitud ni ese tono, y quiero que me cuentes exactamente lo que has hecho.

—No sé de qué hablas. He estado haciendo los deberes.

Puse una mueca, controlando a duras penas mi enfado y recordándome que solo era una cría. Solo una niña que estaba desquitándose porque le dolía todo esto.

—¿Qué le hiciste a la doctora Chen? ¿Qué—? —me interrumpí, negando con la cabeza—. ¿A quién llamaste? ¿De qué iban esas llamadas? ¿Y qué dijiste?

El pánico se apoderó de Lily. Se le puso la piel pálida, los ojos se le abrieron de par en par y la boca se le quedó como una pequeña O al darse cuenta de que esa no iba a ser una conversación agradable.

## 27

# EMMA

El despertador sonó con ese pitido molesto y repetitivo. Solté un gruñido, me giré y me incorporé para salir de la cama.

Por lo visto era otro día espléndido en Los Ángeles, pero ¿cómo iba a saberlo? En mi desesperación por salir de Nueva York, no me dejé tiempo para aclimatarme a la Costa Oeste. Creía que los pisos en Nueva York eran caros, pero el coste de vida en L.A. era absolutamente desorbitado. Mis sueños de encontrar un pequeño bungalow amueblado para alquilar cerca de la playa —eso, solo un sueño. Los bungalows ya no existían junto a la playa.

Encontrar un sitio que estuviera amueblado y dentro de un precio que considerara razonable era de locos. Y necesitaba un coche, pero no me dejé tiempo para ir a comprar uno. Por supuesto, tampoco había investigado lo suficiente sobre el transporte público. L.A. tenía un transporte público decente, pero no era como Nueva York, donde siempre estaba a una o dos manzanas de una parada de autobús o de metro en cualquier momento. En L.A., o vivías justo en una línea de autobús, o estabas desesperado por conseguir un coche. Y yo estaba desesperada por un coche.

El coste de ir al trabajo y volver, aunque no fuera precisamente desorbitado, empezaba a reducir mi presupuesto de una forma para la que no había previsto margen.

Ninguno de estos problemas era realmente horrible. Simplemente, no estaba preparada para la realidad de L.A. El sol siempre brillaba, el clima era deliciosamente cálido, nunca necesitaba chaqueta, y existía un mar inmenso y una playa en algún lugar. Solo que no me había dado tiempo a hacer ni ver ninguna de esas cosas.

Lo poco que había conseguido ver de Los Ángeles, aunque me cueste admitirlo, parecía lo peor de la ciudad. Cada mañana, el Uber que cogía para ir al trabajo acababa atascado en el tráfico, y el atasco nunca parecía despejarse. Era constante por la mañana y constante por la tarde cuando salía del trabajo.

¿Y el hospital?

Eso fue otro error. En mi afán de huir del lío que había montado con Marcus —y del lío que hice con Kevin—, debí haber venido al menos a visitarlo antes. El hospital no era cálido ni acogedor. Era un edificio antiguo, sin ninguno de esos avances modernos a los que me había acostumbrado en el Manhattan Memorial.

Agradecí que durante mi primera semana no me lanzaran de cabeza directamente al fondo del departamento de traumatología. En vez de eso, me ofrecieron una orientación para explicarme cómo funcionaban las cosas en St. Cedars. Pero yo era cirujana de trauma, y tras dos semanas seguía yendo detrás de un internista, tomando notas como si fuera una residente recién llegada o una simple becaria.

—¿Dra. Chen, tiene algún comentario?

Levanté la vista hacia el Dr. Burnett. —¿Perdón?

—¿Iba a decir algo?

Negué con la cabeza. —No.

—¿Seguro? Parecía que tenía usted alguna opinión sobre el tratamiento de la paciente.

Le sonreí a la paciente y volví a negar con la cabeza. —No, en absoluto.

La verdad es que sí tenía opiniones sobre el tratamiento de la paciente. Pero mis preocupaciones no eran necesarias. Solo habrían servido para preocupar a la paciente de manera innecesaria, ya que se referían principalmente al protocolo de comunicación entre el departamento donde fue atendida inicialmente en urgencias y su ingreso a cargo del internista.

—¿Seguro? —insistió.

Solté un suspiro. —Tengo algunas preguntas, pero no están relacionadas con el cuidado de la paciente.

—Un buen internista debe tener conocimientos acerca de todos los aspectos del cuidado de sus pacientes —respondió él.

Sonreí, asentí y estuve de acuerdo mientras seguíamos en la habitación. No fue hasta que salimos cuando hizo una pausa y volvió a interpelarme.

—¿A qué ha venido eso? —preguntó, haciendo un gesto con la cabeza hacia la sala.

Negué con la cabeza. —Nada. Tal y como he dicho, el cuidado posquirúrgico está perfectamente.

—Sí, pero estaba usted pensando en algo.

Tenía razón, pero, de nuevo, mi preocupación no tenía que ver con el tratamiento actual, sino con el inicial. —La paciente acudió para un procedimiento programado, y sin embargo sus formularios de ingreso indican que pasó por urgencias. No he creído oportuno sacarlo en presencia de ella. Solo me ha parecido curioso que el ingreso se hiciera por ese departamento.

Asintió, comprensivo. —Entiendo que era cirujana de trauma.

Asentí.

—¿Y qué le hizo cambiar de idea? ¿Demasiado duro?

Levanté una ceja en su dirección. —No he cambiado de idea. Sigo especializándome en cirugía de trauma, concretamente pediátrica. Solo que ahora también quiero formar parte del equipo que ayuda a crear políticas para garantizar que los pacientes reciban la atención adecuada cuando llegan a urgencias. De ahí mi interés por los ingresos quirúrgicos programados que pasan por dicho departamento.

Me miró con curiosidad.—¿Entonces por qué estás aquí? ¿Por qué haces la rotación de hospitalista? Esto es algo que normalmente solo hacemos con los nuevos residentes o cuando se incorpora un nuevo hospitalista al equipo.

Tocaba mi turno de mirarle con la misma expresión interrogativa.—¿Sinceramente? Pensaba que esto era simplemente la manera que tiene el hospital de hacer la orientación.

Él tarareó pensativo y asintió.—Bueno, ¿vamos?—Indicó la habitación del siguiente paciente.

—Si no te importa—empecé,—como no voy a ser hospitalista, y por lo que tú sabes, esto no es un procedimiento habitual, quiero hablar con RRHH para asegurarme de que no se ha pasado por alto nada. Luego te alcanzo.

Él asintió, aparentemente despreocupado.—Deberías poder encontrarme aquí fuera, pasando la visita.

Yo también asentí, dedicándole una sonrisa tensa antes de salir pitando hacia administración.

Sylvia tenía esa misma sonrisa radiante que mostraba siempre en nuestras reuniones por Zoom.—Doctora Chen, ¿cómo va todo?—preguntó al verme entrar en su despacho.

—En realidad, quería preguntarte algo sobre eso—dije mientras entraba y me sentaba.—Estaba acompañando al Dr. Burnett.

—Ah, sí, es uno de nuestros hospitalistas. Es muy bueno en su trabajo.

Asentí de acuerdo.—Pero tengo una pregunta para ti—admití.—Parecía un poco... confundido. Quizás no confundido, pero sí extrañado de por qué me habían puesto en su agenda en primer lugar.

La sonrisa de Sylvia no cambió. Seguía completamente congelada.

—Verás, creía que me habían asignado con él solo para tener una introducción al hospital y a todo, lo cual tenía sentido la semana pasada. Pero esta es mi segunda semana, y no he estado en el departamento de urgencias más que para una visita rápida.

Fruncí el ceño.—¿No sería mejor que estuviera trabajando realmente en mi departamento, viendo cómo funcionan allí los procedimientos y las políticas? Ya que ahí es donde tendrían sentido los cambios que pueda proponer.

Sylvia hizo un gesto pensativo, dándose un momento para reflexionar sobre lo que decía.—Tiene sentido visto así—admitió después de una pausa.—Veré qué puedo averiguar.

Le di las gracias.—Si necesitas localizarme—dije, levantando el móvil, —ya sabes cómo contactarme.

Al menos en eso, los dos hospitales se parecían. Ambos utilizaban la misma función de mensajería, así que no tenía que descargar ni aprender una aplicación nueva.

Sylvia no pudo darme ninguna respuesta, y cuando traté de localizar al hospitalista responsable del departamento de urgencias, me encontré con muchas miradas perplejas. No solo no esperaban que apareciera, sino que ni siquiera sabían que se había contratado a

alguien nuevo para su departamento. Esto empezaba a no tener buena pinta.

El resto del día lo pasé acompañando al Dr. Burnett. Era bueno en su trabajo, eso se lo reconozco. Sería un gran mentor para cualquier residente que esté empezando en un hospital y aprendiendo a tratar con pacientes asustados, heridos o difíciles. Pero los dos sabíamos que estaba malgastando el tiempo de alguien. El problema era que no tenía claro de quién—el suyo, el mío o el de otra persona.

Estaba claro que no tenía ni idea de qué hacía en Los Ángeles, y empezaba a pensar que nadie más lo sabía tampoco.

Echaba de menos Nueva York. Echaba de menos a mi abuela.

—Genial—murmuré cuando vi una cucaracha cruzarse en mi camino al abrir la puerta y encender la luz del piso. Quizá a eso se referían cuando decían que Los Ángeles no era tan diferente. Desde luego, los bichos parecían exactamente los mismos.

Puse agua a hervir para hacerme un té y miré la hora. Era tarde en Nueva York, pero no tanto como para pensar que mi abuela ya dormiría. Mientras sonaba el teléfono y esperaba que descolgara, me pregunté si me había pasado de hora.

—Emma—me saludó al contestar.

Sentí cómo el alivio me inundaba de pronto.—Hola, Zumu—respondí.

—Se te nota agotada. ¿Por qué no has venido a verme?

—Me he mudado a California, ¿recuerdas?

—Ay, pensaba que lo decías por decir. ¿De verdad lo has hecho?

—De verdad lo he hecho.

—¿Has visto ya a algún actor de cine?

Me encantaba su entusiasmo.—Todavía no. Quizás la semana que viene—bromeé.

—Bueno, tienes que avisarme si conoces a alguno—me insistió.

—Por supuesto, serás la primera persona en saberlo.

Escuchar su voz era un consuelo.—¿Te enfadarías si volviera a Nueva York antes de ver a ningún actor?—le pregunté.

—¿Cómo? ¿A qué te refieres?

—Creo que Los Ángeles no es para mí. Yo... no sé qué hago aquí.

—¿Has ido ya a la playa?

—Ni siquiera he ido a la playa. Solo trabajo.

—¿Y te fuiste a Los Ángeles para eso? Eso podías haberlo hecho aquí, en Nueva York. No has visto a ningún actor, no has pisado la playa, ¡ni siquiera has probado el surf! ¿Para qué te has ido a California?

Me reí. Como si yo supiera hacer surf. Pero tenía razón. No había hecho nada diferente en California que no pudiera hacer en Nueva York. Y allí también había muchos hospitales donde habría podido encontrar trabajo... aunque las posibilidades de toparme con Kevin eran mucho mayores allí que aquí.

—Todavía tienes tu piso, ¿verdad?

—Creo que sí. Iba a alquilarlo, pero...—Era algo que tendría que plantearme.

Mientras escuchaba a mi abuela contarme las locuras de sus vecinos —historias que nunca habría imaginado en Los Ángeles—me di cuenta de que tenía que tomar una decisión importante.

## 28

# MARCUS

¿Qué clase de hombre era yo? La mujer por la que decía estar empezando a sentir algo llevaba más de una semana fuera antes de que me diera cuenta. Eso no decía nada bueno de mí. Desde luego, no sería precisamente un buen argumento cuando me la encontrase de nuevo.

Ella tendría todo el derecho del mundo a señalar que era un idiota, porque ni siquiera era capaz de coger el teléfono y llamarla o mandarle un mensaje. Tenía a mi disposición varios medios para comunicarme con ella. Si no los aprovechaba, era enteramente culpa mía.

Así que, cuando no respondió a mis primeros mensajes ni contestó al teléfono, básicamente no podía culpar a nadie más que a mí mismo. ¿Y utilizar a Lily como excusa? Eso era de cobardes. Ella no tenía nada que ver con que yo no hubiese contactado con Emma a tiempo. Ya era hora de tragarme el orgullo.

Volví a mirar el móvil. Sin respuesta. Mi mensaje seguía en leído.

¿Cómo se suponía que iba a ponerme en contacto con Emma para decirle que lo sentía si me había bloqueado? Parecía excesivo. Quizá tendría que haber sido más comprensivo. Al fin y al cabo, la

administración y su ex, Kevin, realmente se habían propuesto arruinarle la carrera.

Quería que entendiera que me sentía entre la espada y la pared entre Lily y la amenaza no del todo explícita de James Collins. La creía cuando decía que Kevin intentaba causarle problemas laborales, y quería que supiera que estaría a su lado y la apoyaría, aunque últimamente no lo hubiera demostrado precisamente bien.

Quería que supiera lo mucho que realmente echaba de menos su presencia en mi vida, algo que jamás pensé que me pasaría. Necesitaba que supiese cuánto la echaba de menos, cuánto me importaba—algo que sinceramente creí que no volvería a sentir después de perder a Blair.

Emma era importante para mí, y necesitaba desesperadamente hacérselo saber. Así que, por mucho que mi hija intentara impedirlo, era mi responsabilidad reconocer y corregir la situación. Si no me cogía el teléfono, quizá al menos me hablaría si me presentaba en su puerta. Tenía mucho por lo que compensar.

Llamé a Jason, después de haberle quitado el móvil a Lily como castigo. —Solo quería avisarte de que tú y tu hermana estáis solos para cenar esta noche. Tengo que hacer algo después del trabajo.

—¿Podemos pedir pizza? —preguntó Jason.

—Nada de pizza —dije—. Hay comida en casa y tenéis tiempo de sobra para preparar algo.

Escuché su gruñido de decepción a través del teléfono. —Bueno, ¿y tú qué vas a cenar? —preguntó.

—Cenaré con una colega —dije, con esperanza.

—¿Vas a ver a la doctora Emma? —preguntó alegremente.

—No lo sé —respondí—. Es como… no sé siquiera si estará allí.

—Si está, salúdale de mi parte.

—Lo haré —dije. Desde luego, eso esperaba.

Si todo salía bien, cenaría con Emma. Y si iba realmente bien, me quedaría hasta tarde.

Entré en el vestíbulo del edificio de Emma. —Vengo a ver a Emma Chen —le dije al portero.

—Ah, sí, claro —respondió él—. Puedes subir.

Sabía que no iba a anunciarme—no era ese tipo de edificio. Pero algo me resultaba raro. Cuando llegué al piso de Emma, la puerta estaba abierta, había una pila de cajas de mudanza apiladas justo fuera, y una mujer vestida con un caro traje de diseñador permanecía apoyada contra la jamba de la puerta, marcando el suelo con el pie.

—¿Cuánto más vas a tardar? —dijo al aire.

—¿Perdón? —pregunté, acercándome a la puerta.

Ella levantó la vista. —¿Puedo ayudarte en algo?

—Sí, vengo a ver a la doctora Chen —dije.

—¿Otro más? —suspiró—. No me habló de ti. Si necesitas recoger tus cosas, pasa y cógelas.

—¿Perdón, qué? —pregunté.

Ella empezó a hablar despacio, articulando cada palabra con cuidado. Algo que empezaba a notar... cada vez que preguntaba algo sobre Emma, la gente solía hablarme como si fuera tonto.

—No me había dicho que habría más de uno de vosotros. Adelante, pasa y coge tus cosas. No puedo estar aquí todo el día.

—Disculpa, ¿quién eres tú? —pregunté al entrar en el piso—. ¿Y quién crees que soy yo?

Ella frunció los labios e intentó disimular una mueca de fastidio, sin mucho éxito.—Eres uno de sus ex que ha venido a recoger sus cosas.

Bueno, no creía que lo que hubiese habido entre nosotros llegase a merecer el calificativo de ex, pero aun así me dolió oírlo de esa manera.

Una carcajada profunda y grave llegó desde el interior del piso.—Se ha ido a Los Ángeles, tío. Tampoco te lo ha dicho, ¿eh?

Levanté la vista y vi a Kevin Thompson.

—¿Qué haces aquí? —solté bruscamente.

—Soy el ex que tiene sus cosas aquí, y tú eres solo el pringado con el que empezó a salir para darme celos.

Gruñí.—No soy ningún pringado. ¿Dónde está Emma?

Kevin volvió a reír, como si todo esto le hiciera gracia.—Oh, me han asegurado que se ha marchado del edificio, por así decirlo. Se ha mudado a Los Ángeles.

Kevin se acercó hasta donde yo estaba con la agente inmobiliaria.—Esto es todo. Dudo que este pringado tenga algo aquí.

—Bien. Ya era hora. Has tardado lo tuyo —dijo ella.

Kevin añadió la caja que llevaba en brazos a la pila del pasillo.

—¿Seguro que no tienes nada ahí dentro? —me miró con recelo.

—Nada —admití.

—¿Podemos darnos prisa? —Indicó con un gesto de la mano que quería que saliésemos del piso.

Salí yo primero, seguido de Kevin con otra caja. La mujer salió la última y cerró la puerta con llave tras de sí.

—¿Qué le has hecho a Emma? —afronté a Kevin.

—Deberías darme las gracias —dijo él—, por haber quitado a Emma de en medio. Esa mujer tenía delirios de grandeza, pensando que algún día dirigiría un servicio de urgencias.

—¿Delirios de grandeza? ¿Eso es lo que crees que era todo esto? —pregunté.—Emma debería dirigir un servicio de urgencias. Es brillante, serena y exactamente el tipo de persona que quieres en una emergencia.

—Era una entrometida sabelotodo, intentando decirnos a todos lo que teníamos que hacer. Créeme, así es mejor.

—De entrometida nada —apreté los puños.

Kevin se burló.—Estaba decidida a destrozar mi carrera, y deberías darme las gracias por librarte de ella antes de que arruinase la tuya.

—No vuelvas a hablar de Emma así —gruñí—. Y como me entere de que la has puesto a parir, te encontraré, y no será solo tu cara la que acabe contra el suelo.

—Menuda amenaza más absurda —escupió Kevin—. No eres ningún tipo duro de peli de acción. No tienes ni idea de con quién te estás metiendo —dijo.

Le dirigí una mirada fulminante.—Me da igual. Solo quiero que te largues.

—Estoy en la junta de revisión de tu hospital.

—¿Y crees que me importa?

Cerré los ojos y negué con la cabeza, intentando aplacar el enfado que me hervía en el pecho. No, no era ningún tipo duro de película. Las amenazas eran una tontería. ¿Por qué no pasar directamente a los hechos?

Había pasado años como cirujano de combate, lo que significaba que me había entrenado con soldados y expertos en lucha. Sabía pelear. No solo podía defenderme, sino que sabía cómo derribar a un

enemigo. Y ahora mismo, cada célula de mi cuerpo gritaba que el hombre que tenía delante era mi enemigo.

Kevin resopló.—¿Te crees muy duro? ¿Un experto en kárate o qué? —se burló—. No querrás pelearte conmigo. Kevin apretó los puños con una postura de boxeador.

—Apártate. No te iba a gustar el resultado si probabas suerte — musité.

Hay una razón por la que los expertos en artes marciales se muestran así en las películas: porque los verdaderos luchadores no quieren meterse en una pelea si no es absolutamente necesario. Y a mí me habían enseñado a no tener piedad. Me habían enseñado a dejar fuera de combate.

Kevin empezó a rebotar sobre la punta de los pies como un boxeador, con los puños en guardia junto a la barbilla.

—¿En serio? —pregunté, sin inmutarme.

Negué con la cabeza y me giré para marcharme, pero él lanzó un golpe.

Su brazo se echó hacia atrás, anunciando el puñetazo con tanta antelación que parecía verse a cámara lenta. Ni siquiera tuve que pensarlo. Simplemente me aparté, dejando que su puño pasara de largo. Cuando perdió el equilibrio, agarré su otro hombro, le hundí la rodilla en la espalda y lo estampé contra el suelo de hormigón.

Mientras le apretaba la cara contra el suelo frío, solté entre dientes: —Si alguna vez—

Me detuve. No merecía la pena.

Me incorporé, me giré y me marché, atravesando la salida hacia la escalera. Mientras la puerta se cerraba tras de mí, escuché a Kevin gemir y el timbre del ascensor.

## 29

# EMMA

L.A. no fue nada amable conmigo. Eso de 'California dreamin" no era más que una gran y horrible broma a mi costa. Tenía tantas esperanzas puestas en encontrar aquí un nuevo futuro. Pero, en realidad, no fue más que una lucha tras otra.

Me habían mentido sobre el trabajo y me dejaban cuestionándome qué hacía yo realmente en St. Cedar's y qué estaba pasando en verdad. Me habían contratado en unas circunstancias poco honestas, y aquello empezaba a sacarme de quicio. Incluso después de hablar con Sylvia, de quien descubrí que siempre llevaba la misma sonrisa puesta—debía de pensar que le hacía parecer amable, pero a mí me empezó a parecer de lo más maniática—, seguía pasando la mayor parte del tiempo haciendo cosas fuera de mi área de especialización, o incluso de aquello para lo que me habían contratado.

Yo era cirujana de trauma, especializada en optimización de procedimientos, no una generalista a la que se pudiera trasladar de departamento en departamento para tapar huecos cuando faltaba algún médico. En el gran esquema de las cosas, ese fue el primer revés de mi mudanza a L.A.

Y encima fue un golpe bastante duro, porque en menos de una semana desde que compré mi primer coche—el único que había tenido en mi vida—me lo robaron.

Empecé a dudar de cada decisión que tomaba. Aunque la policía consiguiera encontrar mi coche intacto—cosa que nadie creía—, ni siquiera estaba segura de querer recuperarlo. ¿Cómo iba yo a saber que había comprado el coche más robado de todos? ¿No deberían haberme advertido de eso la aseguradora o el concesionario? Y hasta que la policía encontrara el coche o el seguro tomara una decisión, me veía obligada a seguir pagando por algo de lo que ni siquiera tenía la posesión.

Todo era un desastre, y cada vez se iba complicando más.

El estrés desajustó mi cuerpo por completo. No solo no hacía el trabajo que me habían prometido, sino que encima seguía teniendo que coger un Uber para ir a trabajar, y ahora, para rematar, mi piel decidió que era el mejor momento para montar una escena digna de la adolescencia. Me salieron granos en la barbilla y mi regla decidió ir por libre.

No es que la echara de menos—nunca he sido precisamente fan de esa característica en particular de ser mujer. Cuando empecé la pubertad, mi cuerpo tardó casi dos años en coger un ritmo regular. Y desde entonces, ese ciclo no había fallado nunca, ni siquiera cuando cambié de método anticonceptivo. Tenía que estar realmente sometida a un nivel de estrés importante para que algo se desajustase. No conozco a nadie que lo considere una buena señal.

En realidad, no le di demasiadas vueltas a mi ausencia de regla—mi atención estaba volcada por completo en intentar reducir los otros factores de estrés en mi vida—hasta que tuve que hacer una guardia en la planta de maternidad. Yo era la hospitalista asignada a cualquier paciente que llegara a paritorios sin su propio médico de guardia. Sabía cómo traer un bebé al mundo, pero aquello me quedaba tan lejos de mi especialidad que pasé la mayor parte del día con el ánimo por los suelos.

Como solo tenía una paciente en ese momento, estaba revisando los historiales de otras pacientes y escuchando a las enfermeras charlar. No es que estuviera sin nada que hacer. Más bien me sentía atrapada en una de esas pesadillas en las que tienes menos de cinco minutos para empollarte un examen del que todo el mundo sabe menos tú, que te acabas de enterar. Lo único peor que los sueños de exámenes sorpresa eran esos en los que aparecías en clase completamente desnuda. Ambos sueños significan un nivel de estrés extremo. No solo tenía esos sueños: ¡parecía que los estaba viviendo! Por ejemplo, se esperaba que atendiera un parto en las próximas horas.

Una mujer fue derivada a nuestra unidad desde urgencias. Llegó con dolores abdominales intensos y calambres. No presentaba otros síntomas como vómitos y ya le habían extirpado la vesícula. Para su gran disgusto, la enviaron con nosotras porque estaba embarazada y a punto de dar a luz.

—No entiendo cómo alguien puede estar embarazada y no darse cuenta —comentó una enfermera joven a sus compañeras en la estación de enfermería.

—Bueno, no todo el mundo tiene la regla de forma regular —respondió otra enfermera.

—¿Y qué pasa con el aumento de peso y la tripa de embarazada? —preguntó la enfermera más joven.

—No todo el mundo engorda mucho, y tampoco todo el mundo lo hace en la zona del vientre —explicó la enfermera más mayor—. No todas desarrollan barriga de embarazada. Todo depende de la constitución de cada una.

—¿Cómo que no todas desarrollan barriga de embarazada? —pregunté.

—Una mujer más alta no va a desarrollar tanto vientre de embarazo como podría hacerlo una mujer más baja. Hay mujeres que tienden

a coger todo el peso en las caderas y el trasero. El abdomen solo se les rellena un poco. Da la impresión de que han cogido peso y no de que estén embarazadas. Y si además ya tenía la regla irregular, o dependiendo del tipo de anticonceptivo que usase, puede no darse cuenta de que está embarazada en absoluto.

Para entonces, ya había cogido el historial de la paciente. Si no tenía ginecóloga propia, técnicamente ahora era mi paciente.

—¿Ya han avisado a la doctora Moore? —pregunté mientras leía el nombre de su médica.

—Sí, la han llamado. Por lo visto está tan sorprendida como la paciente, que creía estar en la menopausia.

La paciente tenía poco más de cuarenta años y solo había cogido algo de peso más o menos cuando dejó de tener la regla. Todo encajaba perfectamente: pensaba que estaba en la menopausia, no embarazada.

—Eso lo explica —dijo la enfermera mayor con un asentimiento cómplice.

—¿Quieres decir que se puede quedar embarazada estando en la menopausia? —preguntó la más joven.

—Ese primer año de la menopausia puede ser complicado. Si crees que es menopausia pero no estás segura, claro que puedes quedarte embarazada.

Eso tenía sentido para mí. La paciente, sin saber que en realidad no estaba en la menopausia, seguramente no había tenido tanto cuidado como lo habría tenido de otro modo. Mientras las dos enfermeras debatían los matices de los embarazos inesperados a cierta edad, empecé a preguntarme si realmente mi falta de regla se debía solo al estrés... o a algo más intenso.

Como, por ejemplo, estar embarazada sin buscarlo.

No era precisamente algo que hubiera planeado. No era una sorpresa que fuese a recibir con alegría. Pero, teniendo en cuenta cómo se había desarrollado mi vida últimamente, perfectamente podía estar embarazada.

No conseguí sacarme la idea de la cabeza en todo el día. Rodeada de embarazadas, lejos de tranquilizarme, cada vez estaba más convencida de que yo también lo estaba. En cuanto tuve ocasión, fui a una farmacia y cogí un test de embarazo casero.

Me quedé mirando el trozo de plástico blanco y pastel, que parecía un rotulador, seguí las instrucciones y esperé a que se completase la prueba.

Resultado positivo.

Dejé escapar un leve suspiro de resignación al ver que el test confirmaba lo que ya sospechaba. Por supuesto que estaba embarazada. Ya nada resulta fácil últimamente.

Esto sin duda iba a cambiar algunas cosas. La primera, decidir si iba a seguir en este trabajo o no. Si realmente estaba embarazada, quería estar cerca de mi familia. Y eso significaba mi abuela, en Nueva York.

Pero si estaba en Nueva York, también significaba que debía averiguar cómo contárselo a Marcus. 'Sorpresa. Vas a ser padre otra vez.' Era una conversación que no me apetecía tener en absoluto.

El primer paso era preparar una estrategia para dejar Los Ángeles. No pensaba quedarme. No con este cambio en mi vida. Si tenía en cuenta que el puesto en el hospital no era el que realmente había aceptado, no creía que tuviera problemas para marcharme—no habría incumplimiento de contrato ni nada parecido. Además, si St. Cedar's quería tomar alguna medida, los que primero rompieron el contrato fueron ellos.

Ahora solo necesitaba averiguar qué quería hacer la compañía de seguros con el coche que ya no necesitaba. Nunca antes había

necesitado tener coche en Nueva York y no iba a empezar ahora. Solo me quedaba por resolver dónde iba a vivir.

Solo que, me di cuenta de que mi agente inmobiliaria aún no había encontrado inquilino. Seguía teniendo mi piso.

Solté un suspiro de alivio. Tenía un sitio donde vivir, y eso hacía que todo lo demás no pareciera tan abrumador. Y entonces recordé que a James Collins le había decepcionado mi marcha. Tal vez estaría dispuesto a readmitirme en el Manhattan Memorial.

No lo sabría hasta preguntar. Miré la hora en el móvil. Ya era demasiado tarde para esperar que James estuviera en su despacho. Hice un rápido cálculo de la diferencia horaria y me di cuenta de que él estaría de nuevo en la oficina antes de que yo me fuera a trabajar por la mañana.

Puse la alarma para levantarme pronto y hacer unas cuantas llamadas. Tenía que cancelar los servicios de Kathleen Jansen y ponerme en contacto con James en el Manhattan Memorial.

## 30

# MARCUS

Cuando llegué a casa, todo estaba a oscuras, las luces apagadas, y supuse que los niños ya estarían en la cama. El golpeteo constante de la lluvia hacía que el espacio en casa pareciese aún más recogido. Encontré un plato cubierto con film transparente y la cena de la noche guardada en la nevera, esperándome. En noches como esta es cuando más echaba de menos tener a alguien a quien volver, alguien que me esperase despierto y no se metiera a la cama porque al día siguiente tenía clase.

Mientras mis pensamientos vagaban hacia Emma y no hacia Blair, me di cuenta de cuánto había llegado a pensar realmente en esa mujer. Ya no dependía de los recuerdos de Blair para seguir adelante cada día, sino que eran los pensamientos sobre Emma y lo que podríamos haber tenido los que me impulsaban.

Ella estaba en Los Ángeles y yo aquí, con un par de adolescentes. Y solo ahora empezaba a darme cuenta de que estaba enamorado de ella.

Hice lo de siempre. Saqué la cena de la nevera. La metí en el microondas, preparé mi sitio en la mesa, hasta con la servilleta doblada y el cuchillo y el tenedor. Había algo en ese ritual de cenar

con un mínimo de formalidad que me ayudaba a dar por terminado el día. Nada me impedía engullir la comida de pie junto al fregadero salvo el esfuerzo por mantener mi propia humanidad. Me planteé si las tensiones del día merecían una copa o no.

Al volver a la cocina, me quedé de pie frente al frigorífico abierto, mirando las pocas botellas de cerveza que habían quedado en el fondo. ¿Cuánto tiempo llevaban allí? En realidad no había bebido desde hacía bastante. Fue una elección deliberada. Dejé completamente de consumir alcohol en los meses posteriores a perder a Blair, porque ese era un agujero demasiado fácil en el que caer y terriblemente difícil del que salir.

No quería ser ese hombre. No podía ser ese padre.

Cerré la puerta del frigorífico, ignorando la cerveza, y, sacando un vaso del armario, lo llené de hielo del dispensador de la nevera y luego lo llené de agua. Probablemente estaba deshidratado, de todos modos.

Cuando terminé de cenar, me encargué de los platos y terminé de limpiar la cocina. Tenía que asegurarme de decirle a Lily lo mucho que valoraba sus dotes culinarias y que sin duda estaban mejorando.

Sentí alivio al ver que ya no canalizaba su enfado conmigo en las comidas que preparaba las noches que le tocaba cocinar. Aunque un sándwich de mantequilla de cacahuete y mermelada era comida, no llegaba a sentirse como una cena.

La semana que viene tenía cita con su terapeuta, así que me aseguraría de comentarle esta mejora en su actitud. Uno de mis deberes en terapia era señalar cuando Lily hacía algo bien y no centrarme en los problemas o en las áreas donde creía que podía mejorar, sino enfocarme en lo positivo. Necesitaba ver que aún confiaba en ella, aunque se hubiese equivocado, y necesitaba ver que no la culpaba de todo.

Mi hija estaba sufriendo. Era mi tarea hacer lo mejor posible para aliviarle el dolor del mundo. Así que yo también tenía deberes.

Con el lavavajillas en marcha y la casa aún en silencio, con todos menos yo dormidos, empecé a pensar otra vez en aquella copa. Sería agradable sentarse solo a solas con mis pensamientos y el sonido de la lluvia. Ese tipo de escenario contemplativo no era para una cerveza, sino que merecía algo un poco más especial.

Cogí un vaso bajo del armario y dejé caer un par de cubitos de hielo antes de llevármelo al aparador del comedor donde se guardaban las cosas buenas. Elegí un whisky escocés añejo y me serví un par de dedos. Al fin y al cabo, quería sentarme y saborear, pensar en el universo y en Emma. No lo hacía para emborracharme rápido.

Por desgracia, fue entonces cuando mi reloj emitió un aviso de mensaje entrante.

—¿Quién demonios me estará escribiendo ahora? —dije en voz alta mientras dejaba el vaso y tocaba la pantalla de mi reloj. Era tarde, y realmente no conocía a nadie que pudiera escribirme aparte de los niños, y los dos estaban dormidos. Se me encogió el estómago un instante al pensar que los padres de Blair todavía podrían contactarme en caso de emergencia.

Era un mensaje del hospital. Solté el aire despacio, aliviado al saber que no eran mis suegros. Acababa de terminar mi turno y no estaba de guardia, así que ese mensaje era preocupante. Dejé el vaso de whisky sobre la mesa y fui a la otra habitación a coger el móvil.

Marqué al departamento. —Walker al habla, ¿qué ocurre?

—Ah, menos mal, doctor Walker. ¿Está disponible? Ha habido un accidente en el metro y necesitamos a todos los que podamos reunir.

—¿Tan grave es?

—Es grave. Ya está en todas las noticias, y va a ser la noticia principal durante los próximos días. Sé que acaba de finalizar su turno, pero si es posible, sí, si puede venir, le necesitamos.

—Voy para allá ahora mismo —dije.

Cogí el vaso de whisky y lo miré como si fuera a tener que cancelar una cena con un viejo amigo. Negué con la cabeza, decepcionado.

Por un momento pensé en volver a verter el whisky en la botella, pero el hielo ya había empezado a derretirse y desde luego no quería estropear lo que quedaba. Me llevé el vaso y su contenido a la cocina y lo eché todo al fregadero. —Quizá la próxima vez.

Revolví en el cajón de los trastos de la cocina hasta que encontré un bloc de notas y les dejé a los niños un recado. Si mandaba un mensaje a Jason, el sonido le despertaría. Lily aún no tenía de vuelta su móvil por el castigo.

Con todo en casa en orden, llamé a un taxi y fui al hospital.

Durante el trayecto, mi taxista preguntó: —¿Qué te hace salir con este tiempo? ¿Adónde vas a estas horas de la noche?

—Manhattan Memorial —respondí.

—Espera, ¿quieres que te lleve al Manhattan Memorial? ¿Al hospital? City General está más cerca si necesitas urgencias.

—No necesito urgencias. Tengo que ir al Manhattan Memorial.

—Tardaremos un poco más de lo habitual. El tráfico es un caos. Basta que caigan cuatro gotas y la gente se olvida de cómo conducir. Además, pasa algo con el metro y algunas calles están casi cerradas. ¿Te has enterado?

—Por eso voy —dije.

—Vaya, no tendrás a alguien implicado, ¿verdad? —preguntó, y parecía sinceramente preocupado.

—No, no, soy médico de urgencias. Me han llamado para que vuelva a ayudar.

—Esta noche os van a necesitar. He oído que la cosa está muy mal.

—¿Sabes algo? ¿Han dado detalles? —pregunté—. Solo me he enterado cuando me han llamado para ver si podía ir. No he tenido oportunidad de mirar nada en el móvil.

—Todavía no hay detalles claros. Solo he escuchado que un vagón se salió de las vías y hay mucha gente herida. Y algunas líneas van a estar cerradas durante días. Va a ser una pesadilla organizarse por la ciudad durante un tiempo. Como si no lo fuese ya, ¿verdad? Eso significa más carreras de taxi para mí. No es que le desee esto a nadie solo para ganar más, ¿sabes? Pero cuando el metro no funciona y está lloviendo, siempre hago unas horas extra. A la mujer no le molesta el sobretiempo cuando se traduce en más sueldo, ¿verdad?

—Te entiendo —dije.

Su charla me entretenía durante el trayecto. Tenía razón, el tráfico estaba imposible esta noche y tardamos más de lo habitual.

En cuanto llegué al hospital, fui directamente a urgencias para ver cuál era la situación, y al llegar era un auténtico caos.

—Ay, doctor Walker, me alegro tanto de que esté aquí —dijo Rosa Hernandez, con alivio en la voz.

—¿Qué tenemos?

Los detalles eran confusos, pero al parecer varios vagones habían salido de las vías. Puede que hubiera habido una colisión, aunque nunca supe si fue entre varios trenes o si uno chocó contra algún equipo de las vías.

—Estamos al límite de pacientes, pero siguen llegando más —dijo otra enfermera de admisión.

—¿No podemos desviarlos al centro? ¿Qué tal City General, o New York Medical? —pregunté.

—Nos están enviando a los suyos. Además, esta noche es un caos. La mitad de nuestros pacientes ni siquiera son del incidente —añadió Rosa.

No me necesitaban en triaje. Yo estaba para cirugía, así que me vestí y me lavé a conciencia.

## 31

# EMMA

Con la lista de necesidades de los pacientes en la mano, me abrí paso en Urgencias para comprobar el estado de la intervención quirúrgica y de ese paciente en particular. Necesitaba quirófanos. Tenía médicos y pacientes esperando en fila. Y no sabía qué estaba ocurriendo ni tenía una hora estimada de finalización.

—¿Cómo va todo por aquí? —pregunté a la sala en general.

—Fuera de aquí —fue lo único que escuché gruñir al cirujano. Sinceramente, ni siquiera me había dado cuenta de que era Marcus hasta que reconocí su voz.

—Sin ánimo de molestar, Dr. Walker —llamé—. Solo necesito asegurar la programación. Sé que usted es consciente de lo que tenemos entre manos aquí fuera.

Siguió murmurando entre dientes. Estaba claro que no iba a conseguir una respuesta cooperativa por su parte.

—Lo siento, Dra. Chen, sencillamente no vamos a poder apresurarnos en esto —dijo al fin una de las enfermeras.

—Vale, de acuerdo —dije. La verdad, esperaba una respuesta más favorable. Tenía a un paciente que necesitaba entrar en quirófano de inmediato, y lo último que alguien quería era tener que hacer una cirugía de urgencia en la propia sala de urgencias. Pero si tenía que ser así, así sería.

Mi trabajo, en medio de este caos, era conseguir que los pacientes más graves recibiesen tratamiento primero. Negando con la cabeza, comencé a marcharme. No había absolutamente nada positivo en toda esta situación y, aun así, por alguna razón, James Collins pensó que yo era la persona adecuada para estar en medio de todo lo que ocurría. Al menos James entendía la necesidad de que alguien coordinase nuestro proceso de triaje, especialmente en una noche como esta. Y por eso me habían llamado.

Solo llevaba un poco más de una semana de vuelta en Nueva York y, aunque oficialmente aún no tenía trabajo en el Manhattan Memorial ni en ningún otro sitio, comprendía la importancia de mi papel aquí esta noche. Era, exactamente, para este tipo de situación para lo que necesitábamos protocolos establecidos. Era lo que Marcus había querido hacer, y lo que yo creía que me había mudado a Los Ángeles para implementar.

Parte de mí luchaba por no poder ser cirujana en ese momento. Esos pacientes necesitaban mi ayuda, pero entendía la importancia de que todo funcionase lo mejor posible. Y estaba perfectamente preparada y dispuesta a ser esa persona. Era como una controladora de tráfico, solo que en lugar de vehículos, gestionaba a cirujanos y pacientes.

Para eso me había llamado James, incluso después de lo que él consideró una presentación desastrosa—aunque desde entonces tuve oportunidad de explicarle mi perspectiva sobre lo que realmente salió mal. James conocía de sobra a Kevin y cómo le gustaba complicarme las cosas, así que estaba bastante segura de contar con la simpatía de James, y de que en este caso estaba de mi lado.

—¿Dra. Chen? —Marcus sonó confundido al decir mi nombre.

Detuve la puerta antes de que llegara a cerrarse del todo tras de mí. —¿Sí, Dr. Walker?

—Pensé que estabas en Los Ángeles.

—Lo estaba —respondí—, pero ahora he vuelto.

—¿Por qué? ¿Qué ha pasado?

Solté un suspiro largo. —L.A. no funcionó, pero ahora no es el momento de entrar en detalles. Ahora mismo tienes algo que reclama tu atención y yo tengo que encontrar un quirófano para este paciente. Si me disculpas.

Por fin me escabullí fuera de la sala. El corazón me latía con fuerza en la garganta. No había contado con encontrarme con Marcus. Y, desde luego, no pensé que el hecho de verlo me afectase de este modo. No es que no supiese que iba a estar aquí; simplemente, era como si, de alguna forma, hubiese conseguido olvidarlo todo.

Esa noche se hizo interminable. Teníamos pacientes del accidente de metro, y parecía que los conductores hubiesen elegido la lluvia de esa noche como excusa para olvidarse de conducir. El servicio de urgencias estaba más desbordado de lo que jamás recordaba.

Como me encontraba en la posición única de actuar como enlace entre los equipos de emergencia que llegaban a nuestra puerta, las enfermeras y los cirujanos de trauma, todo funcionaba a la perfección, como un engranaje bien engrasado. No volví a ver a Marcus hasta que estaba con el equipo trasladando a un nuevo paciente al quirófano, prácticamente al mismo tiempo que sacaban a su último paciente. Se quitó los guantes quirúrgicos mientras me miraba.

—¿Y este, por qué ha venido? —preguntó.

Bajé la mirada a mi historial, pero la doctora Morgan irrumpió en la sala, con los codos doblados y las manos limpias en alto para no

tocar nada.

—¿Es este el chaval que se ha empalado? —preguntó.

—Sí. Tiene una laceración intestinal y parte de la barra sigue en su sitio.

—¿Entonces este no es mío? —preguntó Marcus.

—No, doctor Walker, puede irse a asear, y averiguaré quién es el siguiente en la lista para usted.

Dejé que mi dedo recorriera la hoja de pacientes, repasando mis notas para decidir a quién priorizar a continuación. Al final había un garabato con otra letra. —*Para que lo sepas, Walker lleva aquí desde las diez*.

Miré el reloj y parpadeé un par de veces. Pasaba apenas de medianoche. Me costó un instante darme cuenta de que se refería a las diez de la mañana, no de la noche.

Seguí a Marcus al pasillo.

—¿Por qué estás aquí, Emma? —me preguntó de nuevo.

—James Collins pensó que el hospital podría necesitar mi ayuda para priorizar pacientes, ya que recibíamos casos de tantos accidentes distintos.

—¿Por qué no te has lavado para entrar en cirugía?

Le contesté con sinceridad: —Porque ahora mismo tenemos más cirujanos que quirófanos disponibles donde puedan trabajar.

—¿Eso significa que has vuelto al Manhattan Memorial?

Me encogí de hombros. —Al menos esta noche estoy de guardia.

—¿Cómo lo llevas? —pregunté.

—Ahora mismo me sostienen la adrenalina y la cafeína.

Tapé la nota con el pulgar y le enseñé la carpeta. —Aquí pone que llevas casi catorce horas aquí.

—He tenido un buen descanso a mitad de turno antes de que me volvieran a llamar. Incluso he conseguido llegar a casa para cenar antes de que me llamaran de nuevo.

Asentí. Me alegraba que hubiera tenido un respiro para recuperarse. Pero este trabajo era muy duro. —¿Te ves capaz de seguir?

—¿Me necesitas? —Su voz fue grave y me recorrió entera por dentro.

Se me encogieron y temblaron las entrañas. Tal y como lo dijo—sabía que se refería a nivel profesional, pero no podía evitar pensar si, en realidad, me preguntaba si le necesitaba personalmente. Y la respuesta era, sin duda, sí.

—Sí —respondí—. Aún podemos aprovechar tu ayuda, si ves que aguantas el ritmo.

Una pequeña sonrisa se dibujó en sus labios. —He sido cirujano en combate. Puedo seguir perfectamente.

—Ya lo has mencionado alguna vez —intenté bromear, pero el ambiente no acompañaba y mis palabras no parecían adecuadas—. Es decir, sí, lo sé, pero eso no significa que no estés cansado o saturado. Si dices que puedes seguir, podríamos utilizarte en la sala de trauma tres. Me temo que será una intervención quirúrgica sin las condiciones de un quirófano completo.

Me dio un enérgico asentimiento. —Puedo con ello.

Me giré para regresar al control de enfermería y averiguar si teníamos más pacientes pendientes de llegar.

—Emma —dijo Marcus.

Me di la vuelta y nuestras miradas se encontraron. Ninguno dijo nada durante un largo instante. Simplemente mantuvimos la mirada.

Y fue como si el tiempo se detuviera para nosotros. Me hervían los nervios por dentro y notaba que ambos intentábamos transmitir algo importante al otro. Algo que sentíamos que debía poder decirse sin palabras.

Rodeada por el dolor humano, sentí una oleada de calidez y placer. Amaba a ese hombre y necesitaba que lo supiera, aunque este no fuera ni el lugar ni el momento. Declararme no habría sido precisamente profesional. Recé por que pudiera leerlo en mis ojos.

Por fin, él rompió el contacto visual, inclinó la cabeza rápidamente antes de volver a mirarme. —Me alegro mucho de que hayas vuelto. Nueva York ya no era lo mismo sin ti.

—Yo también me alegro de haber vuelto. —El tiempo volvió a acelerar a nuestro alrededor, arrastrándonos de nuevo a la vorágine urgente que era esta noche.

Él se dirigió con paso decidido a la sala de trauma tres, y yo giré sobre los talones para correr al control de enfermería y obtener una actualización de la situación.

## 32

# MARCUS

No podía creer que Emma hubiera vuelto. Sinceramente, fue un sobresalto inesperado verla. Un buen sobresalto, porque ni siquiera me había permitido esperar que regresara. ¿Significaba esto que tenía otra oportunidad de tenerla en mi vida?

Me giré mientras me dirigía hacia la sala de trauma. Prácticamente iba corriendo al alejarse. Tenía que mantener la cabeza fría y concentrarme en el trabajo, pero Emma era una distracción agradable. Había conservado su rostro en mi memoria, pero al mirarla a los ojos, era como si hubiese olvidado lo realmente bonitos que eran.

Poco a poco, las urgencias se tranquilizaron y el caos se fue apagando. Ya no me necesitaban, los pacientes estaban atendidos, y ahora debían continuar con la recuperación de su tratamiento. Antes de ir a casa, quería invitar a Emma a tomar un café o a cenar. No estaba por allí, o al menos no conseguí encontrarla, y no me molesté en interrogar al personal de enfermería para preguntar por ella.

Emma había vuelto. Volvería a verla. Tenía que ser así.

A la mañana siguiente, fui directamente al despacho de James Collins.

—Marcus, ¿en qué puedo ayudarte esta mañana? —dijo él en cuanto entré en su despacho.

—Emma volvió a la planta anoche —comenté.

—Eso no va a suponerte un problema, ¿verdad? —me preguntó enseguida.

—En absoluto. Solo quería decir que su presencia ayer marcó la diferencia y he venido para asegurarme de que tienes pensado ofrecerle de nuevo un puesto en el hospital.

Dejó escapar una carcajada al ver cuán directo era con mis demandas.

—¿Qué? —pregunté.

—No eres el primero que viene esta mañana a decírmelo —contestó.

—¿En serio? —pregunté.

Asintió.—En serio. El trabajo de coordinación que hizo anoche marcó la diferencia en la vida de varias personas. Otros cirujanos me han inundado el correo electrónico y Rosa Hernandez ha pasado por aquí en cuanto ha terminado su turno, antes de irse a casa. Quería asegurarse de decírmelo en persona. Me insistió en que necesitamos a la doctora Chen de vuelta, de inmediato. Desde luego, le haremos una oferta para que regrese. Bien, ya que te tengo aquí, quería preguntarte sobre ese protocolo de triaje que se utilizó. ¿Qué puedes contarme de él? —insistió.

Negué con la cabeza. No tenía ni idea de qué estrategia había usado Emma para obrar su magia la noche anterior.—Lo que puedo decirte es que no tenemos un protocolo oficial de triaje establecido.

El rostro de James se frunció, preocupado.

—En el día a día, los procesos de trabajo que tenemos funcionan razonablemente bien. Podrían mejorarse. No obstante, lo de anoche fue una situación extrema. Si no hubiera estado Emma supervisando

a los pacientes y a los médicos disponibles, la noche podría haber sido muy problemática. Si nos enfrentamos de nuevo a una situación como la de ayer, necesitamos absolutamente contar con un protocolo al que recurrir y con una persona responsable debidamente preparada. Necesitamos a Emma en quirófano, pero también alguien que pueda tomar las riendas en este tipo de circunstancias.

—Tenía entendido que ella había elaborado uno e hizo una presentación a nuestra junta —añadió.

—Bueno, conoces al doctor Kevin Thompson, ¿verdad? —pregunté, sin disimular mi exasperación.

James asintió.

—Pues bien, la doctora Chen y yo solo habíamos estado dándole vueltas a la idea de establecer un protocolo de admisión. No había nada concreto, y nada se habló cuando se le pidió que hiciera esa presentación. No salió bien, sencillamente porque no tenía nada que presentar. Tengo muy claro que él presionó para que esa presentación se hiciera antes de tiempo por pura vendetta personal contra la doctora Chen.

Seguí exponiendo mi opinión sobre todo el asunto, independientemente de si James tenía verdadero interés o no. Mi intención era dejar claro que a Emma la habían pillado totalmente desprevenida y que, con tiempo de preparación y algo más de antelación que cuarenta y ocho horas, sin duda habría tenido listo un protocolo de trabajo. Los dos, sin duda, habríamos tenido un protocolo funcional y presentable.

Las cejas de James seguían frunciéndose, y los surcos de su frente se acentuaban cada vez más mientras reflexionaba sobre lo que yo había dicho.

—¿Así que crees que si os doy un poco de tiempo podríais preparar un protocolo de triaje viable? —preguntó finalmente.

Asentí con la cabeza.—Eso es justo lo que acabo de decir.

Él asintió casi distraídamente, pero notaba que le estaba dando vueltas y más vueltas en su cabeza.—Bien, hagámoslo así —dijo.— ¿Puedo contar contigo para que coordines con la doctora Chen? Yo contactaré con Emma para avisarla.

—Vas a tener que darle tiempo. Al fin y al cabo, esta necesidad de un protocolo de admisión surgió como una idea al azar.

—¿Pero qué pasa con su presentación anterior?

—Como bien señalaste, no salió bien. Tuvo, ¿qué? ¿Dos días para prepararla? Le di algunas de mis ideas, pero está claro que no fue suficiente. Además, necesita ser capaz de convertir lo que consiguió poner en marcha anoche en mensajes claros y concisos que el consejo pueda entender. Va a traducir términos de urgencias y cirugía a un vocabulario que un puñado de hombres y mujeres de corbata puedan comprender —le expliqué.

—Quiero que os encarguéis los dos de este proyecto. ¿Serás capaz de coordinarte con ella y sacarlo adelante?

—Puedo hacerlo —afirmé mientras salía de su despacho y me dirigía hacia el departamento de emergencias. Me detuve un momento en el pasillo y le mandé un mensaje a Emma. No estaba seguro de si llegaría o si tendría el acceso bloqueado. No había intentado escribirle desde que supe que estaba de vuelta en Nueva York.

Mientras esperaba su respuesta, me di cuenta de que quizá estaba demasiado ansioso para mi propio bien. El mensaje seguía sin leerse y me recordé a mí mismo que tenía que revisarlo más tarde. Guardé el móvil. Tenía que dejar que James fuese quien contactase con ella antes de hacerlo yo, ya que no me correspondía decirle que podría tener trabajo otra vez en el Manhattan Memorial.

No fue hasta más tarde esa tarde cuando mi reloj vibró y apareció un mensaje. Solté un suspiro profundo. Era Emma y decía: *Tenemos que hablar*.

Con un gesto rápido, tecleé deprisa una respuesta invitándola a comer.

*¿Comida? ¿En mi casa?* escribí.

*¿Cuándo?* Respondió ella.

Mi instinto era decirle esta noche, pero necesitaba dar un poco de aviso a los niños antes de que ella viniera. Aunque Jason estaría encantado de verla, debía ser respetuoso con los sentimientos de mi hija y asegurarme de que Lily tuviera tiempo suficiente para prepararse mentalmente.

*¿El sábado?* tecleé.

*¿Estará Lily? A ella no le caigo bien.*

*Lily estará. Pero te prometo que se comportará. Hemos estado yendo a terapia.*

*¿Tú también, o solo ella?* preguntó Emma.

*Ambos, juntos y por separado. Está avanzando mucho. Los dos lo estamos haciendo*, admití.

*Vale, allí estaré. Me apetece.*

*Llévate algo para tomar notas. Tenemos trabajo que hacer.*

*¿Trabajo?* preguntó ella.

*Es una comida de trabajo. ¿James no te ha llamado aún?*

*No, pero supongo que es algo a lo que debo estar atenta.*

Solté un gruñido al darme cuenta de que había hecho justo lo que había prometido que no haría. No me correspondía decirle nada sobre el trabajo. *Pero supongo que ya es tarde*. Decidí que debía ponerla al tanto de todo.

*¿Puedo llamarte?* le escribí.

Mi teléfono sonó al instante. Era ella.

—¿Qué sabes tú que yo no sepa? —preguntó en cuanto mencioné su nombre. Sonaba ansiosa y emocionada.

—Esperaba que James ya se hubiera puesto en contacto contigo. Así que te pido disculpas por haberme adelantado —dije.—No puedo decirte exactamente cuál será el motivo de su llamada, pero me pidió que coordinase contigo la elaboración de una propuesta y presentación sobre lo que lograste anoche.

—¿Anoche? Solo mantuve todo en marcha.

—Exactamente. Conseguiste que urgencias funcionara a la perfección en un momento muy complicado. Tenemos que tomar lo que hiciste y concretarlo en los pasos y razonamientos que hicieron que todo saliera bien —le expliqué.

—Pero fue... —empezó y luego se quedó callada unos segundos.— Fue automático.

Asentí y murmuré. Automático. Por supuesto que algo tan complejo como gestionar tantos pacientes en una crisis intensa resultara algo natural para alguien como Emma.

—Supongo que tenemos trabajo por delante. Prepárate para quedarte hasta la cena —le dije.

## 33

# EMMA

Estaba más nerviosa de lo necesario al llegar a casa de Marcus. Inspiré hondo y solté el aire por los labios fruncidos mientras miraba los peldaños que llevaban hasta la puerta principal.

—Puedes hacerlo —murmuré para mis adentros.

Sinceramente, no sabía si me inquietaba más lo que tenía que contarle a Marcus o enfrentarme a Lily. Era su hija, y entendía perfectamente que para él sería una prioridad. Si tuviera que elegir… No soy tonta. He leído suficientes historias por internet como para saberlo. Él la elegiría a ella, al menos durante los últimos años que le quedaran en casa. ¿Sería capaz de aguantar esperando a que llegase mi turno? No tenía tres años para descubrirlo. A lo sumo, me quedaban ocho meses.

Toqué el timbre y esperé, confiando en que Marcus o Jason fueran quienes me recibieran. Me disgustaba admitirlo, pero el comportamiento de Lily la última vez que estuve aquí me tenía algo tensa.

Lily abrió la puerta.

Contuve el aliento en un instante y forcé una sonrisa algo nerviosa en mi cara. —Hola, Lily.

En realidad no me estaba mirando mal, así que quizá no sería tan horrible. Y necesitaba desesperadamente que todo fuera bien, sobre todo con la noticia que tenía que darle a su padre.

—Pasa. Papá está fuera, en la terraza, haciendo la barbacoa. —Retrocedió un paso, dejándome entrar.

—¡Dra. Emma! —La llamada entusiasta de Jason me hizo soltar una carcajada cuando apareció corriendo por el pasillo hacia mí.

No me preparé lo suficiente cuando llegó y me dio un fuerte abrazo. El aire que había retenido salió de golpe con un "*¡Uff!*".

—¡Ay, Dios mío, Jason, suéltala! ¡No le has preguntado si podías hacerlo! —regañó Lily a su hermano.

Parpadeé un par de veces, sorprendida por el comentario de Lily.

—Se supone que tienes que preguntar si puedes tocar a la gente, memo. —Le dio un golpe a su hermano en la parte de atrás de la cabeza.

—Perdona —dijo él, frotándose la cabeza—. Perdón, Dra. Emma. Es que me ha hecho mucha ilusión verte otra vez.

—A mí también me ilusiona verte, Jason. Por supuesto que puedes abrazarme —respondí, procurando no desautorizar a Lily, pero dejando claro a Jason que me alegraba de su afecto.

—Papá está fuera. Ven. —Jason se agarró de mi mano y empezó a tirar de mí hacia la parte trasera de la casa.

—Has venido —dijo Marcus, con una sonrisa que se le ensanchaba en la cara—. Deja que la Dra. Emma camine sola. Anda, tráele algo de beber.

Jason me soltó después de prácticamente arrastrarme por los escalones hasta la terraza de piedra en la parte trasera de la casa.

Me froté la muñeca. El chaval tenía un buen agarre. —¿Tienes Sprite o algo así? —le pregunté a Jason antes de volverme hacia Marcus—. ¿Por qué no habría venido?

—No quería que te perdieras. Ya sabes, Nueva York es una ciudad enorme —bromeó Marcus.

—Me las he apañado bastante bien para llegar hasta aquí, gracias —le piqué, devolviéndole la broma.

El ambiente era alegre y acogedor, como si de verdad formara parte de aquello. Había echado de menos la compañía de todos, incluso la de Lily—aunque sospechaba que ella no me había echado de menos a mí, en absoluto.

—He pensado que podía preparar unos filetes a la parrilla, para darnos un poco de alimento para el cerebro, que hoy tenemos mucho trabajo por delante.

Asentí, de acuerdo. —El alimento para el cerebro siempre viene bien.

—¿Por fin te ha llamado James?

—Sí, me ha llamado. Creo que te gustará saber que he aceptado. Estaré de vuelta en los pasillos y en urgencias del Manhattan Memorial.

—Me alegro mucho de tenerte de vuelta —dijo Marcus. Había algo en la dulzura de su sonrisa que me puso los nervios a flor de piel.

—También me alegro de volver —admití.

—¿De verdad los tienes convencidos de que podemos preparar una propuesta suficientemente sólida para establecer un protocolo de admisión real? —pregunté.

—Aquí tienes, Dra. Emma. —Jason volvió y me ofreció una lata fría de refresco.

—Creo que tenemos pruebas suficientes para poder presentar una propuesta decente y justificar la contratación de alguien a tiempo

completo para lo que estuviste haciendo la otra noche.

—Creo que tienes razón. Tenemos trabajo por delante —me reí.

—Dra. Emma —dijo Lily, interrumpiendo nuestra charla de trabajo.

Le dirigí una mirada levantando las cejas. —¿Sí, Lily?

—¿Te importaría enseñarme otra vez a hacer esa ensalada de crema de cacahuete y pepino? —preguntó.

Debí de abrir y cerrar la boca como un pez fuera del agua. Su petición era tan inesperada que me dejó descolocada.

—Creo que sí podría —alcancé a balbucear—. Me encantaría.

Lancé una mirada rápida de interrogación a Marcus. Él sonreía y asentía a Lily, como si estuviera orgulloso de su actitud. Tal vez ya lo habían hablado, o quizá simplemente reconocía que estaba haciendo lo correcto.

Desde luego, no quería poner en peligro lo que fuera que significara esa rama de olivo que ella me estaba ofreciendo.

—Sí, por supuesto. Sería genial.

—Me he asegurado de que tengamos esos pepinillos pequeños y aún nos queda esa salsa de chile.— Todo lo que decía era con cuidado y cautela, como si tuviera más miedo de mí que yo de ella.

—Eso suena fantástico.

—¿Por qué no vais vosotras a preparar eso? Los filetes estarán listos en unos veinte minutos.—

—¿Llevas asando toda la mañana?— pregunté.

—Toda la mañana,— respondió Lily con un rodar de ojos. Ahí estaba la chica que recordaba.

La seguí hasta la cocina, donde se detuvo delante del frigorífico. Empezó a sacar cosas y depositarlas en la encimera.

—Doctora Emma,— empezó. Por el tono de su voz, parecía que tenía algo importante que decir, así que me mantuve en silencio. —Siento mucho cómo me comporté la última vez que estuviste aquí. Y también tengo que disculparme por intentar causarte problemas en el trabajo.—

Me sorprendió su confesión. Solté una risa nerviosa, casi sin querer. —Dudo mucho que nada de lo que intentaras hacer fuera peor que las tonterías que mi exnovio intentaba colarme.—

—Pero papá dijo…—

Levanté la mano mientras negaba con la cabeza. —Diga lo que diga tu padre, no digo que esté equivocado. Lo que digo es que acepto tus disculpas. Hay mucha gente intentando buscarme problemas en el trabajo, y la tuya es la única disculpa que me importa.— Parpadeé al sentir la repentina avalancha de emociones y las lágrimas que inundaron mis ojos. —¿Puedo abrazarte?— le pregunté a Lily, conteniéndome para no acercarme y estrecharla entre mis brazos.

—¿Quieres abrazarme?— preguntó ella.

—Sí, ven aquí.— La atraje hacia mí en un abrazo suave, notando su resistencia al principio, pero luego sentí cómo se relajaba por completo al corresponderme.

—He sido una auténtica bruja,— confesó.

—¿Esas palabras son tuyas o de otra persona?— pregunté.

—Mías. Autorreflexión,— respondió. —Papá tiene razón. Se merece una oportunidad de ser feliz, incluso después de mamá…— Tragó saliva. —No es culpa tuya que mamá se pusiera enferma, y no es justo por mi parte esperar que él nunca vuelva a ser feliz solo porque mamá ya no está.—

Respiró hondo. —Así que quiero que lo sepas: si quieres salir con mi padre, me parece una idea estupenda. Porque estoy bastante segura de que él quiere salir contigo.—

Tragué saliva un par de veces. Todo eso era tan inesperado. Me alegraba muchísimo, pero aun así… tan inesperado. —¿Crees que Jason también pensará que es una buena idea?

—Estoy bastante segura de que Jason estaría encantado si papá empieza a salir contigo.— Esbozó una sonrisa ladeada. —No creo que sea lo bastante mayor para darse cuenta de que le gustas, así que tenerte cerca solo va a hacerle aún más feliz.—

—Es un niño feliz,— admití. Jason desprendía esa energía inagotable de golden retriever. —Bueno, para que conste,— le dije a Lily,— hoy solo estoy aquí para hablar de un proyecto de trabajo. Sin embargo, si surge el tema de, ya sabes, tu padre y yo saliendo juntos, tendré en cuenta lo que has dicho.—

—No vas a rechazar a mi padre.—

Pude notar en su voz un matiz casi de fastidio.

—No tengo ninguna intención de rechazar a tu padre si llega esa posibilidad. Tengamos en cuenta que, de momento, todo esto no son más que especulaciones. ¿Vale?

Ella asintió, con suerte entendiendo que, fuera lo que fuera lo que su padre y yo decidiéramos, aún no se había decidido nada. Y después de que Marcus oyese la noticia nada laboral que tenía para él, no sabía cómo iba a acabar todo esto.

Mientras Lily cortaba pepinos y yo preparaba la salsa de cacahuete y chile para la ensalada, algo cambió. Hubo un giro. Un cambio. No sé si diría que fue un milagro, pero Lily empezó a hablar conmigo— simplemente hablar y hacer preguntas. No era un interrogatorio. Era solo una conversación normal.

—Pensé que te habías ido a Los Ángeles, pero has vuelto. Creía que te habías mudado.—

—Me mudé, pero resultó que Los Ángeles no era para mí. Soy una chica de Nueva York de principio a fin. No sé en qué estaba

pensando.—

—¿Así que simplemente te rendiste y volviste?

—No sé si lo llamaría rendirme. Yo lo llamo admitir que me equivoqué.— La miré de reojo, preguntándome cómo la conversación había virado a algo tan introspectivo. —Y creo que una de las cosas más maduras que puede hacer una persona es admitir cuando se ha equivocado, pedir perdón si hace falta y rectificar. El hecho de que tomemos decisiones que luego resultan ser un error no tiene por qué definirnos. Podríamos decir: "Me equivoqué y voy a hacerlo mejor."—

No sabía qué pensaba decir Lily después, porque en ese momento Jason irrumpió en la cocina.

—¿Puedo entrar ya?— preguntó con todo el dramatismo del mundo.

—Por supuesto que puedes,— le respondí.

—Papá ha dicho que teníais que hablar.—

—Madre mía, qué pesado eres. Sí, hemos hablado y seguimos hablando,— dijo Lily poniendo los ojos en blanco.

La comida fue estupenda. Les conté todas las penurias del tráfico en Los Ángeles—que, en serio, es tan horrible como lo pintan en las películas—y todos se rieron. No hubo sillas volcadas, ni discusiones. Era exactamente lo que necesitaba.

Cada vez que miraba a Marcus, y veía cómo se le suavizaba el rostro al sonreírme, sabía que ese era mi sitio.

—Bueno, chicos, yo he cocinado, ahora os toca limpiar. La doctora Emma y yo tenemos trabajo que hacer.—

Le seguí al despacho y cerré con cuidado la puerta tras de mí.

—Marcus, antes de empezar, hay algo que necesito contarte.—

## 34

# MARCUS

Me limité a mirar a Emma.

Oía las palabras que había pronunciado, pero al principio me costaba asimilarlas.

—¿Cómo dices?

—Estoy embarazada —dijo ella—, y es tuyo.

—¿Que… que estás qué? —Se me cayó la mandíbula y se quedó así. Me costaba entender exactamente lo que significaban las palabras que acababa de decir.

—Vamos a tener un bebé —dijo Emma riendo. Se llevó la mano suavemente al vientre. No se veía ningún indicio del bebé creciendo dentro de ella. Después de quedarme mirando su cintura un rato, alcé la vista para encontrarme con sus ojos. Seguía mirándola, incrédulo.

—Pensé que era un auténtico milagro que Lily pidiese perdón, porque no tenía ni idea de cómo iba a contártelo —confesó.

—Vaya. Vaya. Tienes que sentarte —empecé a moverme por la habitación, quitándole el bloc de notas y llevándola hacia la silla más

cómoda de la sala—. ¿Estás cómoda? ¿Quieres poner los pies en alto?

Ella se echó a reír.—¿Por qué estás tan nervioso?

—Porque no tengo ni idea de qué hacer —admití.

—Quizá deberías sentarte tú —sugirió.

Me dejé caer lentamente en la silla frente a ella, al otro lado de la mesa de centro, y seguí mirándola. No parecía diferente. ¿No debería estar resplandeciente, brillarle la piel o algo así?

—¿Estás bien? —preguntó ella.

Finalmente, traté de tragar algo en mi garganta reseca y asentí.—Estoy impactado —admití. Era una noticia increíble y maravillosa.—¿Qué les voy a decir a los niños?

Ella levantó las manos.—He estado pensando en eso, y deberías saber… —Soltó una risa nerviosa.—Lily me ha dado su bendición si quisiéramos salir juntos. No sé si extenderá ese apoyo a tener un medio hermano, pero creo que los niños lo llevarán bien. Y me gustaría esperar para decírselo, asegurarme de que—

—Para asegurarnos de que tú y yo estamos bien —completé su frase.

Ella asintió.

Me tocaba reír a mí.—Yo estoy bien si tú lo estás. De hecho, estoy mucho más que bien. Es una noticia increíble, Emma. —Sentía los mismos nervios que la primera vez que Blair me contó que estaba embarazada.—¿Cómo va a afectarnos esto?

Pensaba en voz alta más que haciendo una pregunta.

Emma se encogió de hombros.—Podemos ser amigos durante esto. Podemos ser pareja. O podemos ignorarlo. Podemos fingir que no está pasando e intentar no hacernos caso.

—No quiero hacer eso —dije.—No quiero ignorarte ni a ti ni al bebé.

—Bien. Yo tampoco quiero hacer eso. Me gustas, Marcus. Claramente me gustas mucho, y me gustaría que hubiese un nosotros.

Apoyó la mano sobre el vientre, casi como si intentara convencerse a sí misma de que realmente pasaba algo ahí dentro.

—A mí también me gustaría que hubiese un nosotros —dije.—Siento algo muy fuerte por ti. ¿Qué te parece si vamos despacio, nos acostumbramos a la idea y, cuando estés lista para anunciar tu embarazo, lo hacemos oficial de verdad?

—¿Quieres que esperemos con lo nuestro?

Negué con la cabeza.—Ni hablar. No quiero retrasar lo nuestro. Y, sinceramente, estoy listo para saltar de la silla ahora mismo e ir a contarles a los niños lo que está pasando. Pero intento seguir tu ritmo. Y… estoy intentando comprender todos estos cambios. Quiero que vengas a vivir aquí conmigo. Tu piso es demasiado pequeño para todos.

—Me encantaría —dijo ella.

—Bien. Bien. ¿Cuándo? ¿Cuándo crees que podríamos hacerlo?

—¿Estás bien, Marcus? —Emma ya se había levantado y estaba de pie junto a mí.

Me sentía extrañamente... no tranquila, pero mi mente no podía ponerse al nivel de la emoción que me aceleraba el pecho. —Esto es un poco abrumador—.

—¿Estás bien? Pareces un poco pálida—.

—Estoy... estoy... creo que estoy bien—.

—Tú quédate ahí—. Salió de la habitación.

Segundos después, Lily entró corriendo. —¿Papá, estás bien?—

—Aquí tienes tu agua—. Jason la siguió, corriendo con el brazo extendido y el agua derramándose por su mano.

—Oh, gracias—, dije al coger el vaso y apurar lo que quedaba. —Estoy bien. Estoy bien—. Me recompuse como pude.

—Tu padre ha tenido un pequeño susto—, dijo Emma mientras entraba tras los niños al estudio.

Lily se giró lentamente y miró a Emma. —¿Qué le has dicho?— Sonaba más asustada que acusatoria.

Emma me miró y esbozó una pequeña sonrisa. —¿Tal vez deberíamos contárselo?—

—¿Estás segura de eso?— pregunté.

Dejó escapar un largo y profundo suspiro. —Lily, no te imaginas lo mucho que significa para mí que hayas dicho que te parece bien que salga con tu padre porque...— Emma extendió la mano y la posó en el hombro de Jason. —Vamos a salir juntos. Y algo más—.

No pude evitar sonreír al ver la cara de Jason iluminarse. —¿Os vais a casar?— preguntó.

Emma se giró hacia mí, con los ojos muy abiertos y los labios apretados.

Negué con la cabeza. —Todavía no hemos llegado a eso, chico. Aún no. Pero es posible que se venga a vivir con nosotros—.

—¡Eso es genial! ¿Eso significa que vas a jugar al Mario Kart conmigo?—

—Jugaré al Mario Kart contigo—, respondió Emma, —pero ahora tu padre y yo tenemos que trabajar un poco—.

—¿Estás seguro de esto, papá?— preguntó Lily.

—Más que seguro, Lily. Llevaba esperando que pudiéramos hacer esto. Que todos pudiéramos congeniar y conseguir vivir juntos—.

—Esto va a ser el tema principal en terapia las próximas semanas, pero supongo que estaré bien—, dijo Lily. Tenía una enorme sonrisa. Pensé que quizá estaba incluso más que de acuerdo con que Emma se mudara con nosotros.

Emma alargó la mano hacia Lily. —Quiero que tú también estés bien con esto—.

—Voy a estar bien. Lo prometo—, dijo Lily.

—Menuda tranquilidad—, sonrió Emma, y los niños se fueron empujando por la puerta.

—Pensé que ibas a contárselo—, dije mientras cerraba la puerta tras los niños.

—Por un segundo yo también lo pensé—, admitió. —Ahora que eso ya está resuelto, tenemos que ultimar esta presentación—.

—¿Esperas que pueda concentrarme ahora?— bromeé.

—Te has comido toda esa comida buena para el cerebro. Sí, espero que te concentres—.

—¿Puedo, al menos, besarte antes?— Me puse en pie y crucé la habitación hacia donde estaba Emma. Deslicé mi brazo por su espalda y la acerqué a mí antes de inclinarme hacia su rostro. Ese primer beso, después de tanto tiempo echándola de menos, fue tierno y dulce.

La necesidad de profundizar el beso y convertir ese instante en algo más intenso era abrumadora. Tener a Emma entre mis brazos era una tentación demasiado grande. Estaba claro que no podríamos terminar la propuesta si seguíamos besándonos en ese momento.

Pasamos horas, hasta bien entrada la noche, debatiendo nuestro plan. Y durante la semana siguiente, cada minuto libre que teníamos juntos—cuando no estaba perdiéndome en sus preciosos ojos, recordando lo increíblemente afortunado que era—lo dedicábamos a centrarnos en esa presentación.

Emma sabía que tenía una segunda oportunidad, poco común, para arreglar lo que salió mal la primera vez, y yo estaba ahí para asegurarme de que no la pillaran por sorpresa cuando llegara la hora de enfrentarse al comité de revisión, incluso estando Kevin presente.

Y cuando empezó por fin la presentación, Emma habló con claridad, articulando nuestras preocupaciones y las necesidades del departamento de Urgencias. Explicó lo importante que era contar con alguien que pudiera actuar como enlace entre los equipos de emergencia, las enfermeras, los médicos y los servicios. Necesitábamos a alguien que pudiera priorizar el triaje para que a quienes realmente necesitaban ayuda no les tocara esperar, angustiados y con dolor.

—Gracias por sus aportaciones sobre cómo mejorar la atención a los pacientes—dijo el presidente de la junta—cuyo nombre no lograba recordar—poniéndose en pie. Extendió la mano, primero a Emma, luego a mí. —Ha sido una excelente presentación, y veo dónde nos dejamos algunos detalles la primera vez—.

No pasó desapercibida la mirada fulminante que lanzó en dirección a Kevin.

—Tenemos mucho de lo que hablar —continuó— y creo que vais a tener noticias nuestras mucho antes de lo que pensáis—. Hizo una pausa, mirando directamente a Emma. —¿Tengo entendido que te fuiste temporalmente a la Costa Oeste?—

Emma le respondió con un asentimiento rígido.

Justo cuando pensaba que iba a despedirnos, añadió: —Me alegro de que hayas decidido volver. Aquí en Manhattan Memorial necesitamos, sin duda, a gente de tu nivel—.

## 35

# EMMA

—¿Qué haces aquí abajo? —bromeé mientras seguía a Marcus por el pasillo de administración.

—He recibido una llamada. Me han pedido que venga al despacho de James. ¿Y tú?

—Lo mismo —contesté—. ¿Sabes por qué? ¿Has oído algo?

Marcus negó con la cabeza y se encogió de hombros. —No, no sé nada. Me imagino que para eso es esta reunión.

—Realmente espero que sean buenas noticias, porque odio esta sensación. Es como cuando te llaman al despacho del director —admití—. Estoy de los nervios pensando en qué podría haber hecho mal y, teniendo en cuenta lo mal que salió la última vez que hice una presentación ante ese grupo… —Negué con la cabeza. No quería pensar en ello, no debía pensar en ello y, sin embargo, aquí estaba, reviviendo el abuso de Kevin durante aquella presentación. Me tendió una trampa y cayó sobre mí. Durante un instante, ganó él, y yo me retiré.

Marcus alargó la mano y me cogió la mía. —Tranquila, saldrá bien. Pase lo que pase, lo que diga James ahí dentro, todo irá bien.

Su mano era cálida sobre la mía. Miré cómo sus dedos largos y seguros se entrelazaban a mi alrededor, protegiéndome. Nunca había considerado que mis manos fueran especialmente delicadas; pequeñas, sí. Era una de las cosas que hacían que encajara tan bien en pediatría. Manos pequeñas para lugares pequeños. Pero, acunada en el agarre de Marcus, me sentí delicada.

—Suenas demasiado optimista —dije.

—Y tú te estás agobiando sin motivo.

—Sí que tengo motivo. ¿Recuerdas a Kevin? Ya me sabotearon una vez.

Se me hizo un nudo en el estómago cuando James nos hizo un gesto para pasar a su despacho, aunque no apartó la vista de la montaña de papeles delante de él. —Adelante, pasad —dijo—. Tomad asiento.

Marcus se quedó de pie detrás de mí mientras yo me sentaba frente al escritorio de James. Intenté que no se me notaran los nervios, pero era difícil. Por fin, James levantó la vista. Todo el motivo de mi preocupación se esfumó en cuanto vi la sonrisa en su rostro. Aquella expresión solo podía significar buenas noticias.

—Lo habéis conseguido —dijo.

—¿El qué exactamente? —preguntó Marcus mientras me apretaba la mano.

—Os han concedido la aprobación para una figura de enlace de triaje en Urgencias. Por lo visto, al consejo le impresionó mucho lo que dijisteis. Han aprobado ese puesto únicamente basándose en las recomendaciones de vuestra presentación —dudó un poco—. Y, bueno, quizá no debería decir nada, pero la verdad es que... bueno, digamos que el consejo quedó muy impresionado con vuestras palabras. Así que, ¡enhorabuena!

—¡Eso es increíble! —exclamé. Por poco no aplaudo de alegría. En su lugar, le hice una seña con el dedo para que se acercara—. Tienes que contarnos lo que ibas a decir… ¿A quién no le fue muy bien?

—¿Estás animándome a cotillear, doctora Chen? —preguntó James, esbozando una sonrisa sarcástica.

Negué con la cabeza. —No te estoy animando. Te estoy exigiendo que me lo cuentes.

—Pronto lo sabrás. Han pedido a Kevin Thompson que abandone el consejo.

—Eso es maravilloso —dijo Marcus, soltando una carcajada. Me apretó el hombro—. ¡De verdad que es genial!

—Oh, eso sí que es la guinda del pastel —afirmé. Kevin por fin dejaría de ser un obstáculo.

James continuó: —Y además…

Tragué saliva, nerviosa. —¿Y además…? —Mi puesto en Manhattan Memorial seguía sin estar confirmado. Técnicamente, solo estaba allí como consultora.

—Y también tenemos un puesto para ti aquí —anunció James—. Si quieres.

La noticia de que recuperaba el trabajo me desbordó de alegría. Sin embargo, mi estómago bajó en picado en la montaña rusa que era esta visita al despacho. Estaba a punto de convertirse en un viaje del que no estaba segura de salir ilesa.

—Nos vendrías de maravilla en un puesto más administrativo.

—¿Perdón? —No terminaba de comprender lo que decía. Me emocionaba saber que habían aprobado y creado el puesto de enlace, pero ese no era el trabajo que yo quería. Seguía deseando ser cirujana. Para mí era fundamental tener un papel más activo, poder ayudar a los pacientes de manera directa.

—Queremos añadir algo a tu descripción de puesto. Si estás dispuesta—comenzó James a explicar.

—¿Ah, sí? —pregunté con escepticismo.

—Cada trimestre, nos gustaría que realizases una evaluación departamental. Infórmanos de dónde y cómo podríamos expandir y mejorar cosas en el hospital. Has demostrado claramente que, aunque hacemos las cosas bastante bien, siempre hay margen de mejora. Pero tu principal función aquí es la de cirujana de trauma, especializada en pediatría.

—Sí, por supuesto —dije—. Faltaría más. Estaba encantada ante la oportunidad de ampliar mis responsabilidades. Era justo lo que esperaba al mudarme a Los Ángeles. Y, sin embargo, aquí estaba, de vuelta en Nueva York, con el trabajo que realmente deseaba. Lancé una rápida mirada hacia Marcus. Y con el hombre que quería. Hoy estaba resultando ser un día estupendo.

Al salir de la oficina de James, Sarah nos esperaba en el pasillo.—¡Madre mía! He oído que la presentación ha salido genial. Cuéntamelo todo —me agarró del brazo y se pegó a mi lado, enlazando su codo con el mío.

—¿Cómo sabes siempre estas cosas antes que yo? —bromeé.

—Porque, ya sabes, soy una cotilla sin remedio y no paro de escuchar a escondidas todas las conversaciones para enterarme de lo que pasa. Además, alguien me pidió mi opinión para el puesto de enlace de triaje. Es una idea brillante. No todos los días mi mejor amiga me abandona para volver a casa convertida en la hija pródiga, aclamada por todos. Por cierto, al consejo le caes muy bien. ¿Te ha contado James la gran noticia?

—¿Te refieres a que han echado a Kevin del consejo? —dijo Marcus.

—James ha dicho que le han pedido que dimita —corregí.

Marcus se encogió de hombros.—Algo así.

—Decirle que dimita suena civilizado. Fue algo más que eso. Lo han echado de una patada y le han dicho que no vuelva. Por lo visto, la ruptura fue total y ni él ni sus jueguecitos son ya bienvenidos en el Manhattan Memorial, ni en ningún evento organizado por ellos— Sarah abrió mucho la boca al tiempo que sonreía.

—Eso sí que son buenas noticias. Creo que hay que celebrarlo. Esta noche invito a cenar a todos —anunció Marcus—. Espero que te apuntes, ¿no?

—Por supuesto que sí —respondió Sarah.

Sentados en el restaurante chino de la familia, sentí que el corazón me rebosaba. Al mirar alrededor de la mesa, vi a mi abuela, a los hijos de Marcus y a mi mejor amiga, todos reunidos. Era el momento perfecto para compartir nuestra propia noticia.

—Bueno, atención todos —dije—. Tengo un pequeño anuncio.—Me acomodé en la silla, dudando si ponerme en pie o no. En cuanto todas las miradas se posaron en mí, me sentí algo ridícula, pero aun así me levanté.

Lily soltó una exclamación.—¡Ay, Dios mío, os vais a casar! ¡Lo sabía!

—Lily —la llamó Marcus—. Déjala hablar.

Miré a Marcus, quien me dedicó una sonrisa y asintió en señal de ánimo.

—No corras tanto, Lily —la corregí—. No voy a anunciar que nos casamos, pero sí que vamos a formar una familia. Estoy embarazada.

Lily y Sarah chillaron como niñas pequeñas.

—¡Ay, Emma! —exclamó mi abuela, juntando las manos. Su cálida sonrisa le iluminaba el rostro de alegría.

—¿Voy a ser el hermano mayor? —preguntó Jason.

—Sí —dije.

—¿Será niño o niña? —preguntó Lily.

Negué con la cabeza.—Todavía no lo sabemos.

—¿Podemos hacer una fiesta para revelar el sexo? Sería divertidísimo —dijo Lily. Hablaba con el ritmo acelerado propio de las adolescentes ilusionadas.

—Oh, podríamos conseguir esas bombas de humo tan chulas. Sí, papá, hay que hacer una fiesta para revelarlo —añadió Jason. Creo que les hacía más ilusión la fiesta que la llegada de un nuevo hermano.

—Ya veremos lo de la fiesta. ¿Pero bombas de humo? Quiero añadir algo al anuncio de Emma.

Me giré para mirarle, preguntándome qué podía añadir al anuncio del embarazo. Se me paró el corazón cuando se levantó de su silla y se arrodilló en el suelo del restaurante a mi lado.

—Ya que estamos todos aquí y compartiendo buenas noticias, me ha parecido el momento perfecto para esto. No me imaginaba pidiéndotelo sin que todos ellos estuvieran presentes.

Sentí un nudo en la garganta y las lágrimas empezaron a picarme en los ojos.

—Emma, ¿quieres casarte conmigo?

Lily prácticamente gritó.—¡Lo sabía, lo sabía, lo sabía!

Sonaba tan feliz, una niña completamente distinta de aquella que en su día casi lanzó una silla por la casa solo porque yo iba a cenar con ellos. Jason parecía casi tan ilusionado y expectante como su padre.

Me quedé sin palabras. Por supuesto que mi respuesta era sí, pero lo único que pude hacer fue asentir y contener las lágrimas.

## 36

# MARCUS

—Oye, en serio, papá. ¿Te vas a casar en un hospital? —dijo Lily, de pie con el vestido de dama de honor y los brazos cruzados.

—Si no supieras que esto es un hospital —dije, señalando el atrio que nos rodeaba—, pensarías que es un sitio precioso.

—¿Pero en el hospital, de verdad?

No veía nada malo en el lugar donde estábamos, y sabía que Emma encontraba el atrio un sitio tranquilo y relajante. Al fin y al cabo, esa fue una de las razones por las que lo eligió.

—Sí, de verdad —respondí—. ¿Dónde íbamos a encontrar un sitio así de bonito con tan poca antelación?

Se encogió de hombros.

—A mí me parece bonito —dijo Jason, esperando pacientemente mientras le arreglaba la corbata.

—Lo es —asentí.

—Y cuando te cases tú —continué, dirigiéndome a Lily—, podrás escoger el lugar que quieras.

—Sigo pensando que un hospital es un sitio raro para casarse.

—Eso sólo significa que tú no te casarás en uno.

Puso los ojos en blanco, muy al estilo de Lily. —Venga, deberías irte ya. Está a punto de empezar.

La hice salir del vestíbulo donde Jason y yo habíamos esperado antes de caminar por el pasillo de sillas plegadas. Era un sitio realmente precioso, y sólo sabíamos que estábamos en el hospital porque lo conocíamos; de lo contrario, parecía que estábamos en un parque en un día espléndido y sin una nube.

Un arco hecho de globos y flores señalaba el lugar donde se colocaría el oficiante y donde Emma y yo intercambiaríamos los votos. Hacía mucho que no me sentía tan nervioso.

Sarah, la amiga de Emma, fue la primera en recorrer el pasillo. Sonreía a más no poder y estaba claramente feliz de que nos casáramos. Después fue el turno de Lily.

Me alegró mucho que Emma le pidiera ser la dama de honor. Era una de esas cosas que sólo habría podido desear. Su relación seguía sanando y floreciendo. Me alegraba el corazón ver cómo se unían.

Prepararse para ese día pareció llevar una eternidad, y los nervios de la mañana lo hicieron todo aún más lento. Pero la ceremonia terminó antes de que pudiera darme cuenta. El capellán jefe de Manhattan Memorial me decía que besara a la novia antes de que asimilase que la ceremonia ya había acabado y ya éramos oficialmente marido y mujer.

—No parece real del todo, ¿verdad? —dijo Emma mientras saludábamos uno a uno a nuestros invitados.

La mitad de nuestros amigos seguían con el pijama verde. Una de las razones por las que hicimos la boda en el hospital fue para que

las personas importantes para nosotros, al menos, pudieran asistir antes de regresar a sus turnos.

La recepción fue pequeña. Realmente solo organizamos una tarta y una especie de cóctel de ponche de frutas que me hacía pensar en señoras mayores y meriendas parroquiales. El champán estaba descartado porque muchos de los nuestros seguían, técnicamente, de guardia.

Las horas pasaron volando y, de repente, Emma y yo estábamos solos en la suite nupcial del Four Seasons. La tomé en brazos y crucé el umbral cargándola. Ella protestó riéndose durante todo el trayecto.

—¡Déjame en el suelo! ¡Vas a quedarte sin espalda!

—Mi espalda está perfectamente —le respondí mientras la dejaba en el suelo.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté mientras cerraba la puerta con el pie.

Había estado con bastantes náuseas matutinas durante la semana previa a la ceremonia.

—Estoy bien. Nada de náuseas. —Negó con la cabeza—. Estoy segura de que solo eran los nervios.

—¿Y ahora? —insistí.

—Nada de lo que ponerse nerviosa —dijo—. Ya estamos casados, y no vas a librarte de mí tan fácilmente.

—¿Y por qué iba a querer hacer eso? —dije, acercándome y rodeándole la cintura con la mano—. Te tengo justo donde quiero.

—Vaya, doctor Walker, ¿está intentando aprovecharse de mí?

Me encogí de hombros. —Eso tendrás que responderlo tú misma, doctora Chen.

—Bueno, lo haría. —Se rió mientras yo bajaba la cabeza y comenzaba a repartir besos por su cuello y a lo largo de la piel expuesta de su escote.— Pero me estás distrayendo, y ya no recuerdo de qué estábamos hablando.

Sus palabras se disolvieron en un suave gemido. Rodeó mi cuello con sus brazos, animándome a seguir besando la suave piel de la parte superior de sus pechos, que quedaban al descubierto. Bajé la cremallera de su vestido por la espalda. Esta vez, cuando la recogí de nuevo entre mis brazos, ya no reía.

Sus ojos oscuros estaban fijos en los míos mientras la llevaba por la suite hasta el dormitorio.

—¿En qué piensas? —no pude evitar preguntar bajo su mirada intensa.

—En cuánto te quiero —dijo en un susurro casi inaudible.

La deposité sobre la cama y bajé mis labios para fundirlos con los suyos. El beso fue intenso. El contacto físico era electrizante, y las emociones que lo acompañaban hacían que todo resultase aún más poderoso.— Te quiero tanto —dije entre jadeos y roces de labios.

Las palabras no bastaban para expresar la profundidad de mi amor por aquella mujer. Me había sanado y había reunido a mi familia cuando estábamos hechos pedazos. Al deslizarle el vestido, pasé a demostrarle exactamente lo mucho que la valoraba, la adoraba y la amaba.

Su piel era suave y tersa bajo mis caricias. Sabía a frutos del bosque y nata, y mientras mis dedos recorrían su cuerpo, los seguía con pequeños besos y mordisquitos suaves.

Emma se retorcía y arqueaba bajo mí. Cuando elevó su pecho, acepté la invitación y acaricié, jugueteando con sus pechos usando mis labios y mi lengua. Tomé uno de sus pezones en la boca sin apartar mis manos del resto de su cuerpo.

Emma me agarró un puñado de pelo y tiró de él hasta que solté su pecho. Me dejó que subiera hacia ella para atrapar de nuevo mis labios.

Nuestras lenguas danzaron juntas. Gimió en mi boca mientras mi mano ascendía por el interior de su muslo. Encontré su centro, húmedo, y movió las caderas contra mi mano. Jugueteé entre sus pliegues y deslicé el pulgar en círculos suaves sobre su clítoris hasta que acabó suplicando.

—Te necesito dentro de mí, ahora —gimió.

Era la orden más excitante: que me pidiera que la tomara, justo cuando eso era lo que pretendía, y la tenía al borde de la locura por no cumplir aún la promesa de unir nuestros cuerpos y movernos juntos.

Separó las piernas e intentó enganchar una alrededor de mis caderas para atraerme hacia ella. Me reí ante su desesperación. La deseaba igual, si no más, pero saber que podía reducirla a eso me llenaba de orgullo.

Me acomodé entre sus muslos y pasé mi erección sobre sus pliegues hinchados. Ella latía y suplicaba, y cada vez me costaba más resistirme. Cedí a sus deseos y a los míos. Hundirme en su interior fue pura perfección. No había ningún otro lugar donde prefiriera estar que haciendo el amor con ella.

Dejé a un lado mi orgullo y dejé de provocarla. Me pidió que fuera más fuerte, y lo hice. Y cuando me rogó que fuera más rápido, hice todo lo posible. Mientras embestía en ella, reclamé de nuevo uno de sus pezones.

—Bésame —exigió Emma.

Y obedecí, dejando su dulce pezón para buscar su boca impaciente. Me chupó la lengua mientras nuestros cuerpos se movían al unísono. Sus paredes internas se estrecharon y todo su cuerpo se tensó antes de alcanzar el clímax de su placer.

Dejó de succionar mi lengua y echó la cabeza hacia atrás con un grito triunfal al correrse alrededor de mí. Seguí su estela, y mi orgasmo recorrió mi cuerpo con intensidad. Fue brutal, y fue todo para Emma. Me quedé pegado a ella, con nuestros cuerpos unidos hasta que me sentí como un fideo flácido. Me giré de lado según me desplomaba en la cama.

—Te quiero —dije. Estaba listo para quedarme dormido y abrazar a Emma durante horas.

—Hoy ha sido… —Emma se estiró y dejó escapar un suspiro pleno de satisfacción.— Hoy ha sido el día más increíble de mi vida.

Me incorporé apoyado en el codo para mirarla.— ¿Tan segura estás? ¿Sabes que Lily no paraba de recordarnos que nos casábamos en el hospital?

—¿Y qué? —contestó.— Ese atrio es precioso, y ahora tendré buenos recuerdos cada vez que me siente allí a trabajar.

—Parece que casi lo hubieras planeado a propósito.

—Casi. —Tocó la punta de mi nariz con el dedo índice.— Ahora, ¿qué decías de llevarme de luna de miel de verdad?

—Pensaba que, quizá, cuando nazca el bebé, podríamos escaparnos. Solo tú y yo.

—¿No es eso lo que estamos haciendo ahora? Además, no vamos a poder escaparnos en un par de años tras el nacimiento, y después todos los viajes serán con todos los niños. Así que estoy conforme con que esta sea mi luna de miel real. —Hizo una pausa.— Pero dejaré que me arrastres a viajes exóticos siempre que quieras, y no me quejaré nada de nada.

Entrecerré los ojos al mirarla.— Eso suena casi como un plan maestro para que te lleve de vacaciones muchísimas veces.

Ella alzó las cejas, divertida.— Casi como si lo hubiera planeado. Más bien es que te quiero y no puedo esperar a recorrer el mundo

contigo.

## 37

# EPÍLOGO: EMMA

*Hacía un año…*

La vida se asentó en un ritmo feliz y caótico. Partidos de béisbol, cenas familiares y ese tipo de amor que se sentía como el hogar y la familia con los que siempre había soñado.

Sostenía a la bebé en un brazo mientras equilibraba el móvil contra mi oreja. Le ajusté el gorrito para darle más sombra en la cara. Estábamos en el gran partido de béisbol de Jason. Sentarse bajo el sol era parte de la experiencia. Pero aun así no quería que su piel de bebé estuviese demasiado expuesta.

—Entiendo lo que me dice —dije al teléfono—. Pero estoy en un partido de béisbol ahora mismo. Y aunque es una noticia fantástica, ahora mismo no puedo hacer nada al respecto.

Un crujido retumbó en el estadio cuando el bateador conectó con la bola. Los vítores estallaron a mi alrededor.

—Estoy en el partido de béisbol de mi hijo, así que no puedo enviarle ese estudio ahora mismo —proseguí—. Si puede esperar un par de horas, le enviaré la información en cuanto llegue a casa. Son los playoffs.

—Lleva trabajando en esto todo un año —dijo el presidente de la junta al otro lado de la línea—. ¿Y va a posponerlo por un partido de liguilla?

—No es una simple liguilla, son los playoffs —le corregí—. Y tiene razón, llevo un año trabajando en esto, lo que significa que ha tenido tiempo de sobra para responder antes de hoy. Si bien es una excelente noticia, estoy en mitad de una tarde con mi familia. Creía que eso era algo que, de todas las personas, usted comprendería. Al fin y al cabo, ¿no insistió usted en que nuestra nueva unidad pediátrica iba a ser la base de nuestros valores familiares?

Murmullo su conformidad, recordándome que le prometiera mandarle un correo en cuanto estuviese frente al ordenador. Negué con la cabeza y colgué.

Justo entonces, sonó otra vez el móvil. Suspiré, cambiando a la bebé de brazo mientras comprobaba quién llamaba. James.

—¿Todo bien? —pregunté.

—No encuentro las copias de la presentación que diste la semana pasada —dijo James—. La junta las quiere.

—Estoy en un partido de béisbol. No en el trabajo —le recordé.

—Lo sé, pero el presidente de la junta está pidiendo detalles sobre la nueva sala de traumatología.

—Acabo de hablar con él. No puedo creer que te haya llamado enseguida para fastidiarte. James, lo que sea que te esté pidiendo no es tan urgente ahora mismo —le dije—. Ya autorizaron la obra el mes pasado. Además, le he dicho que le enviaría los archivos cuando llegue a casa y tenga acceso al ordenador.

—Ya sabes cómo es —respondió James—. Seguramente está hablando con alguien que los quiere de inmediato.

—Pues "urgente" ahora mismo no forma parte de mi vocabulario —dije—. Debería haber llevado un mejor control de los archivos

cuando se los enviaron a su despacho hace meses. Prometo que los enviaré en cuanto llegue a casa.

Otro golpe de bate. Otro rugido del público.

—Tengo que dejarte —dije deprisa—. Me estoy perdiendo lo mejor.

—Envíamelos cuando puedas —dijo James antes de colgar.

Marcus se inclinó y tomó a la bebé de mis brazos.—¿Qué ha pasado?

Suspiré.—Algo sobre el presidente de la junta queriendo presumir los planos de la unidad pediátrica de traumatología. Y, por lo visto, todos los que tenían copia las han perdido, así que todos están detrás de mí para que les envíe los archivos.

—Estás en un partido de béisbol —dijo Marcus con una sonrisa—. Pero esos planos son impresionantes. Seguro que quieren lucirlos.

—Lo son, la verdad —admití—. Y si este fuera mi hospital, también los presumiría. Tener una unidad específica de traumatología pediátrica es casi tan bueno como tener un hospital infantil propio. Va a suponer una diferencia enorme para nuestros pacientes.

Marcus se inclinó y me besó. —Deberías estar emocionada. Tú has sido la artífice de todo este programa.

Sonreí, pero antes de que pudiera responder, Lily cogió a la bebé de los brazos de Marcus.

—Vas a traumatizar a mi hermana con tanta demostración de afecto —anunció.

—No vamos a traumatizarla con gestos cariñosos en público —dijo él —. Sabrá que sus padres se quieren.

—Sí, claro. Pregúntame cómo me sentía cada vez que tú y mamá os besabais delante de todo el mundo —replicó Lily—. Traumatizante.

Solté una risa suave.

El partido de Jason estaba llegando a su momento decisivo. Bases llenas. Dos strikes. La tensión en el estadio era palpable. La pequeña, completamente ajena a la gravedad del momento, eligió precisamente ese instante para empezar a inquietarse.

Cuando Jason se acercó al bate, sus quejidos se convirtieron en llantos de desdicha. Cogí el bolso de los pañales de entre mis pies y salí apresurada de las gradas para atenderla. Cuando volví, todo el estadio estaba en pie, vitoreando.

—¿Qué me he perdido? —pregunté, sin aliento.

Marcus se giró hacia mí, radiante. —¡Lo ha logrado!

—¿Un home run? —pregunté, sintiendo cómo se me encogía el pecho.

—Sí.

—Me lo he perdido —dije con pesar.

—No te preocupes —me tranquilizó Marcus—. Alguien lo ha grabado en vídeo.

—No es lo mismo —me quejé.

En ese momento, Jason corrió hacia nosotros, el rostro encendido de emoción.

—¿Lo has visto, mamá? —preguntó.

Se me hizo un nudo en la garganta. Me había llamado mamá.

—Ha sido fantástico —dije, intentando disimular las lágrimas en mis ojos—. Creo que una victoria así merece ser celebrada.

Marcus sonrió ampliamente. —Yo también lo creo.

—¿Podemos llamar a Zumu y pedir comida china? —preguntó Jason, entusiasmado—. Le prometí que le contaría todo sobre el partido.

—Por supuesto —dije, mientras le entregaba el móvil para que pudiera llamarla.

Jason se adelantó, hablando ya animadamente con su madrastra por teléfono. Desde la primera vez que la conoció, se habían hecho inseparables. A Zumu le encantaba tener a «un chico fuerte» a quien mimar. Y él transportaba gustosamente aquellos sacos de arroz de doce kilos hasta su piso sin quejarse ni una sola vez.

Yo sujetaba a la pequeña mientras Marcus se apañaba con el carrito. Era un modelo muy bien valorado que, en teoría, se plegaba y desplegaba fácilmente. Sin embargo, siempre resultaba un engorro cada vez que teníamos que plegarlo. La mayoría de las veces prefería dejarlo abierto y listo para su uso, sobre todo en casa.

—Uno pensaría que por algo tan caro, al menos funcionaría bien —me quejé. Le hice cosquillas a mi niña en la tripita por si notaba la molestia en mi tono. No quería que pensara que tenía que disgustarse solo porque mamá lo estuviera. Era una bebé muy empática, captaba el ánimo de los demás y lo hacía suyo. Ahora mismo estaba rodeada de gente feliz, así que ella también lo estaba.

—¿De qué hablas? Este funciona perfectamente —dijo Marcus con un gruñido mientras apretaba la última rueda hasta que encajó en su sitio. Cogió a la bebé y la abrochó en el carrito.

Dejé el bolso de los pañales en el hueco bajo el carrito y empecé a empujarlo.

Al salir del parque, Lily se acercó a mi lado y me quitó el carro de las manos. —No creas que no me he dado cuenta de lo que ese idiota ha hecho ahí atrás —dijo.

—¿De qué hablas? —pregunté. Ya estaba calculando en mi cabeza cómo llegar al restaurante y si me daría tiempo a pasar por casa para enviar esos archivos. Demasiadas cosas rondando por mi mente como para concentrarme en lo que Lily insuinuaba.

—No pienses que voy a empezar a llamarte mamá ni nada parecido. —Me dio un leve golpe con su hombro.

Solté una risita. —No esperaría eso de ti.

Ella sonrió de medio lado. —Sí, más vale, no vaya a ser que se te suba el ego o algo así.

Quien no nos conociese quizá no habría entendido las bromas, pero nuestra relación se había forjado sobre el respeto y el cariño mutuo. Teníamos una base sólida que nos permitía reírnos y burlarnos una de la otra. Ella no me llamaba mamá ni yo le imponía expectativas, ni a ella ni a Jason.

Marcus caminaba a mi lado, estudiando mi expresión. —Se te ve muy satisfecha contigo misma.

—Lo estoy —respondí—. Jason me ha llamado mamá y Lily ha dejado claro enseguida que ella nunca lo haría.

—¿Y sonríes por eso?

—Pues claro que sonrío. Tus hijos me quieren y yo los quiero a ellos.

Marcus se inclinó, la sonrisa traviesa en el rostro. —Sabes, no son solo mis hijos los que te quieren.

—¿Ah, sí? —le seguí el juego.

—Yo también te quiero —susurró antes de rozar mis labios con un beso rápido y dulce.

Estaba rodeada de mi familia, que me adoraba, y me sentía respetada en mi carrera. Todo era exactamente como debía ser.

# TAMBIÉN POR AVA GRAY

**Capos de la Mafia Serie**

Suyo para Reclamar

**Un Imperio Criminal de Nueva York Serie**

La Redención Irlandesa

**Escandalosamente Tuyo Serie**

Pecado en Bata Blanca

**Los votos navideños de la Bratva Serie**

El secreto navideño de la Bratva || Atados por los votos de Navidad

**El Bratva Valkov Serie**

Robada por la Bratva || Cautiva por la Bratva || Capturada por la Bratva || Cautivada por la Bratva || Atrapada por la Bratva

## Los Millonarios Machos Alfa Serie

Un Bebé Secreto con el Mejor Amigo de Mi Hermano || Simplemente Fingiendo || Amando al hombre que debería odiar || El Millonario y la Barista || Regresando a Casa || Doctor Papi || Bebé Sorpresa || Amo Odiarte || Otra Oportunidad || Una Falsa Novia para Navidad || Curiosamente Complicada || Una Mala Elección || Una Buena Elección || Una proposición de San Valentín || SELLada por un beso || Una Sorpresa Inesperada para el Jefe || Gemelos para el Playboy || Cuando nos volvamos a ver... || Las Reglas que Violamos || Un Bebé en Secreto con el Hermano de mi Jefe || Comienzos Helados || Un Multimillonario Zorro Plateado || Cautivada por el Mayor || El secreto del jefe: un bebé || El Escándalo del Bebé del CEO || El Obsequio Inesperado de Papi || Off Limits (SPANISH Edition)

## La Mafia Multimillonaria Serie

Embarazada de un Mafioso || Robada por la Mafia || Reclamada por la Mafia || Organizado por la Mafia || Encantada por la Mafia

## Amor en Vacaciones Serie

Un Milagro Navideño en Silver Hills || Feliz, Alegre y Oh Tan Pícara || El Regalo de Nochebuena || San Valentín con el Zorro Plateado || Su bebé prohibido de San Valentín

## Relaciones Festivas de Medianoche Serie

Un Regalo Prohibido por Navidad || Una Ganga Navideña || Un bebé escandaloso para el multimillonario

## Corazones de Harén Serie

3 Papás SEAL por Navidad || Chispas de Amor en Pueblo Pequeño || Los Papás que la Protegen